STAR WARS®

DARK FORCES™

Soldier For The Empire



William C. Dietz
&
Dean Williams

Kyle Katarn es un graduado condecorado de la Academia Militar Imperial que entregaría su propia vida por el Imperio. Sin embargo, no entregaría la vida de su padre, y justo eso es lo que el Imperio ha tomado. Kyle está dispuesto a hacer cualquier cosa para vengar la muerte de su padre, y con ello cuenta la Alianza Rebelde. Únete a Kyle Katarn en este flamante y trepidante relato de aventura y suspense.

Basado en los populares juegos interactivos *Star Wars: Dark Forces* y *Jedi Knight*, esta novela corta en prosa está escrita por el aclamado autor William C. Dietz (*The Final Battle*) e ilustrada por el galardonado artista Dean Williams (*Tarzan: The Lost Adventure*).





FUERZAS OSCURAS 1

Soldado del Imperio

William C. Dietz



LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Dark Forces: Soldier for the Empire*

Autor: William C. Deets

Ilustraciones: Dean Williams

Publicación del original: febrero 1997

 1 año antes de la batalla de Yavin

Traducción: dreukorr

Revisión: Satele88 y OorooMaster

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.1

20.04.20

Base LSW v2.2

Kyle Katarn acaba de graduarse en la Academia Militar Imperial de Carida cuando se entera de la muerte prematura de su padre y parte hacia el hogar. Durante el viaje, Kyle cimienta una amistad con una agente rebelde, aprende la horrible verdad acerca de la forma en que su padre ha muerto, y jura venganza contra el Imperio. Su oportunidad llega cuando la Alianza le ofrece una misión casi suicida: entrar en el Centro de Investigación Imperial de Danuta, encontrar los planos de la Estrella de la Muerte, y sacarlos de allí.

Esta flamante aventura ofrece antecedentes, e incorpora elementos, de los juegos interactivos de LucasArts *DARK FORCES* y *JEDI KNIGHT* y prepara el camino para los libros dos y tres: *Fuerzas Oscuras: Agente Rebelde* y *Fuerzas Oscuras: Caballero Jedi*.

DECLARACIÓN



Para Ron y Roberta Ward (quienes accedieron a ayudar cuando lo pedí) y merecen sólo lo mejor.

Mi agradecimiento a Dean Williams, por el arte que embellece este libro, a Justin Chin y el personal de desarrollo de LucasArts Entertainment Company *que crearon* DARK FORCES*, a la eterna ayuda de Lucy Autrey Wilson, Allan Kausch, David Scroggy, Lynn Adair, Ginjer Buchanan, y por último, pero ciertamente no menos importante, a George Lucas y las demás mentes que crearon este universo. Que la Fuerza os acompañe.*

BILL DIETZ

A Dios, mi madre y mi padre, y para mi mejor amiga y prometida, Debra. Y a Meridian.

DEAN WILLIAMS





CAPÍTULO 1

El relé que falló, y con ello salvó la vida de Morgan Katarn, era una parte integral de la estación de bombeo que cubría el cuadrante sureste de su granja. Sin el relé y la bomba, sus habas variformes se marchitarían y morirían. Estas, al igual que el resto de los cultivos, necesitaban el agua que el árbol espita de más de mil años de Morgan sacaba a la superficie a través de sus raíces tubulares, o “espitas”, que descendían cientos de metros para recoger agua del acuífero subyacente... agua que el árbol compartía con los cultivos de Morgan a través de un sinfín de tramos de tubos de irrigación.

El taller era una zona amplia en la que Morgan pasaba casi todo su tiempo, es decir, cuando estaba en casa... que era menos de lo que le hubiera gustado. Sus responsabilidades como artesano agro-mec le quitaban más horas de lo que era bueno para la agricultura que llevaba a cabo, al igual que el movimiento de resistencia. En el taller había armarios donde almacenaba sus piezas de repuesto, mostradores con herramientas esparcidas, y cubos llenos de esquemas, impresiones y diseños. Morgan rodeó la mesa de trabajo para mirar a uno de los seis monitores. Proporcionaban una vista en 3-D rotatoria del funcionamiento interno de la bomba. Las líneas que representaban el relé infractor habían cambiado de verde a rojo y parpadeaban intermitentemente. Molesto... pero fácil de remediar.

Morgan anotó el número de la pieza, abrió un armario de almacenamiento, encontró la caja coincidente, y la cogió. Un soplo de aire tocó la parte trasera de su cuello y escuchó los ventiladores de refrigeración de WeGé. Se dio la vuelta y sonrió.

—Hey, viejo amigo... ¿cómo está ese panel solar? ¿Todo arreglado? Buen trabajo.

Morgan había diseñado al droide él mismo. Dado que su conocimiento de robótica era autodidacta, no había sido fácil. La forma había sido hecha para ajustarse a la funcionalidad... así que WeGé parecía cualquier cosa menos humano. Aunque capaz de asumir cientos de configuraciones, WeGé siempre regresaba a una forma de U invertida. Su brazo derecho era tres veces más potente que el izquierdo. Tenía no menos de cuatro juntas articuladas, y una pinza en forma de C. El brazo izquierdo era menos robusto, pero

estaba montado con una mano de estilo humano que podía usar las herramientas alojadas en el cinturón de utilidades ceñido alrededor de la carcasa del procesador de WeGé.

Lo que Morgan llamaba la junta de accionamiento vinculaba ambos lados del droide, y servía como plataforma para la vaina sensora vertical que proporcionaba a WeGé el equivalente electrónico de la vista. Gracias a un motor repulsor rescatado de una moto deslizadora imperial, y a los propulsores direccionales adaptados de un droide sonda desechado, la máquina flotaba a dos metros del suelo. Una lente ovalada se inclinó hacia Morgan y el droide emitió un sonido gorjeante. El humano asintió en respuesta.

—Claro, abordaremos eso por la mañana. Pero lo primero es lo primero... tengo que reemplazar una pieza de la bomba cuatro. Estarás al cargo hasta que yo vuelva.

WeGé chirrió contento y se enchufó a uno de los muchos puertos de datos repartidos por todo el complejo. Una vez conectado, el droide podría supervisar toda la granja desde esa posición única.

El granjero consideró el coger un vehículo y decidió no hacerlo. La caminata sería buena tanto para su espíritu como para su cintura. Morgan comprobó que su comunicador estaba cargado, agarró el bastón de caminar de una esquina, y se deslizó a través de la puerta.

Respiró el aire fresco de la noche y se detuvo para ver alzarse el planeta Sullust. Morgan tenía amigos allí, muchos de los cuales pertenecían a la Alianza y trabajaban por el día en que el Nuevo Orden sería destruido. No era una tarea sencilla en un planeta donde el Emperador gobernaba a través de la vasta Corporación SoroSuub. Sin embargo, donde hay voluntad hay un camino, y ellos tendrían éxito, Morgan estaba seguro.

Caminando enérgicamente a fin de elevar su ritmo cardíaco a nivel aeróbico, el granjero emprendió el camino en dirección sureste. La hierba seca crujía bajo sus botas, insectos lume bailaban delante de su rostro, y las estrellas aparecieron en el cielo. A Morgan le recordaron a su hijo Kyle... y el hecho de que pronto se graduaría.

La idea de que la necesidad financiera había jugado un papel más importante que la libre elección en la decisión de Kyle de asistir a la Academia Militar Imperial todavía llenaba a Morgan de culpabilidad. Los Katarn eran del Borde Exterior, con recursos financieros limitados, y la Academia había representado la mejor oportunidad de Kyle para tener una buena educación.

Morgan frunció el ceño. Tal vez si hubiera sido un poco más flexible, si hubiera estado un poco menos centrado en cómo se hacía el dinero, habría tenido más. ¿Cómo sería Kyle cuando regresara? ¿Igual que el chico al que le dijo adiós? ¿O como los soldados de asalto que se pavoneaban en el espaciopuerto? Las estrellas permanecían en silencio, los insectos lume bailaban, y no había forma de saberlo.





El *Venganza* no era uno de los destructores estelares más grandes del Imperio, pero tampoco se requería una nave mayor para el asunto entre manos. Después de todo, ¿por qué usar una espada cuando una daga sería suficiente? La idea agradó a la mente que la concibió. El puente era grande y abierto. La tripulación estaba en trincheras semicirculares abiertas en la cubierta bien pulida. El Jedi Oscuro conocido como Jerec estaba sobre el puesto de mando y observaba la luna que flotaba más allá.

Lo que *él* veía era mucho más complejo que los que le rodeaban percibían. Jerec era alto y delgado hasta el punto de parecer demacrado. Mantenía la cabeza rapada y tatuajes faciales negros brillaban sobre su piel morena. Sus cuencas oculares vacías estaban escondidas tras una banda de cuero negro. Su túnica, pantalones y botas eran negros. Jerec no llevaba ninguna insignia más allá de los símbolos visibles en su collar rojo sangre... y mantenía sus habilidades Jedi en secreto.

Sin embargo, tal era la naturaleza del hombre, y el poder que ejercía, que ningún signo de autoridad era necesario. Jerec actuaba bajo las órdenes del Emperador Palpatine y esperaba con interés el día en que *todos* se arrodillaran ante él, aunque se cuidaba de ocultar tales ambiciones tras una máscara de lealtad.

El Capitán Thrawn estaba detrás de Jerec, ligeramente a su derecha. Era tan alto como Jerec, pero la similitud terminaba ahí. Thrawn tenía un reluciente pelo negro azulado, piel azul pálido, y ojos rojos brillantes, todo lo cual constataba su origen alienígena y era raro en la xenófoba armada del Imperio.

Sin embargo, por mucho que Palpatine desconfiara de las demás especies inteligentes, amaba a los ganadores, y Thrawn había coleccionado más victorias, medallas y promociones que la mayoría de los oficiales con el doble de sus años de servicio. Estaba de pie con las manos cruzadas a la espalda y esperaba a que su superior hablara. Cuando las palabras llegaron, la voz de Jerec era suave, casi femenina.

—¿La sonda ha regresado?

—Sí, señor. No había señales de un fallo de seguridad. La sorpresa será completa.

—¿La nave de descenso está lista?

—Sí, señor. Cargada y lista.

—Excelente. Puedes comenzar.

—Sí, señor.

Thrawn se volvió, y estaba a punto de marcharse, cuando Jerec volvió a hablar.

—Una cosa más...

El oficial se volvió ante el sonido de la voz de Jerec.

—¿Señor?

—Quiero a Morgan Katarn vivo.

Thrawn era muy consciente de lo que Jerec quería pero asintió obedientemente y dijo: “Sí, señor”, con exactamente la misma entonación que había usado la primera vez que la orden había sido emitida. Además de ser un táctico brillante, y aún mejor estratega, Thrawn tenía otra virtud, y era su absoluta falta de ego. Algo necesario para un oficial de origen alienígena en una organización militar plagada de clientelismo y política.



Jerec, quien quería mucho más que el siguiente patético rango en la estructura de poder de otro ser, asintió y se alejó.

Así despedido, Thrawn abordó el asunto en cuestión. Se habían dado órdenes y él las llevaría a cabo.



Aunque aproximadamente del mismo tamaño que una lanzadera de asalto imperial, el carguero ligero de serie de fabricación corelliana tenía menos armamento y aún llevaba las cicatrices acumuladas durante los viajes de suministro a la Estación Espacial Kwenn. Capturado con un cargamento completo de artículos del mercado negro, había sido añadido a la variopinta colección de naves que el Imperio utilizaba para misiones clandestinas. Era una de las naves típicas que la Alianza pondría en servicio. Pintado con números de registro idénticos a los usados por uno de sus incursores comerciales, era un creíble doble de uno real. Los retropropulsores se dispararon mientras igualaba la velocidad con la de Sulon y se disponía a aterrizar.

Dentro de su casco, en un compartimento de carga que todavía apestaba a los suministros hidropónicos que había llevado, un equipo de comandos de Operaciones Especiales se preparaba para el combate. Su líder, un teniente primero de treinta y algo llamado Brazack, observaba con ojos omniscientes. Se había ganado su nombramiento por la vía dura, en una batalla tan sangrienta que todos y cada uno de sus superiores fueron asesinados. Su subsecuente promoción se produjo a raíz de una misión que produjo no menos de cuatro medallas al valor... todas otorgadas a título póstumo.

Sus compañeros, casi todos los cuales se habían graduado en la Academia, estaban resentidos con Brazack y su vinculación casi mística con las tropas asignadas a él. En este caso, sus tropas eran el segundo pelotón, la compañía B, del legendario Grupo de Operaciones Especiales, también conocido como el Batallón Fantasma.

A pesar de su pertenencia común a una de las organizaciones militares más elitistas del Imperio, cada miembro del pelotón iba vestido con un conjunto variopinto de ropas y armaduras no coincidentes con la intención de parecerse a los elementos voluntarios de la Alianza.

Y los disfraces habrían sido creíbles de no ser por las armas estándar que llevaban... y el hecho de que eran exclusivamente humanos, una circunstancia poco frecuente cuando se trataba de unidades reb.

Brazack había puesto reparos a dichas discrepancias, y abogó por un retraso mientras eran corregidas, pero fue revocado. Él reaccionó como usualmente hacía, con un encogimiento de hombros y una sonrisa torcida. ¿Y por qué no? A Brazack no le importaba si alguien veía a través de la charada, especialmente a la luz del hecho de que había presentado su protesta por escrito y había guardado un recibo generado por ordenador. Tales precauciones eran una segunda naturaleza para alguien que había ascendido desde las trincheras.

—Tres hasta tierra —anunció el piloto.

Brazack caminó lentamente por el pasillo central. Hizo contacto visual con cada miembro del equipo mientras hablaba.

—Muy bien, hombres, conocéis el procedimiento. Aterrizamos, aseguramos la zona de aterrizaje, y recogemos al prisionero. ¿Preguntas? ¿No? ¡Bien! Atrapad a ese imbécil y las bebidas correrán de mi cuenta.

Los hombres sonrieron. Conocían a muchos oficiales que difícilmente reconocerían su condición de seres humanos... y mucho menos les comprarían bebidas. Lo cual tenía mucho que ver con el hecho de que prefirieran morir que decepcionar a su líder.

El carguero llegó alejado del sol, se hundió hasta el nivel de las azoteas, y se desplegó en una granja al sur de la de Morgan Katarn. Pertenecía, se les había dicho, a una familia de apellido Danga. Los láseres eructaron, edificios estallaron en llamas, y el ganado variforme se liberó de sus corrales. El piloto imperial, un caridano llamado Vester, sonrió y giró para otra pasada. Dando a los observadores en tierra un montón de tiempo para una identificación, eso es lo que decían las instrucciones, y eso es lo que hizo

Una mujer y sus dos hijos salieron de la cobertura ofrecida por una casa que ardía ferozmente en llamas y corrieron hacia un barranco cercano. Vester giró bruscamente la nave a la izquierda, centrando sus siluetas en la mira, y apretó un botón. Hubo un satisfactorio destello cuando los colonos murieron.

—Misiles... —dijo su copiloto casualmente, muy consciente del hecho de que el carguero volaba demasiado bajo para que el dispositivo portátil se armara, y disparó una torreta ventral en respuesta. Disparos de energía golpearon el centro del parque de vehículos, marchando hacia el cobertizo de mantenimiento, y encontrando a Don Danga tratando de recargar su arma. El misil portátil explotó y él desapareció.

El carguero se estremeció, se estabilizó, y se dirigió hacia el norte. Al atacar la granja Danga antes de golpear el lugar de Katarn, y golpeando también a otra familia cuando se fueran, esperaban crear la impresión de una incursión relámpago rebelde. A Vester no le importaba demasiado mientras él efectuara los disparos y otros murieran. Pulsó el botón del intercomunicador.

—Vale, teniente... treinta hasta tierra.

Brazack recibió el mensaje, echó un último vistazo a sus hombres, y se colocó en la rampa ventral. Se enorgullecía de liderar desde el frente... y planeaba ser el primero en salir.

Vester vio la granja de Katarn crecer en la distancia, se desvió para evitar un enorme árbol, y encendió los repulsores. La nave se tambaleó, frenó y se desplomó. No fue muy elegante... pero ideal para cuando los segundos cuentan.

Brazack sintió los patines golpear el suelo, pulsó el botón junto a la escotilla y se lanzó a través de la abertura. Ejecutó una voltereta sobre su hombro, permitió que el impulso hacia adelante le levantara, y abrió fuego. Eso mantendría las cabezas agachadas de quienes estuvieran en la granja. Las ventanas se rompieron y las cortinas comenzaron

a arder. Nadie devolvió el fuego. El pelotón surgió de la nave, formó una línea de escaramuza, y esperó órdenes.

Vester esperó hasta que los comandos salieron, encendió los repulsores, y partió hacia el norte. Su trabajo consistía en infligir daño adicional, proporcionar apoyo de fuego si se le pedía, y hacer la recogida final. Una rápida comprobación le confirmó que un escuadrón de cinco cazas TIE había asegurado su ruta de escape. La misión iba sobre ruedas y Vester era feliz.



Morgan Katarn había llegado a la ladera sur de la colina que se interponía entre su casa y el cuadrante sureste cuando oyó el estruendo de motores en marcha y vio una nave volando bajo. Observó la nave con poco más que curiosidad en un primer momento; un piloto tan estúpido que él o ella no encontraba el espaciopuerto al este e iba en busca de puntos de referencia. Entonces se dio cuenta de que las luces de posición habían sido apagadas y de que la nave estaba volando por debajo de los mínimos oficiales, y su estómago dio un vuelco. Ese tipo de sentimiento lo había protegido en el pasado.

En una fracción de segundo desde que sus dudas iniciales entraron en su mente, la nave abrió fuego. Morgan se quedó atónito cuando láseres apuñalaron el suelo, un MAP[1] se fue muy por encima, y algo explotó.

Morgan cogió a tientas los electrobinoculares de su bolsa del cinturón y los llevó hasta sus ojos. El dispositivo capturó lo que la luz le permitió, mejorándolo, y mostrando el resultado en los oculares. Pulsando "zoom" seguido de "grabar", Morgan pudo documentar lo que estaba pasando.



La casa Katarn era una estructura modesta, sólo la mitad de la cual sobresalía del suelo. El resto, por razones de coste y aislamiento, estaba rodeada por tierra cuidadosamente prensada.

Brazack esperó al cabo Koyo para patear la puerta, luego esperó a un fuego defensivo que nunca llegó, y entró con su arma preparada. La sala de estar daba sensación de abandono, como si fuera más para mostrar que para usar, y contenía pocas cosas de valor o interés. Brazack señaló hacia un par de puertas.

—Kayo... Santo... mirad a dónde llevan. Y mantened los ojos bien abiertos por Katarn.

[1] NOTA DEL TRADUCTOR: MAP: Misil Antiaéreo Portátil. En el original, SLM (*shoulder-fired anti-aircraft missile*).



Los hombres habían memorizado la cara de Morgan durante la sesión de simulación. Se las arreglaron para retener los "sí, señor" que salían naturalmente de sus labios y dijeron "entendido" en su lugar.

El rango tenía sus privilegios y Brazack se había asignado a sí mismo el rumbo de investigación más interesante. Se encaminó a través de un portal entrando en un taller. Apenas había atravesado la entrada cuando algo le golpeó en el pecho y lo lanzó hacia atrás. La armadura de debajo de la camiseta impidió una lesión grave, pero no obstante, dolía. El misil había consistido en un servo parcialmente desmontado, y a pesar del hecho de que WeGé lo había lanzado con infalible exactitud, el índice de amenaza era extremadamente bajo. Sin embargo, los comandos reaccionaron como lo harían ante cualquier amenaza, y usaron una fuerza desmedida.

Una granada antipersona golpeó el suelo, se levantó en el aire por sí misma, y explotó. El droide chirrió lastimosamente. Santo colocó un disparo a través de la rejilla del altavoz de la máquina. WeGé consideró resistirse más, pero decidió no hacerlo, y envió un aviso electrónico a Morgan Katarn.



En lo alto de la colina por detrás de la granja, Morgan oyó y sintió su localizador dispararse, haciéndole saber que los asaltantes habían encontrado a WeGé, y pulsó el botón que lo silenciaba. Un nudo se formó en su garganta. Sí, WeGé era una máquina, pero también había sido un amigo.

Incapaz de hacer más que documentar lo que pasaba, el granjero vio incendios originándose en sus cobertizos, y vio la nave regresar desde el norte y descender frente a su casa. Había algo en los asaltantes que perturbaba a Morgan. Al principio se le escapó, pero luego lo entendió. ¡Los auto-proclamados rebeldes llevaban armas idénticas! Por no hablar de que todos y cada uno de ellos eran humanos. *Parecían* rebeldes, pero *no* eran rebeldes, entonces, ¿qué dejaba eso? La respuesta simple, la respuesta obvia, era que eran tropas imperiales. Enviadas para matar y/o capturar a líderes reb. Eso explicaría el ataque.

Morgan se dejó caer sobre el suelo mientras la nave encendía los repulsores y se elevaba en el aire. Los incendios, los últimos no mayores que chispas, marcaban el paso de la nave hacia el oeste. Morgan sacudió la cabeza con tristeza. Si los imperiales creían que tales incursiones podrían suprimir la Rebelión, estaban equivocados. Muchos sufrirían esta noche... y su odio crecería. El reto consistía en enfocar sus emociones, para transmutar esa energía negativa en positiva.

Morgan observó agriamente cómo los incendios alrededor de su casa desaparecían. Activado por los ordenadores de casa, y alimentado por el árbol espita, su sistema de regadío se había detenido. Frunció el ceño y se mordió el labio. Las posesiones podían ser reemplazadas, pero, ¿y WeGé? Y lo más importante, el mapa que Rahn le había confiado. ¿Estaba intacto? ¿Sabían los imperiales lo valioso que era? Morgan ansiaba regresar, para comprobar su casa, pero sabía que una trampa podría estar esperando.

Morgan se volvió, medio se arrastró para salir de la línea del horizonte, y caminó hacia el este. La oportunidad habita dentro del desastre. A su amigo Rahn le gustaba decir eso... y él esperaba que fuera cierto.



Thrawn recibió la poco envidiable tarea de decirle a Jerec que a pesar de que la incursión había sido un éxito, los comandos habían sido incapaces de encontrar y capturar a Morgan Katarn. Uno nunca debía retrasar una tarea desagradable, así que Thrawn marchó por un pasillo bien iluminado, asintió a los soldados de asalto que estaban de guardia fuera de la suite de Jerec, y solicitó entrar. Se le permitió pasar sin demora. Al no tener ojos ni vista, no en sentido ordinario, al menos, Jerec estaba sentado en casi total oscuridad. Sólo el suave resplandor proporcionado por los repetidores del puente e interruptores luminosos daban algo de luz a la habitación. La falta de iluminación pretendía ser intimidante, y lo habría sido para cualquiera excepto para Thrawn, quien provenía de una especie que se jactaba de poseer muy buena visión nocturna. Esperó a que Jerec hablara.

—Traes malas noticias.

Thrawn tomó nota del hecho de que el comentario venía en forma de afirmación más que como una pregunta. ¿Cómo lo sabía Jerec? No había forma de saberlo.

—Sí, señor.

—Puedes continuar.

El oficial de la armada recitó su informe de la misma manera que recitaba *todos* los informes; sin excusas ni explicaciones. Una vez que Thrawn terminó, transcurrieron treinta segundos antes de que Jerec hablara.

—¿Fue Katarn advertido?

—No hay ninguna evidencia que apoye esa teoría, señor. El Teniente Brazack cree que el sujeto salió de la granja por una especie de recado.

—O *sintió* la necesidad de ir a otro lugar —reflexionó Jerec en voz alta—. Él percibe la Fuerza, e incluso la utiliza de vez en cuando, pero tiene miedo de extenderse y hacer suyo su legado. “¿Qué pasa si cometo un error?”, se pregunta. “¿Qué pasa si abuso del poder?. “¿Se puede confiar en mí?”. ¡Tal estupidez está más allá de todo cálculo! Puedo sentir su presencia desde la órbita. Trabajando, preocupándose, maquinando. Todo en vano.

Thrawn permitió que una de sus cejas se elevara. A pesar del hecho de que Jerec hacía considerables esfuerzos para ocultar determinadas habilidades a sus superiores, a algunos subordinados elegidos les permitía entreverlas.

—Señor... sí, señor.

—Por supuesto, todo esto no tiene ningún interés para ti —se mofó Jerec—. Porque eres un ser del mundo físico, una mano ejecutora, un manipulador de objetos. Bien, mano ejecutora, os voy a dar a ti y al Teniente Brazack una oportunidad de redimiros a vosotros

mismos y conseguir otra de las condecoraciones para prosperar en la cadena. Escucha con atención, porque hay mucho que hacer.



La habitación era circular y estaba llena de gente. Con la excepción de un equipo de noticias de la Alianza, enviado para grabar los debates como parte del esfuerzo comunicativo necesario para unir a cientos de especies sensibles bajo un mando único, los colonos llegaron de todo el distrito. Eran hombres y mujeres duros, con cuerpos enjutos, habituados a la adversidad. Cada uno había sido elegido para representar a al menos otros diez. Prestaban estricta atención a lo que se decía.

Todo en Skorg Jameson era grande, empezando por su cuerpo y continuando con su voz, gestos y movimientos. Tenía el pelo enmarañado que caía hasta rozar la parte superior de sus hombros, el pecho sobresalía bajo su chaleco de cuero, y plantaba las botas en el suelo como troncos de árbol. Se puso en pie, de espaldas a una enorme chimenea, y miró a los que le rodeaban.

—¡Yo digo que el momento es éste! Habéis visto lo que ha pasado con los Danga, Katarn, y una docena más... ¡Es hora de plantarse y mostrar a los demás lo que podemos hacer!

Fue un discurso valiente, y Morgan admiraba a Jameson por ello. Especialmente a la luz del hecho de que un espía podría estar presente, o un dispositivo de escucha tan sofisticado que hubiera escapado al barrido previo a la reunión. Evidentemente las palabras tenían una cualidad ensayada, y podrían ser parte de la campaña de Jameson para ser Líder de Sector. Hubo aplausos y Morgan permitió que se desvaneciesen antes de decir lo que pensaba.

—Yo también estoy cansado de la presión, la extorsión, y los ataques. Es por eso que es tentador buscar una oportunidad de devolver el golpe... Pero, ¿a qué coste? Sí, algo de inteligencia sumamente interesante ha llegado a nuestros oídos. Suponiendo que la fuente de información del ciudadano Jameson sea correcta, y los imperiales disfrazados de rebeldes o mercenarios *estén* planeando atacar el Pozo-G.

—Lo cual nos obligaría a comprar una planta de fusión a la Corporación SoroSuub, y a pagar impuestos al Imperio —añadió Jameson mordazmente.

—Exactamente —dijo Morgan amablemente—. Justamente por eso vendimos cuotas y empezamos a perforar el eje. Pero, ¿y si hay un propósito más profundo? No sólo para destruir el Pozo, sino para atraernos a una batalla campal y eliminar la infraestructura rebelde en Sulon. Las incursiones de guerrilla son una cosa, pero nuestras fuerzas no están capacitadas o equipadas para combatir contra los comandos de Operaciones Especiales. Si perdemos, perdemos más que el Pozo-G, perderemos el mismo Sulon.

Un buen número de cabezas asintieron, y voces murmuraron en acuerdo. Sin embargo, sólo unos segundos transcurrieron antes de que uno de los compinches de Jameson se adelantara para reiterar el punto de vista del hombre grande. La reunión duró

un total de cuatro horas, y para cuando terminó, se había llegado a un consenso. Había llegado el momento. Los rebeldes de Sulon defenderían el Pozo-G con todo lo que tenían.

Se levantó la sesión y los colonos se dirigieron a sus vehículos. Un droide sonda altamente modificado observaba desde la cobertura de unos árboles. El robot contó el número de personas que salieron, efectuó grabaciones de infrarrojos de sus movimientos, y escuchó sus comentarios de despedida. Un resumen fue enviado al *Venganza* segundos después de que el último conspirador se marchara y llegó hasta Jerec sólo unos minutos después de eso. El Jedi Oscuro escuchó el informe y regresó a su comida cuidadosamente aromatizada. Sonrió. Las semillas se habían sembrado, los cultivos habían florecido, y la cosecha estaba a mano.



El extremo superior del Geo Térmico, o Pozo-G, se encontraba en una caverna de tamaño considerable elegida tanto por su relativa proximidad al calor atrapado en la corteza terrestre tres kilómetros más abajo, como por el hecho de que era impermeable a los ataques aéreos. Una serie de estructuras prefabricadas se habían erigido a su alrededor, incluyendo edificios para albergar las bombas de inyección de agua, turbinas gigantes, y salas de control auxiliares. La asignación de Morgan estaba en otra parte, pero hizo una pausa para recuperar el aliento, y admirar lo que los colonos habían logrado.

El principio era relativamente simple, y se había utilizado en varios mundos previamente al alzamiento del Nuevo Orden. Formaciones rocosas de la corteza terrestre eran calentadas por la acción volcánica, un afloramiento de magma y el decaimiento natural de potasio, torio y uranio. Perforando pozos muy profundos, los colonos podían forzar el agua a través de grietas cuidadosamente diseñadas, donde se calentaba y se bombeaba a la superficie. Entonces se llevaba el isobutano a ebullición para que pasara a través de las turbinas generando energía. Y todo esto se hacía sin residuos radiactivos, sin tecnología potencialmente peligrosa, y sin impuestos gubernamentales.

Esa era la idea de todos modos, y, a juzgar por el complejo casi terminado, pronto sería una realidad. Asumiendo que pudieran defenderlo. Una voz causó que Morgan se volviera.

—¿Ciudadano Katarn? Esperaba encontrarme con usted.

El nombre de la oficial de información era Candice Ondi. Tenía el pelo castaño, grandes ojos inteligentes, y una sonrisa siempre lista. A pesar del hecho de que iba vestida con los ubicuos trapos grises que muchos rebs usaban en lugar de un uniforme, Morgan sabía que tenía una figura bonita. Habría estado interesado en circunstancias normales, pero la posibilidad de que muchos de los que le rodeaban pudieran morir pronto actuó para neutralizar tales pensamientos.



Ondi viajaba con un droide de protocolo cromado especialmente equipado llamado “A-Cé”. El robot hablaba docenas de idiomas, tenía una lente de aumento donde su sensor ocular derecho debería haber estado, y la habilidad de grabar y almacenar digitalmente más de mil horas de audio y vídeo. A-Cé caminaba con el movimiento ligeramente desigual típico de los de su tipo y estaba ocupado en una búsqueda incesante de posibles disparos.

Morgan encontró la posibilidad de que el droide pudiera grabar en un momento dado más que molesta y forzó una sonrisa.

—Capitana Ondi... cuán agradable es verla de nuevo.

La oficial rio.

—Ya veo que está muy emocionado. Escuche, quería darle las gracias por el metraje. Lo siento por lo que los comandos le hicieron a su granja, pero una imagen vale más que mil palabras. Cientos de miles de seres lo verán y sabrán lo que ha pasado aquí.

Una columna de rebeldes, con las armas cruzadas sobre el pecho, se dirigió hacia el cañón de abajo. Ese era el camino más directo a la caverna y el que esperaban que los imperiales tomaran. El río que debía alimentar al Pozo-G proporcionaría a los soldados de asalto una aproximación en línea recta. Morgan se volvió hacia Ondi. Ella bajó una holocámara y la dejó colgando de su muñeca. Sus ojos eran de color marrón verdoso y parecían ver sus pensamientos más íntimos.

—Así que Morgan Katarn no cree demasiado en nuestras posibilidades, ¿verdad?

Consciente de su papel como líder, y la importancia de una buena moral, Morgan mintió.

—Al contrario, Capitana Ondi, creo que vamos a ganar.

La oficial de información claramente no le creía. Ella asintió con seriedad, sonrió torcidamente, y se apartó una pelusa del hombro. Había algo personal en su gesto que le recordó a Morgan a la madre de Kyle. Sonrió.

—Cuide de sí misma, capitana. No importa lo que pase hoy, asegúrese de que lo vean.

Ondi asintió, un sargento pronunció el nombre de Morgan, y éste se dio la vuelta. Nunca volvieron a verse.



A pesar del hecho de que el Mayor Noda tenía el mando nominal de las fuerzas de tierra, era muy consciente del hecho de que Jerec supervisa todo lo que decía y hacía a través de transmisiones de comunicador, droides sonda, y sus propios poderes aparentemente sobrenaturales. Este conocimiento se añadía a la cantidad ya considerable de estrés a la que Noda estaba sometido.

Aunque por naturaleza era cauteloso, Noda no era un cobarde, y había mantenido el mando del AT-AT para ver el terreno por sí mismo. El caminante era de más de quince metros de altura y se sacudía de lado a lado mientras avanzaba en sentido ascendente.

Laderas fuertemente erosionadas, con sus cimas decoradas con arbustos de aspecto resistente, ascendían a uno y otro lado.

Se había invertido una gran cantidad de tiempo y energía pintando la insignia rebelde en los AT. Noda consideraba estos esfuerzos una pérdida de tiempo. Después de todo, la noción de que los rebeldes pudieran capturar ese tipo de armas de gran alcance y ponerlas en contra de sus propietarios era absurda. Sin embargo, órdenes eran órdenes, y la farsa continuaría.

El piloto, que había pasado la mayor parte de los últimos tres días en un simulador de AT-AT preparándose para este preciso momento, manejaba la corriente con facilidad. El agua se arremolinaba alrededor de las masivas piernas de la máquina y fluía aguas abajo. Un recodo oscurecía el río más adelante y Noda vio cómo el segundo de dos AT-ST desaparecía tras la curva. Hubo una explosión, el humo surgió desde el punto donde los caminantes debían estar, y la batalla comenzó.



Aunque Morgan en realidad no vio el misil golpear al AT-ST, escuchó la charla de comunicador que lo describió, y vio el humo surgir del cañón. A pesar de su posición como líder de la resistencia y miembro respetado de la comunidad, Morgan tenía relativamente poca experiencia militar. Por eso mismo había sido relegado a lo que los rebeldes comúnmente llamaban la "puerta trasera", el área plana por encima de la caverna, a la cual se accedía a través de un fácilmente defendible pasadizo que serpenteaba a través de una serie de cuevas y bóvedas hasta la cámara principal.

Lo cual explicaba por qué los veintiséis soldados bajo el mando de Morgan eran adolescentes o ancianos. Vitorearon cuando el caminante explotó y todavía estaban celebrándolo cuando una mujer llamada Crowley le tocó el brazo. Ella había sido sargento mayor en el Ejército de la República y era la única de su pelotón con experiencia en combate real.

—¡Mira, Morgan! ¡Viniendo en la dirección del sol!

Morgan puso el visor en su lugar y se volvió hacia el sol. La nave estaba demasiado lejos para una ID positiva, pero el rebelde *sabía* lo que era... El mismo carguero de fabricación corelliana que había atacado su granja. Cargado con comandos y en su dirección. Cambió a la frecuencia del pelotón y advirtió a sus tropas.

—Hay una nave de asalto imperial entrando. No os dejéis engañar por las marcas rebeldes. Todo el mundo excepto el equipo de misiles al pasadizo. Trot... Jen... destruid esa nave antes de que aterrice.

—¡Entendido! —dijo Trot con entusiasmo—. No te preocupes, Morgan; la nave está condenada. Vamos, Jen... carga mi tubo.

Los adolescentes tomaron posición detrás de unas rocas mientras el resto del pelotón se escurría dentro de la protección del pasadizo. Trot, con los ojos en la pantalla de imagen vertical proyectada sobre la superficie interior de su visera, observaba la nave

crecer en la distancia. El tubo de lanzamiento descansaba en su hombro derecho. El truco era esperar, lo cual aumentaba la posibilidad de impacto, pero no *demasiado* tiempo ya que el MAP necesitaba tiempo para armarse. Ahí es donde el anciano Danga había cometido un error. Trot estaba determinado a hacerlo bien.



Vester disparó los retros, encendió los repulsores, y permitió que la proa se elevara mientras la nave descendía. Eso bloqueó su visión de tierra, pero ponía más metal entre él y lo que optaran por enviar en su dirección los enemigos. Era un truco que los oficiales de infantería tenían mal visto ya que exponía el vientre de la nave a más fuego enemigo.

Brazack sintió la inclinación de la cubierta, supo lo que estaba haciendo Vester, y maldijo entre dientes. Este no era el momento ni el lugar para tratar con el piloto, pero más tarde, después de que la batalla hubiera terminado, encontraría a ese cretino y le enseñaría una lección.



Trot oyó un suave pitido a través del dispositivo, se aseguró de que el punto de mira estaba correctamente centrado en la parte inferior de la nave, y apretó el botón de disparo. El tubo se sacudió cuando el MAP salió disparado, golpeó el carguero acertadamente, y explotó. La nave se tambaleó, inclinándose de lado, y se estabilizó bajo las manos de Vester. Los escudos corellianos, construidos para soportar los rigores del combate espacial, resistieron.

Trot sintió una vaga inquietud en la boca de su estómago, esperó a que Jen empujara un segundo MAP en el tubo, y disparó de nuevo. El misil apenas había salido del lanzador cuando un rayo láser lo encontró. Trot, Jen, y las rocas donde se habían parapetado se desvanecieron bajo un destello de luz.

Morgan se estremeció, pensó en sus familias, y se estremeció de nuevo. Entonces el carguero aterrizó, comandos disfrazados de rebeldes estaban saliendo de su vientre, y láseres estaban sondeando las rocas. Morgan disparó y tuvo la satisfacción de ver a un imperial cayendo. Era el momento de retirarse, de tomar una posición detrás de la primera de las muchas barricadas de rocas predispuestas, y luchar en la primera de lo que iba a ser una larga serie de refriegas dilatorias.



Los rebeldes luchaban bien, mucho mejor de lo que Jerec, Thrawn, Noda o Brazack habían pensado, pero el resultado era inevitable. Así como Morgan y su constantemente decreciente equipo eran empujados inexorablemente hacia abajo, también el resto de la fuerza rebelde, aquellos que se habían enfrentado a Noda en el cañón, eran obligados a

retroceder hacia arriba. Los imperiales pagaban un precio sangriento por cada palmo de terreno que ganaban, pero había más y estaban mejor entrenados. Finalmente, después de cuatro horas de intenso combate, ambos contingentes de soldados de asalto se encontraron en la cámara principal. La lucha que siguió fue breve y bastante desigual.

Sólo quedaban treinta y siete colonos en ese momento. Los que podían mantenerse en pie fueron alineados frente al casi terminado Pozo-G y ordenados según las instrucciones emitidas por Jerec. El Mayor Noda consultaba una tableta de datos mientras inspeccionaba cada cara. La información proporcionada por los agentes de Jerec, combinada con los datos compilados por los droides sonda, había sido utilizada para crear perfiles detallados. A la mayor parte de los rebeldes se les daría muerte. Unos pocos, los que ocupaban cargos de liderazgo, serían retenidos para interrogarles.

Morgan Katarn había sido herido dos horas antes. Se tambaleó ligeramente mientras el Mayor Noda avanzaba por la línea. El líder rebelde no albergaba ilusiones. Sabía lo que le esperaba y no sentía más que tristeza, no por sí mismo, sino por los jóvenes cuyas vidas apenas habían comenzado.

El rostro de Noda era poco más que un borrón cuando apareció frente a él. Morgan tenía la vaga impresión de un pelo negro; ojos almendrados y pómulos altos. La voz era brusca e impasible.

—Jerec quiere a este... llevadlo a la lanzadera —unas manos agarraron los brazos de Morgan; él luchó por liberarse, y cayó cuando el aturdimiento le derribó.



Un sargento abofeteó a Morgan en la cara mientras un médico le inyectaba algo en el brazo. Sea lo que fuere le despejó la mente y lo dejó extrañamente alerta. Tanto es así que podía ver las diferencias casi microscópicas entre los remaches del casco, oír el aire mientras pasaba a través de los conductos de reciclaje, y sentir las gotas de sudor mientras aparecían a través de la superficie de su piel. ¿Y todo para qué? Para así poder sentir el dolor con más intensidad y de ese modo que les contara lo que querían saber.

Morgan sintió las puntas de sus botas rebotar sobre el chapado de duracero del casco mientras los soldados de asalto lo arrastraban hasta la sala de interrogatorios y lo dejaban caer. Estaba admirando la precisión con la que los droides de construcción habían acoplado dos de las placas del suelo cuando un par de botas de color negro brillante aparecieron frente a su cara. Esas botas lo asustaban y no estaba seguro de por qué.

Unas manos agarraron a Morgan por debajo de las axilas y lo levantaron de un salto. Tatuajes negros cubrían la parte inferior de la cara que tenía enfrente. Las drogas de su torrente sanguíneo hicieron que esos tatuajes cobraran vida. Se deslizaban hacia atrás y adelante. Buscó los ojos de su torturador, el camino hacia su espíritu, y no encontró más que oscuridad. Las palabras del hombre eran suaves y olían a menta. Este era el conocido como Jerec. Morgan había oído hablar de él.

—Ciudadano Katarn... cómo me alegro de verte. ¿Qué preferirías? ¿Una larga y dolorosa conversación? ¿O algo breve y al grano? Yo elegiría lo segundo, un camino menos difícil si estuviera en tu posición.

Morgan sentía la boca seca como el desierto. Movió la boca como si se preparara para hablar, reunió un poco de saliva, y apuntó a la cara de Jerec. Lamentablemente el escupitajo no fue lejos y cayó salpicando las botas del otro hombre. Jerec negó con la cabeza burlonamente.

—Qué decepcionante. Me esperaba más de alguien con tu reputación. Una réplica mordaz, un eslogan rebelde, o un heroico silencio. Ah, bueno, siempre es mejor sobreestimar a los oponentes que lo contrario. Ahora dime, ¿de quiénes recibes órdenes, y dónde están?

Morgan sintió su corazón latir contra su pecho. Así que era eso. Jerec esperaba empezar desde abajo y abrirse camino a través de la cadena de mando rebelde. Mata a los líderes y matarás la revolución. Era tan simple como eso. Pensó en Kyle, lamentó no poder haberlo visto por última vez, y deseó morir. Su boca todavía estaba seca y sentía las palabras pesadas.

—Una princesa gamorreana me entrega las órdenes cada mañana y vive bajo mi granero.

Jerec acarició la vibrocuchilla en forma de bastón. Chisporroteó con energía. El hedor del ozono llenó el aire.

Morgan pensó en Kyle y en el hombre en que esperaba que se convirtiera su hijo. Hubo una explosión de luz, el rostro de su esposa, y una sensación de paz.

Jerec oyó la cabeza de Morgan golpear contra la cubierta mientras apagaba la vibrocuchilla, y devolvió el dispositivo a su cinturón.

—Hace muchos años, tuve el dudoso placer de pasar por el espaciopuerto de Sulon. Una instalación escueta, casi espartana, por lo que recuerdo... ¿ha cambiado?

Un sargento, el soldado de mayor rango presente, se cuadró. Estaba aterrorizado y no podía ocultarlo.

—¡Señor! ¡No, señor!

—Excelente. En ese caso me gustaría añadir algo de color al lugar. Instalad esta cabeza donde todos puedan verla y tomar inspiración de ella. Mientras tanto, quiero que el siguiente mensaje se envíe al Emperador Palpatine: “Sulon ha sido pacificada. Tu obediente siervo, Jerec”.



CAPÍTULO 2

Kyle Katarn no quería morir. No por el Emperador, no por el Imperio, y no por ningún otro. La comprensión trajo color a sus mejillas y Kyle dio gracias por la brillante armadura blanca que protegía su cuerpo y ocultaba sus facciones. Los hombres que lo rodeaban eran soldados de asalto *reales* y, si no fuera por su casco, habría visto miedo en sus ojos.

Por supuesto para eso era el Ejercicio Omega... para poner a prueba a los cadetes en batalla y ver de qué estaban hechos. Los que completaran sus misiones con una puntuación satisfactoria recibirían sus asignaciones y graduados de la Academia Militar Imperial de Acantilado en Carida. Fracasados como Kyle servirían en las filas. Una ocupación honorable para cualquiera excepto para un cadete. Tal vez los rebeldes lo matarían *antes* de que pudiera avergonzarse a sí mismo. Un deseo bastante inusual en un cadete.

Un par de cazas TIE hizo la tercera de tres pasadas consecutivas, declarando el asteroide "despejado", y se alejaron. La nave de asalto, sólo una de los cientos de vehículos de apoyo que llevaba a bordo el destructor estelar *Imperator*, se estremeció ligeramente y perdió velocidad cuando el piloto disparó los retros. Se requería habilidad para igualar velocidades con un asteroide y el AX-456 no era una excepción. Tal vez los traga-píxeles de la nave supieran por qué los rebs habían elegido el 456 para establecer su estación repetidora o tal vez no. No es que importara mucho. Una incursión era una incursión y el piloto iba donde le decían.

El sol apareció sobre el horizonte del planetoide y activó el filtro polarizante de la máscara facial del piloto. Comprobó el rumbo y la velocidad, bajó la nariz, y con el mentón pulsó el intercomunicador.

—Estamos a tres, repito, tres hasta tierra. Comprobación del soporte vital y preparación para la inserción.

Aunque asustado, Kyle había sido entrenado para este momento, y reaccionó sin pensar.

—Verificación de sistemas; de arriba a abajo. Katarn verde.

Los nombres se pronunciaron en orden, empezando por su segundo al mando, el sargento mayor Hong, seguido por los miembros de los escuadrones uno, dos, y tres. Todo verificado, todo el equipo estaba “verde y listo”.

Kyle intentó informar, oyó su voz quebrarse, y volvió a intentarlo.

—Aquí Cadete Líder Katarn... todos los sistemas en verde. Listos para la inserción.

—Recibido —respondió el piloto con total naturalidad—. Descompresión atmosférica empezando ahora. Treinta hasta tierra.

Kyle activó con el mentón la frecuencia de mando y dio las órdenes oportunas.

—Descomp en marcha. Treinta hasta tierra. Bloquear y cargar.

Los soldados de asalto estaban sentados en asientos estilo banco con la espalda contra el mamparo. Colocaron sus armas de asalto en posición vertical, alineando los paquetes de energía con las ranuras receptoras, y los metieron en su lugar. Olvidarse de hacer esto era la clase de cosas que hacían los novatos y consecuentemente acababan muertos.

Kyle comprobó que su fuente de energía estuviera “bloqueada”, verificó la lectura de “carga completa”, y liberó el seguro. El cadete llevaba también un arma corta. Pero sabía que era mejor no comprobarla. No cuando quedaban quince segundos.

El tiempo pareció ralentizarse. Plomo llenó su estómago y se encontró inexplicablemente soñoliento. ¿Cómo era la frase? ¿Esa que estaba gravada en la repisa de la chimenea del comedor ceremonial de Acantilado? ¿Algo sobre cómo los cobardes sufren mil muertes...? Entonces, antes de que Kyle pudiera contar las veces que había muerto durante las últimas horas, la nave de asalto chocó. Rebotó una vez, dos veces, y se detuvo. Como los primeros aterrizajes que él había intentado, sólo que mejor.

Las escotillas de babor y estribor se abrieron y los líderes de escuadrón llevaron a sus hombres al duro vacío. Hong estaba entre las escotillas de espaldas a la cabina del piloto. Tenía un cuerpo pequeño y una gran voz.

—¡Moveos, moveos, moveos! ¿A qué diablos estás esperando, Briggs? ¿A una invitación impresa? ¡Sal ahí afuera y mata a algunos rebeldes!

Kyle sintió una mano helada asiendo firmemente su estómago, se obligó a ponerse en pie, y se preguntó cuándo empezaría la lucha. Los rebs ya deberían haber reaccionado, deberían haber abierto fuego con todo lo que tuvieran, pero nada ocurría. ¿Por qué? O, mejor, ¿por qué no? Tal vez los rumores eran ciertos. Tal vez los optimistas tenían razón por una vez. Quizás el noventa por ciento de las misiones reales eran paseos triunfales.

La mano liberó su estómago por un momento y Kyle caminó arrastrando los pies hacia proa. La gravedad era tenue en el mejor de los casos, y a pesar de que todo el pelotón había pasado dos días en un tanque de aclimatación pre-ataque, llevaba un tiempo adaptarse. Hong se cuadró.

—Tropas desplegadas, señor... ni rastro de oposición.

Kyle se preguntó qué estaba sucediendo tras esas lentes de color gris oscuro y armadura blanca. ¿Cuánto sabía Hong? ¿Tenía alguna idea de lo asustado que estaba su comandante? ¿Cuán cerca de desmoronarse? No había forma de saberlo. Pero una cosa era segura, la opinión de Hong pesaría mucho cuando se le diera su puntuación final.

Suponiendo que llegara tan lejos... Kyle sabía la respuesta correcta y la ofreció con el estilo calmado y directo que los instructores de Acantilado favorecían.

—Gracias, sargento mayor. Sigamos adelante.

—Sí, señor.

Kyle salió por la escotilla primero, seguido por Hong. Polvo se arremolinó alrededor de sus botas y cayó en cámara lenta. El terreno era accidentado y casi universalmente gris. Los cráteres de impacto marcaban los puntos donde los meteoritos se habían estrellado contra la superficie. Proporcionan una excelente cobertura y los soldados se aprovecharon de ello. La nave de asalto había descendido en un lugar en el que podría elevarse rápidamente... u ofrecer apoyo de fuego si se le pedía. Todo parecía como sacado de un libro de instrucción, lo que incrementó la confianza de Kyle. Tal vez, sólo tal vez, sobreviviría.

Kyle, más por curiosidad que por valentía, se mantuvo en posición. Los electrobinoculares proveyeron aumento y alcance mientras examinaba la base enemiga. Las instalaciones incluían una antena de comunicaciones, una estructura en forma de caja, y una pista de aterrizaje. La estación tenía un aspecto tosco e improvisado. La simulación previa a la misión había retratado las construcciones sólo a un cincuenta por ciento completas, pero esos datos tenían dos semanas de antigüedad, y los rebs habían estado ocupados desde entonces.

El propósito de esta instalación, y de otras parecidas, era cuestión de conjeturas. La mejor estimación de Intel era que los rebs estaban tratando de establecer una red de estaciones repetidoras que podría pasar inteligencia y emisiones de propaganda de un sector a otro. Todo parte de la batalla por los corazones y mentes de la población civil.

No es que eso marcara ninguna puñetera diferencia. Fuera cual fuera el propósito, Kyle sabía que lo que veía en la superficie no decía mucho acerca del resto del complejo. No, en base a la información recopilada por un droide sonda imperial, podía haber hasta un centenar de rebs viviendo y trabajando bajo la superficie. Especialmente durante la fase de construcción. Entonces, ¿dónde estaban? ¿Era la situación un paseo triunfal o una trampa? Se volvió hacia Hong.

—Envíe a los exploradores. Dígales que mantengan los ojos abiertos. Este lugar está demasiado condenadamente tranquilo.

Hong, quien privadamente estaba de acuerdo, agradeció a los dioses de la guerra tener un novato con algo de cerebro, y dio las órdenes necesarias.

—Dobbs, Trang, Sutu... echad un vistazo. Alguien ha construido esa antena... encontradles.

Los exploradores, cada uno de un escuadrón diferente, maldijeron su suerte y avanzaron medio agachados. Nubes de polvo que descendían lentamente se levantaban en espiral en torno a ellos y marcaban su progreso. Sabían que eso les convertía en blancos fáciles para un francotirador, si había alguno preparado para dispararles.

Kyle escaneó la zona. Las estrellas eran manchas distantes de luz. Los riscos, aquellos que habían sobrevivido, estaban como habían estado durante miles de años. A pesar del

hecho de que todo parecía normal, no se *sentía* normal, y eso era lo que le molestaba. Tanto porque había sido entrenado para actuar basándose en hechos, como porque el sentimiento era muy fuerte. Alguien, algo, estaba observando. Así lo sentía. Sin embargo, los informes dijeron lo contrario.

—Trang; un montón de huellas... nada más. Corto.

—Dobbs; lo mismo. Corto.

—Sutu; parece despejado. Corto.

El miedo había regresado y Kyle se tragó el nudo que se había formado en su garganta.

—Sargento mayor... el escuadrón dos volará la esclusa, uno proporcionará cobertura, y tres me seguirá.

Hong asintió.

—Sí, señor. Ya has oído al Cadete Líder, sargento Morley. Hagámosla estallar.

Con base en la información proporcionada por el droide sonda, cargas de demolición habían sido preparadas con antelación. Ya habían sido colocadas y estaban listas para detonar para cuando Kyle llegó.

La masiva entrada estaba construida para soportar un impacto de meteorito. Dos cargas magnéticas habían sido adosadas a la placa frontal metálica. Era una esclusa prefabricada estándar armada sobre permacreto de secado rápido y controlada por un teclado numérico. La cámara de video situada junto al marco de la esclusa había sido cegada con aerosol, al igual que la pequeña lente de cabeza de alfiler oculta en la pared lateral de la derecha. Muy disimulada. ¿Cuántas más habría? ¿Y dónde se encontraban?

Morley habló con su característico arrastrar de palabras.

—Está lista para volar, señor.

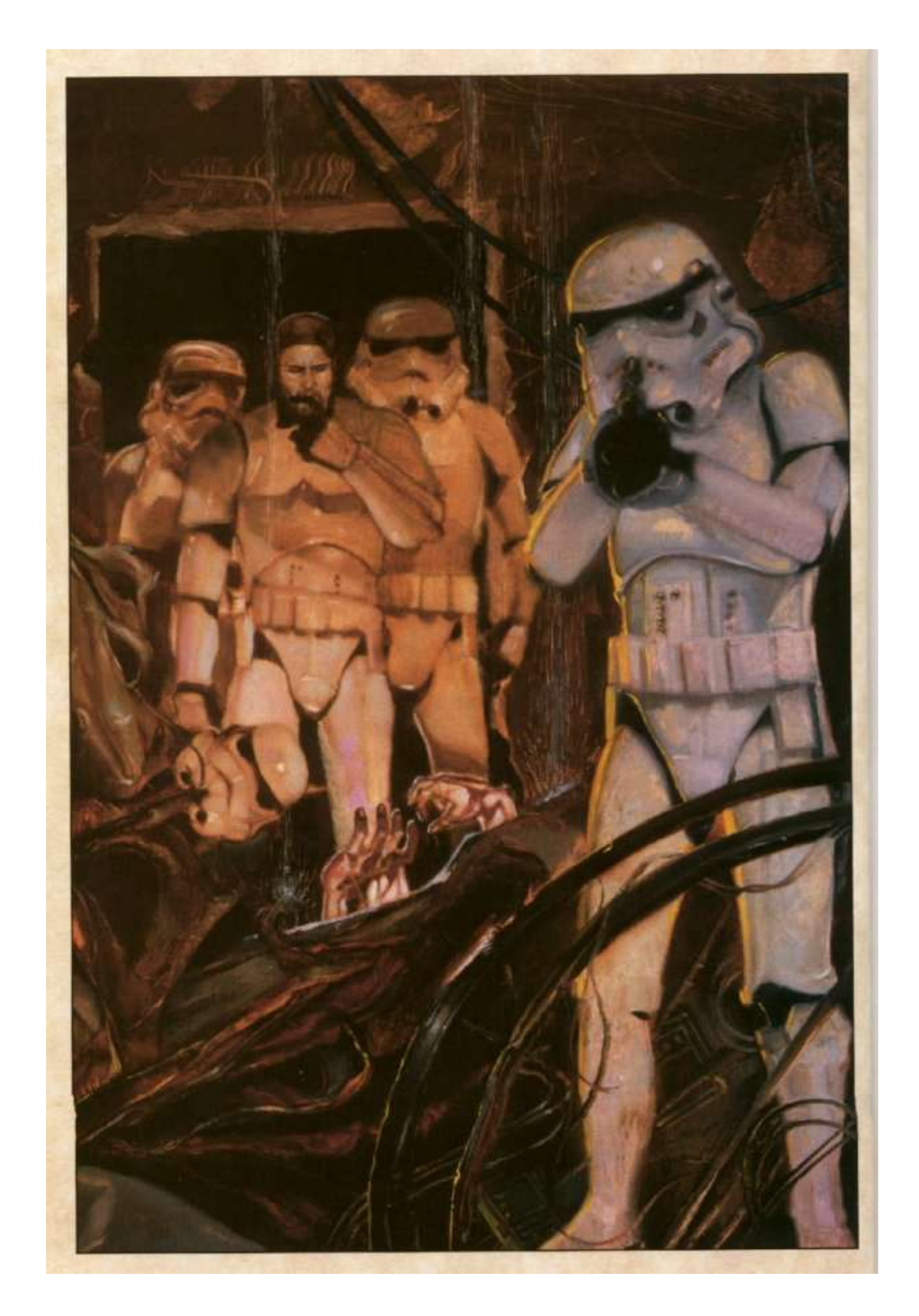
Kyle miró a su alrededor. Los soldados asumieron que era una última comprobación antes de dar la orden, pero él sabía la *realidad* de por qué lo hacía. Buscaba una excusa, *cualquier* excusa, para anular la misión. Ninguna se presentó. La mano se apoderó del estómago de Kyle, el sudor provocaba picazón en su piel, y su voz sonaba torpe.

—A cubierto... detonar a mi orden.

Los soldados de asalto se retiraron y se pusieron a cubierto. Kyle caminó hasta girar la esquina del edificio, respiró hondo, y dio la orden.

—Ahora.

Morley activó el control remoto y una erupción de polvo señaló que las cargas habían sido detonadas. Este era el momento que Kyle había estado temiendo, cuando pasara a través de la esclusa y recibiera un disparo de bláster en el pecho. Quería hablar, quería decir algo, pero no podía encontrar las palabras. Sus movimientos eran bruscos, como los de los soldados de juguete que su padre le había construido. Robots en miniatura que marchaban de aquí para allá, saludaban cuando le veían, y tropezaban con las irregularidades del suelo del taller.



De repente, sin recordar cómo había llegado allí, Kyle estaba dentro de la esclusa. Apenas se enteró cuando Morley pasó junto a él, pegó otra carga contra la puerta interior, y gritó:

—¡Abajo! —el "señor" era obviamente algo secundario.

Las cargas internas explotaron con un destello de luz. Morley se levantó, empujó la plancha de metal altamente dañada a un lado, y maldijo cuando un disparo de bláster rebotó en su armadura reflectante. ¿Una emboscada? Los peores temores de Kyle se volvían realidad. Una oleada de autocompasión le recorrió. Se había alistado para obtener una educación, no para morir en un asteroide. No era justo. ¿O sí? Después de todo, nadie le había obligado a asistir a la Academia, él había elegido hacerlo... así como los hombres que estaban a la espera de una orden. Cuatro años de duro y riguroso entrenamiento tomaron el control.

—¡Contacto! Dos granadas... una de conmoción, otra de alto poder explosivo.

Las palabras acababan de salir de la boca de Kyle cuando dos granadas volaron a través de la puerta, explotaron, y arrojaron metralla en todas direcciones. Morley pasó el primero a través del agujero, seguido por Kyle, Hong, y los miembros del escuadrón dos. De repente, Kyle se enfrentó a la dura realidad de lo que la guerra le hacía a la gente. Tragó saliva para mantener su desayuno dentro y miró hacia delante.

La siguiente puerta, suplementaria para el caso de que un meteorito destruyera la primera, se abrió automáticamente. Kyle entró listo para disparar. La segunda puerta estaba cerrada y no había dudas en cuanto a lo que esperaba al otro lado.

—¿Escuadrón dos? Armas pesadas al frente... cubrid la esclusa.

Dos soldados de asalto, ambos armados con cañones bláster y los módulos energéticos necesarios para su funcionamiento, se apostaron frente a la esclusa. Diez soldados adicionales se situaron por detrás. Hong golpeó un botón y la puerta inició el ciclo de apertura. Kyle apretó los dientes.

—Primera fila, preparados para abrir fuego... segunda, tercera y cuarta filas, presentad rifles.

El presentar rifles, normalmente mostrados a los oficiales durante la instrucción, obligaba a la segunda, tercera y cuarta filas a mantener sus armas en posición vertical y con ello se prevenía una descarga accidental.

La esclusa se abrió, la primera fila disparó, y se tambaleó cuando una tormenta de fuego les golpeó. La primera línea de soldados de asalto murió en cuestión de segundos, seguida rápidamente por al menos la mitad de la segunda. Sin embargo, no fue sin coste, ya que había poca o ninguna cobertura en la habitación de más allá, y los rebeldes estaban expuestos.

Kyle sintió ira reemplazar al temor que casi lo había paralizado, disparó su arma, y gritó alentando.

—¡Vamos, hombres! ¡Eliminadles!

Kyle salió de la cobertura y le disparó a una mujer en el pecho. Ella cayó en cámara lenta y el cadete sintió una conmoción atravesarle. Era una persona, no un objetivo... y el

conocimiento lo congeló en su lugar. Sentía una terrible sensación de remordimiento, y permaneció congelado mientras Morley se agarraba la placa frontal y caía de espaldas.

El rebelde que había matado a Morley era poco más que un niño, pero tenía la edad suficiente como para tomar una vida, y Kyle le disparó en el pecho. Las palabras surgieron de sus profundidades y retumbaron a través del canal de mando. Si sus hombres las encontraron extrañas no tuvieron oportunidad de comentarlo.

—¡Morley también era una persona!

La batalla se prolongó. Los rebs eran un grupo diverso. Kyle vio hombres, mujeres, y una variedad de alienígenas, algunos de los cuales reconoció y otros no. Eran de todos los colores, formas y tamaños, y lucharon con armas tan diversas como ellos. Kyle vio blásters viejos y nuevos, además de algunas armas de proyectiles de baja velocidad, y al menos una vibrohacha pre-imperial del tipo utilizado para abordar naves enemigas. Era un arma fea y cortaba a través de la armadura imperial como si estuviera hecha de papel. Hong disparó al portador del hacha en la cabeza, le disparó una segunda vez sólo para asegurarse, y lideró la carga que aseguró la habitación y quince metros del pasillo.

Con esto conseguido, Kyle se tomó un momento para evaluar la situación. Un recuento rápido reveló que el pelotón había sufrido un treinta por ciento de bajas, con el escuadrón dos casi totalmente aniquilado, el tres con dos hombres menos, y el uno, que había pasado a través de las esclusas el último, casi intacto. Hasta aquí lo del paseo triunfal. Si esta era la idea de la Academia de algo fácil, era asombroso que alguien sobreviviera para graduarse.

Una mano tocó el brazo de Kyle. Se volvió para encontrarse con un médico de pie junto a él. Tenía una quemadura de bláster a lo largo de un lado de su casco y la sangre de otras personas en los brazos.

—¿Qué hay de los rebs, señor? ¿Les ayudamos o les libramos de su miseria?

Kyle sabía lo que el noventa y nueve por ciento de sus compañeros oficiales diría: libradlos de su miseria. Sin embargo, él no se atrevía a dar la orden... no a sangre fría. Miró a su alrededor. El suelo estaba alfombrado de cuerpos.

—Nuestra gente es lo primero, los rebeldes después. Inteligencia militar querrá interrogar a los prisioneros.

El médico asintió respetuosamente y se apresuró a informar a su equipo. Hong apareció, se quitó el casco, y se secó el sudor de la frente. Hong llevaba el pelo alto y tieso, aunque se permitía llevar un bigote bien cuidado. Si estaba preocupado no daba muestras de ello. Kyle no estaba absolutamente seguro, pero le pareció ver respeto en los ojos del otro hombre, y sintió un poco de orgullo llenar su pecho. Se dio cuenta de que, a pesar del hecho de que el miedo permanecía agazapado en su vientre, *él* lo *controlaba*, en lugar de lo contrario. El cadete se quitó el casco y lo sostuvo en el hueco de su brazo.

—Bueno, sargento mayor, nuestros instructores nos han enseñado que cuando las cosas van mal, y necesitamos consejo, debemos pedirlo. ¿Qué piensa? ¿Deberíamos retirarnos? ¿O seguir adelante?

La ya elevada estimación de Hong de la capacidad del joven oficial se incrementó aún más. Sabía por triste experiencia que nueve de cada diez de los compañeros de Kyle habrían sido demasiado orgullosos como para pedir consejo.

—Yo digo que pidamos refuerzos, luego sigamos adelante, señor. Los rebs ya están heridos, y odiaría malgastar más vidas irrumpiendo aquí de nuevo desde el principio.

El consejo tenía sentido y sirvió para validar los instintos de Kyle. Asintió, eligió la frecuencia táctica correcta, y habló por su comunicador de muñeca.

—C-1 a R-1. Corto.

Oyó un crujido de estática seguido por la voz del piloto. La señal estaba codificada en ambas direcciones.

—Aquí R-1, adelante. Corto.

—Necesito un informe de situación, Uno... ¿alguna actividad ahí fuera? Corto.

—Los rebs han enviado algo de tráfico de comunicaciones codificado, C-1... y tengo la sensación de que tienen refuerzos de camino. Corto.

Kyle se estremeció ante su propia estupidez. Había estado tan asustado, había sido tan estúpido, que había olvidado el comunicador.

—Liquide la antena, R-1... y dígale al *Imperator* que envíe algunos refuerzos. Ha causado un treinta por ciento de bajas entrar en este lugar, y no hay final a la vista. Confirme. Corto.

—Cortar la conexión reb y pedir refuerzos —dijo el piloto con calma—. Lo tengo. Aguanten, C-1. Corto y cierro.

Kyle miró a Hong.

—Muy bien, sargento mayor. Ya hemos perdido suficiente tiempo. Movámonos.

Hong sonrió, saludó, y dio media vuelta.

—Vale, gente, habéis oído al Cadete Líder, terminemos lo que hemos empezado. En primer lugar el escuadrón uno, segundo el escuadrón tres, el escuadrón dos se queda —los pocos supervivientes del escuadrón dos, la mayoría de los cuales estaban heridos, observaron sin entusiasmo cómo sus camaradas entraban en un gran pasadizo subterráneo. Tres soldados fuertemente armados lideraban la falange, con Kyle y Hong inmediatamente por detrás.

El pasillo era lo suficientemente amplio como para dar cabida a equipo pesado, y las paredes llevaban las marcas dejadas por el topo minero usado para crearlo, además de algunos grafitis no muy originales con relación al Emperador. La sangre dejada por los heridos y dos cuerpos ampliamente separados daban testimonio mudo del hecho de que los rebeldes también habían sufrido grandes bajas.

Túneles secundarios se ramificaban a izquierda y derecha. Algunos de ellos podían dar cabida a humanos, mientras que muchos no. La función de los pasajes no estaba clara, y a Kyle no le importaba, siempre y cuando los rebeldes no lanzaran un ataque por uno de ellos. Envió exploradores por los más grandes y esperó a su visto bueno para continuar. Fue un viaje tranquilo en su mayoría, con el silencio roto sólo por sus pasos y el sonido de su propia respiración.

Así marcharon durante un kilómetro más o menos, hasta que la tierra tembló, y Kyle escuchó un fuerte crujido a través de su comunicador externo. Venía de atrás y el cadete se volvió para ver el túnel colapsar.

De pronto, sin saber *cómo*, Kyle vislumbró el futuro. Donde el pasillo bien iluminado había estado ahora sólo veía oscuridad y el destello de armas de energía. Las palabras surgieron de su boca.

—¡Cuerpo a tierra! ¡Avanzad a gatas!

Las órdenes no tenían sentido aparente, pero si los soldados de asalto imperiales sabían algo, ese algo era cómo obedecer órdenes, y lo hizo hasta el último hombre. La visión de Kyle, y la resultante orden, salvó muchas de sus vidas.

En el momento en que las luces se apagaron, los rebeldes abrieron fuego a través de los agujeros perforados a toda prisa. El fuego, la mayoría del cual pasaba sobre la cabeza de los soldados de asalto, impactaba contra la pared opuesta. Kyle, a sabiendas de que un ataque frontal estaba de camino, gateó hacia adelante. Necesitaban cobertura, *cualquier* tipo de cobertura, si esperaban sobrevivir. La luz de su casco se tambaleó a través de la parte trasera de un maltratado tractor-oruga y las rayas negras y amarillas alternas que cubrían su parachoques:

—¡Poneos a cubierto detrás del tractor! ¡Preparaos para el ataque!

Las palabras apenas habían salido de la boca de Kyle cuando los rebeldes lanzaron granadas a través de las aberturas. Las explosiones se produjeron dos segundos después y fueron seguidas por los gritos de los heridos. Hong, con voz áspera, reprendió a los que gritaron.

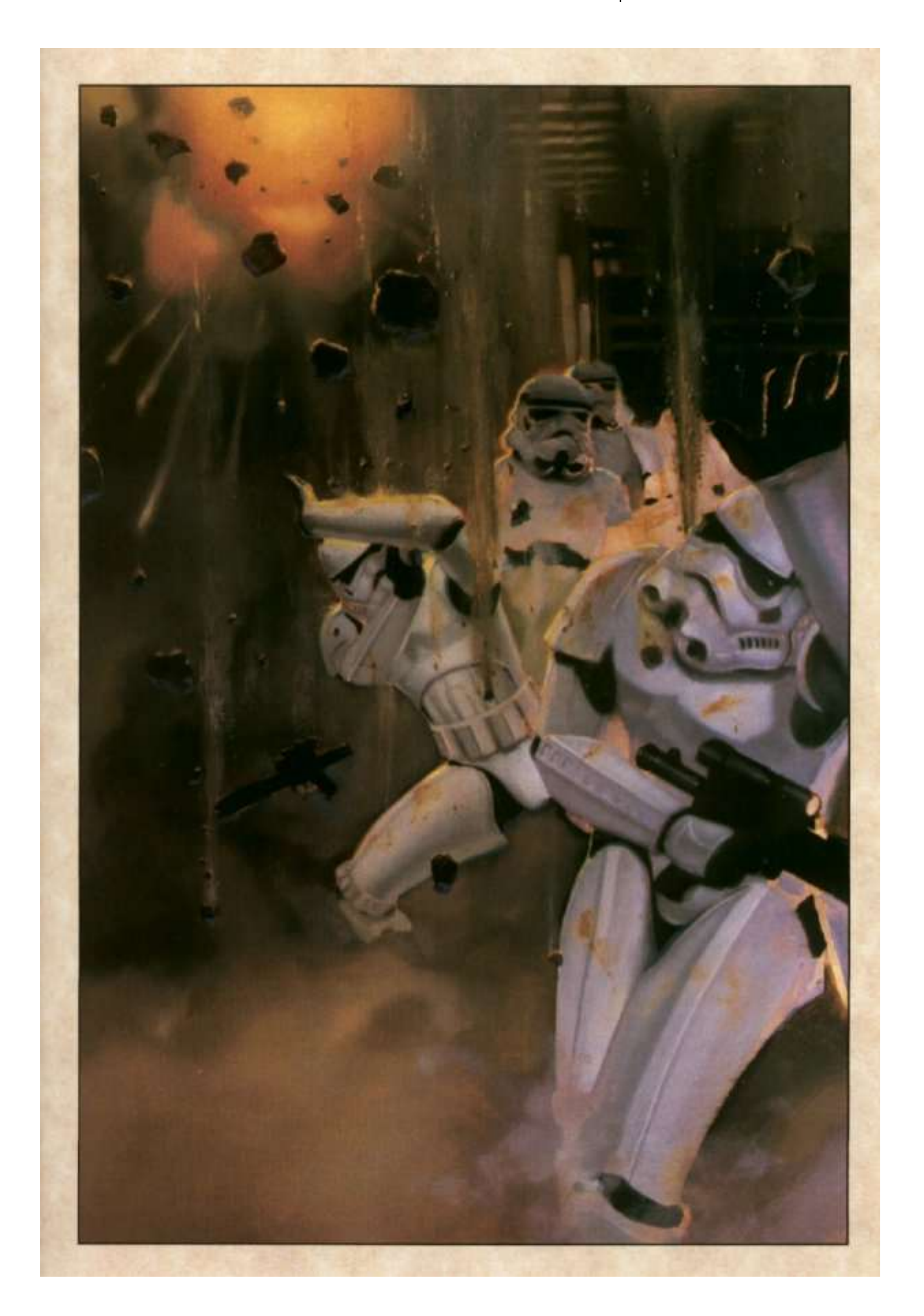
—La frecuencia táctica está destinada a la comunicación verbal. Usadla para eso.

Parecía como si la misión se hubiera convertido en una pesadilla sin fin, donde todo lo que *podría* pasar, *pasaba*, y era seguido inmediatamente por algo aún peor.

Las luces se encendieron y los soldados de asalto dispararon mientras una línea de pared a pared compuesta por droides que rodaban, saltaban, se deslizaban y se tambaleaban, avanzaba en su dirección. Kyle reconoció un par de droides pesados de construcción, un cargador arácnido, dos tipos-A, y una desamparada unidad R2, todos condenados a una misión suicida electromecánica. Ninguna de las máquinas estaba armada, o programada para el combate, pero eran voluminosas y proporcionaban cobertura a los rebeldes detrás de ellos.

Disparos de bláster brillaron y golpearon a los soldados de asalto donde yacían. Uno de ellos trató de ponerse en pie y se tambaleó cuando los rebs le mataron. La distancia era corta, demasiado corta como para lanzar granadas de forma segura, pero Kyle no vio otra alternativa.

—¡Granadas! Delante y detrás.



Los robots se tambalearon y se desvencijaron cuando las granadas explotaron a su alrededor. La cabeza de un soldado de asalto salió volando. La sangre brotó hacia arriba como una fuente. Sin estar ya protegidos, los rebeldes dispararon, y retrocedieron. Furiosos, los soldados de asalto supervivientes se pusieron en pie y respondieron al fuego con fuego. Los rebs dieron la vuelta y echaron a correr. Los imperiales continuaron disparando. La visión enfermó a Kyle, y estaba a punto de ordenar un alto el fuego cuando el último hombre cayó. Avanzó patinando hasta la puerta de duracero.

Kyle había perdido toda esperanza de capturar la instalación. Tenía que concentrarse en salvar lo que quedaba de su primer mando. Aunque no hubiera mucho que salvar. El pelotón había sido reducido al sargento mayor Hong, doce efectivos, y dos heridos que podían caminar. Una retirada era poco realista. Para dar marcha atrás tendrían que pasar por los agujeros con armas, y, suponiendo que pudieran recorrer todo el camino hasta el derrumbe, toneladas de roca bloqueaban el camino. No, su única esperanza era hacer estallar la puerta, y buscar otra salida. A menos que los refuerzos hubieran llegado... lo cual lo cambiaría todo.

Kyle llamo a R-1, no oyó más que estática, y lo intentó de nuevo. El mismo resultado. Tal vez el espesor adicional de la roca había bloqueado la señal, tal vez la nave de asalto se había visto obligada a marcharse, o tal vez cualquier cosa. Poco importaba. Lo único que podía hacer era trabajar con la información a mano y esperar lo mejor. Kyle miró a Hong.

—No hay marcha atrás, sargento mayor. Diga a los hombres que busquen paquetes de energía, arrastren los droides hacia delante, y vuelen la puerta.

Hong asintió con sobriedad.

—Sí, señor. Estarán esperándonos, señor.

Kyle asintió mientras inspeccionaba las toscas paredes, el suelo salpicado de sangre, y los restos de su primer mando. Lo extraño era que la misión había ido mucho peor que en sus peores sueños, sin embargo, el miedo había desaparecido.

Kyle miró a su alrededor y vio que sus hombres habían tomado posiciones a ambos lados de la puerta, mientras que el cabo Givens colocaba una carga magnética en el panel de control. Givens hizo un último ajuste en la carga y se volvió.

—Cuando quiera, señor.

Kyle asintió.

—Gracias, Givens. Esparcíos, hombres, manteneos agachados, y preparaos para disparar. Estarán esperándonos. Y recordad; aprovechad cada disparo. Los paquetes de energía son cada vez más difíciles de conseguir.

Excepto los droides lo suficientemente pequeños como para ser arrastrados hacia adelante, no había mucha cobertura en el pasillo. Aun así, los imperiales aprovecharon lo que había, y Kyle dio la orden. La explosión arrancó el panel de control de la pared. Brotaron chispas, un incendio eléctrico comenzó, y la puerta rechinó abriéndose.

Efectivamente, los rebs estaban esperando, y abrieron fuego con todo lo que tenían. Una barricada, por así llamarla, se había erigido, y la usual extraña variedad de hombres,

mujeres, y alienígenas se había refugiado detrás de una pared improvisada de módulos de carga, bobinas de cable, y muebles.

Kyle notó mientras apuntaba y disparaba que estos rebeldes en particular parecían menos disciplinados que los que se habían encontrado antes. Algunos tenían una tendencia a disparar de una manera salvaje e indisciplinada, otros llevaban armas de segunda clase, y por lo menos dos o tres estaban congelados en su lugar.

¿Eran no combatientes, entonces? ¿Hombres y mujeres que se habían visto obligados a prestar servicio por desesperación? No obstante, tenían el número de su lado, y mucha mejor cobertura. Tres de sus soldados murieron y el resto se movió hacia adelante. Los rebeldes se detuvieron por un momento, vacilaron a la vista del fuego enemigo, y se quebraron.

Los soldados de asalto continuaron disparando y Kyle supo que no podía permitir una masacre. Su voz resonó a través del canal de mando.

—Suficiente, contened el fuego.

Hong giró en dirección a Kyle. A pesar de que no podía ver la expresión del sargento, el cadete podía sentir su ceño fruncido. Kyle encontró una excusa y la ofreció.

—Tenemos que conservar nuestra munición, sargento mayor. La mayor parte del material que los rebs han dejado no nos sirve de nada. Pensándolo bien, usaremos *su* oxígeno por un tiempo.

Hong asintió y se alejó. Kyle suspiró aliviado, indicó a los hombres que avanzaran, y siguió las señales escritas a mano. Leyeron “Centro de Comunicaciones” y siguieron las indicaciones más allá de lo que olía como un comedor, una serie de cavernosas salas de almacenamiento, y por un pasillo de aspecto práctico. Las toscas paredes sostenían un tablón de anuncios electrónico y una mezcolanza de impresiones. Una anunciaba una fiesta de cumpleaños para alguien llamado Blim Shahar, y otra advertía al personal de la base que conservara el agua.

Kyle se sorprendió a sí mismo por tener la presencia de ánimo suficiente como para escanear los boletines con la pequeña holocámara de combate integrada en su casco. Los frikis de inteligencia militar estarían encantados, y, en el caso improbable de que sobreviviera, los instructores le adjudicarían algunos puntos extra. La documentación colateral era sólo una de las miles de cosas que un oficial de infantería se suponía que debía recordar y atender.

Un droide de mantenimiento eligió ese momento en particular para asomar su nariz desde un pasillo lateral, vio a los imperiales, y chirrió alarmado. El droide ya había dado marcha atrás, y estaba en proceso de retroceder cuando un rayo de energía impactó en la roca por detrás de él. La voz de Hong goteaba sarcasmo.

—Gracias, Dendu. Has desperdiciado un tiro *y* has fallado al objetivo. El Emperador estaría orgulloso.

Un par de puertas ligeras bloqueaban el camino. Se deslizaron en las paredes cuando Kyle se aproximó. Él se preparó para disparar, pero no vio nada más amenazador que algunas estanterías grises con equipamiento. Moviéndose con cautela, con las armas

listas, los soldados entraron en la sala, se volvieron hacia la derecha, y se encontraron con una vista asombrosa.

Los rebeldes, alrededor de unos quince o veinte, estaban de espaldas a una pared llena de monitores y equipos de comunicaciones con sus manos en el aire. Kyle, que estaba listo para cualquier cosa excepto para una rendición, se esforzó en adaptarse. Se aseguró de que los rebs estaban cubiertos, entonces se quitó el casco, y utilizó el antebrazo para quitarse el sudor de la frente. ¿Qué haría con los prisioneros? Superaban en número a su equipo y sería difícil llevarlos con ellos. No, la solución más conveniente era matarlos, destrozar la sala de control, y escapar mientras las cosas marcharan bien. Especialmente con más rebeldes de camino.

Mientras Kyle consideraba la viabilidad de lo que equivalía a un asesinato en masa, sus ojos se dirigieron hacia una cara de forma ovalada. Algo, nunca sabría exactamente el qué, le llamó la atención. La chica era de alrededor de su edad, tal vez un poco más joven, vestida con un mono de vuelo. Tenía los ojos de color marrón oscuro a juego con el color de su pelo, y parecía atraerle. Veía tranquilidad en ella, sin embargo estaba concentrada, como si todo su ser se enfocara en algo que él no podía ver.

En ese preciso instante, una chispa deshizo la brecha entre ellos, y ella, al igual que la primera persona que había matado, cruzó la línea pasando de una variable a una persona. No sólo eso... Kyle sabía que ella había experimentado algo similar. Se dio cuenta por la forma en que sus ojos estaban bien abiertos. Sintió que su corazón latía un poco más rápido. Supo entonces que no podía matar a esa joven mujer... ni tampoco a los demás.

El sargento mayor Hong trajo a Kyle de vuelta al presente. Su voz invadió la frecuencia de mando.

—¡Mire! ¡Ahí arriba, en ese monitor, señor! No sé de quién es esa nave, pero no es una de las nuestras. ¡Liquidemos a los rebs y saquemos nuestros culos de aquí!

Kyle miró, vio un carguero aterrizar, y vio dispararse el polvo hacia arriba mientras una rampa tocaba el suelo. No hacía falta ser un genio para saber que los refuerzos reb habían llegado. Su voz sonó sorprendentemente fuerte, y dado que se había quitado el casco, los presos también le oyeron.

—Negativo a liquidar a los rebs, sargento mayor. Ya ha habido suficientes muertes hoy.

Hong se volvió. A pesar de que el cadete no podía ver sus ojos a través de la visera, podía sentir su intensidad. La voz era como el acero.

—Con el debido respeto, *señor*, los rebs han eliminado dos tercios de *su* mando, y matarán incluso más de nuestras tropas si les deja ir.

Kyle negó con la cabeza.

—La respuesta es no. Ya ha oído mis órdenes, llévelas a cabo.

Hong asintió con rigidez.

—Sí, señor. En disconformidad, señor. Haku, sitúa algunas cargas. No tenemos mucho tiempo.



Kyle miró al monitor, vio rebs con trajes espaciales salir flotando de la escotilla de carga del carguero, y se preguntó cómo le habría ido a R-1. ¿La nave de asalto había escapado? ¿Había refuerzos imperiales de camino? Eran preguntas meramente teóricas en lo que a él concernía. Si sobrevivía a las próximas horas (y eso era un gran *si*), sería sometido a un consejo de guerra por permitir que los rebs vivieran. Un castigo que muy probablemente merecía.

Kyle miró a la chica, vio el agradecimiento en sus ojos, y asintió. Al menos a ella merecía la pena salvarla. El casco olía a sudor cuando se lo puso sobre la cabeza.

—Muy bien, hombres, limpiad la habitación, y encontremos un lugar donde refugiarnos. Los refuerzos están de camino.

Kyle no tenía ni idea de si sus palabras eran ciertas. Pero sabía que los hombres necesitaban escucharlas. Indicó a los rebs que salieran por el otro extremo de la habitación, esperó a que su equipo se retirara a través de la puerta, y les siguió. En el momento en que estuvieron fuera, gritó:

—¡Detonad las cargas! ¡Seguidme! —y corrió por el pasillo. Sintió más que oyó las explosiones. Los rebs habían tenido un montón de tiempo para ponerse a salvo y esperaba que lo hubieran hecho. Especialmente la chica.

Por razones de las que no estaba del todo seguro, Kyle había identificado el comedor como el mejor lugar para refugiarse. Patinó hasta detenerse, asomó la cabeza por la puerta, y confirmó que la sala estaba vacía.

—Muy bien, hombres, apilad algunos muebles frente a esta puerta, y comprobad las salidas. Es la hora del almuerzo.

La broma consiguió las risas que Kyle había esperado, los soldados de asalto apilaron mesas contra la puerta, y aseguraron los conductos de climatización. Una vez estuvo hecho, les permitió turnarse para saquear las neveras, y ofreció una noche libre al soldado que hiciera el sándwich más monstruoso.

Incluso hicieron uno para Kyle, y el Cadete Líder se había quitado el casco para comer cuando una perforadora sobre orugas irrumpió a través de la pared del fondo. Kyle apenas tuvo tiempo de colocarse el casco de nuevo antes de que los rebs brotaran por el agujero y abrieran fuego contra los soldados de asalto. Hong y cuatro o cinco más murieron en los primeros cinco segundos de combate. Kyle maldijo, dio media vuelta, y disparó. Algo golpeó su casco, y él cayó, con la oscuridad elevándose a su alrededor.

CAPÍTULO 3

Kyle salió por la puerta principal del hospital, parpadeó ante la severa luz producida por el sol de Carida, y devolvió el saludo a un recluta. Neks de piedra se agazapaban a ambos lados de la entrada, cada uno lo suficientemente grande como para tragarse una nave de asalto, símbolos de la fortaleza del Imperio. Empezó a bajar por el largo tramo de escaleras. Una barandilla de metal separaba a los peatones que bajaban de los que subían. Consistentemente con el desdén del Emperador hacia otras especies inteligentes, y su discriminación no muy sutil a las mujeres, la mayoría eran tanto humanos como hombres.

La Base de Entrenamiento Militar Imperial de Carida era el hogar de más de ciento cincuenta mil reclutas, cadetes e instructores. La Academia Militar, también conocida como Acantilado debido al precipicio que se abría a lo largo del lado este del patio de armas, ocupaba menos de una décima parte de la extensa base, pero producía un alto porcentaje del cuerpo de oficiales del Imperio.

El hospital, bastante concurrido, ocupaba incluso más gracias al goteo constante de víctimas de misiones como la de Kyle. El cadete bajaba detrás de unos técnicos médicos y estaba a medio camino del patio cuando alguien gritó su nombre y lo agarró del brazo.

La voz tenía una cualidad nasal. Le había perseguido casi todos los días de los últimos cuatro años. Pertenecía a Nathan Donar III, el hijo mayor del Gobernador Donar II, y un verdadero dolor en el trasero. Unos pequeños ojos redondos y marrones observaron a Kyle por encima de una nariz larga y fina. Estaban llenos de falsa cordialidad.

—¡Hey, chico del Borde! ¿Cómo va la cabeza? ¡Es bueno verte levantado y caminando!

Kyle liberó su brazo, agitó una mano en agradecimiento, y siguió su camino. Los rostros se sucedieron difuminándose ante sus ojos a medida que más felicitaciones llegaban hasta él. Parecía como si todo el mundo hubiera oído la historia. Había varias versiones, pero todas ellas tenían elementos en común: El Cadete Líder se había encontrado con una oposición inesperadamente fuerte, y, en lugar de retroceder como cualquier persona normal habría hecho, se había abierto camino luchado a través de los

pasillos de una importante instalación rebelde, matando a no menos de cuatrocientos treinta y seis insurgentes y desactivando una relevante instalación de comunicaciones. Todo lo cual Kyle sabía que era una gran exageración de lo que realmente ocurrió. Y la última parte de la historia él sólo la conocía de segunda mano.

Parecía ser que dos naves rebeldes llegaron poco después de que él hubiera sido golpeado y quedara inconsciente, cargando al personal que sobrevivió, y despegando. La primera nave lo consiguió, pero la segunda fue víctima de los refuerzos convocados por R-1, y fue completamente destruida. Una fuerza de comandos fuertemente armados recorrió la base rebelde y encontró a Kyle y a los seis miembros restantes de su fuerza original. Todos estaban heridos y cubiertos tras una barricada construida apresuradamente. Para Kyle, esto había sido una clara indicación de su fracaso. Sin embargo, nadie quiso escuchar sus objeciones, y menos aún el gran General Mohc, quien apareció junto a la cama de Kyle dos días antes y elogió al cadete por su valentía.

Más tarde esa noche, durante la cena con Jerec, Mohc mencionó las hazañas del joven cadete. Jerec, con sus cuencas oculares vacías ocultas tras una banda negra, levantó la mirada de su carne medio hecha. No podía ver la apariencia de la comida, pero podía oler los restos de sangre.

—Conozco al padre del chico. Su vida fue un desperdicio. Tal vez el chico será diferente. Me gustaría conocerlo.

Mohc asintió, recordó que su invitado era ciego, y respondió en voz alta.

—Será como desees.

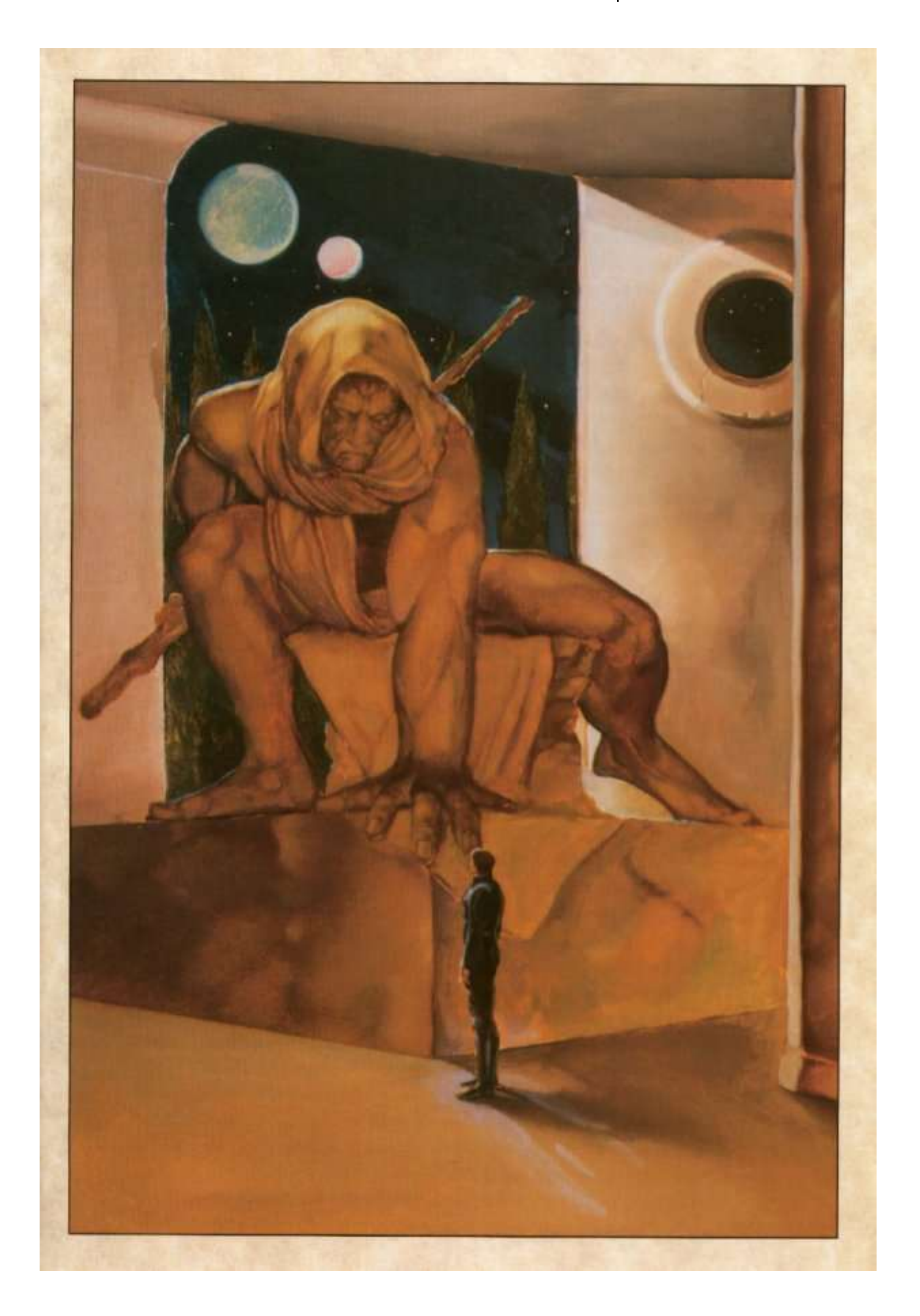
Jerec, quien veía más de lo que Mohc podía imaginar, sonrió y se relamió. La comida era deliciosa.

Kyle, que no tenía conocimiento de que tales deliberaciones hubieran tenido lugar, terminó de bajar la escalera. El gran espacio abierto frente a él era referido como “el patio” en los mapas interactivos entregados a los visitantes, pero los cadetes lo llamaban “el molinillo”. ¿Cuántas horas... cuántos *días* había pasado marchando atrás y adelante a través de estos acres de piedra consolidada? No estaba seguro. Lo principal que recordaba era el increíble cansancio derivado del interminable entrenamiento físico, largas horas de estudio, y privación del sueño intencional. Todo eso ya había quedado atrás para él, con la graduación a sólo unas horas.

El pensamiento le causó un sentimiento de culpa, pero lo apartó. Nadie más se preocupaba por la verdad. ¿Por qué debería hacerlo él?

Kyle tomó la ruta más directa a través del molinillo, un camino que lo llevó a través de la sombra proyectada por una heroica estatua del Emperador Palpatine.

Una columna de cadetes novatos pasó a paso ligero por delante de Kyle y su líder lanzó un saludo en dirección al cadete veterano. Él lo devolvió, y al hacerlo, se sintió inexplicablemente feliz. De alguna manera, a pesar de todo, había sobrevivido a la misión y la asignación sería suya. Su padre se sentiría orgulloso, encontraría una manera de compensar sus errores pasados, y todo iría bien. El pensamiento revitalizó su paso y Kyle marchó rápidamente hacia los dormitorios.



Por detrás del cadete, tan alto que el movimiento era imperceptible desde el suelo, un par de ojos electromecánicos se abrieron y añadieron una imagen más a los centenares disponibles en el mosaico de videopantallas que llenaba toda una pared de la oficina subterránea del Comandante. Los cadetes eran muy imprevisibles. Era buena idea mantener un ojo sobre ellos.



El día de la graduación amaneció brillante y frío. La luz entraba a raudales por las ventanas sin cortinas y salpicaba el suelo sintético. Kyle salió de la cama, se estiró, bostezó, se dio cuenta de que las pesadillas se habían tomado la noche libre, y se complació en el hecho de que su visión era clara.

Meek Odom, el compañero de habitación de Kyle, seguía durmiendo. Kyle sonrió, dijo:

—¡Hey, aliento de dinko! ¡Hora de levantarse! —y pateó la litera del otro cadete. Después de provocar la respuesta habitual, una maldición acompañada de una almohada volando, Kyle se dirigió a la ducha. Él, al igual que aquellos con los que se encontró en el pasillo, se encontraba en un estado de ánimo jubiloso. Una inspección, otra marcha bajo el caliente sol, y algunos discursos aburridos. Eso era todo lo que se interponía entre ellos y las asignaciones por las que habían trabajado tan duro.

Las siguientes horas fueron consumidas en un desenfreno de planchado, aderezado, y pulido, todo seguido de una inspección pre-inspección, y una conferencia sobre la conducta a seguir. Una vez estuvo todo hecho, los cadetes se reunieron frente a sus dormitorios y marcharon hacia el patio.

Un equipo de trabajadores de mantenimiento, novatos, y droides habían trabajado toda la noche para erigir tribunas temporales, y postes en los que ondeaban estandartes de colores alegres junto con todo tipo de pendones, banderas de batalla, y heráldica del regimiento. Todo ello formaba una visión impresionante y sobrecogedora, al igual que las interminables filas de infantería, más la compañía de caminantes imperiales, que incluía cuatro gigantescos AT-AT, y cuatro de los más pequeños pero no menos intimidantes AT-ST.

Sí, la visión de todo ese poderío militar, combinada con la estatua de Palpatine, las marchas interpretadas por la Banda del Regimiento, y el estruendo producido por una oleada tras otra de cazas TIE que pasaban rozando las azoteas, hacía que la espalda de cada cadete se irguiera un poco más, llevaba sonrisas a la rostros de los padres lo suficiente afortunados, y lo suficiente ricos, como para asistir en persona, y, cuando lo reprodujeran como parte de las fuertemente censuradas noticias vespertinas, serviría para tranquilizar a los billones de ciudadanos imperiales que, ya fuera voluntaria o involuntariamente, aceptaban el gobierno del Emperador.

Sin embargo, los pensamientos de Kyle estaban en otro lugar, enfocados en la espalda por delante de él, y en la absoluta necesidad de mantener el paso. Especialmente porque

la graduación de Acantilado involucraba una prueba final, una tradición que había surgido con el propio Imperio, y había dado lugar a más de treintaiséis muertes.

La prueba empezaba con un giro a la derecha, y una larga marcha entorno al extremo oeste del patio, más allá de la tribuna a los pies de las escaleras del hospital, más allá de la plataforma en la que estaban el General Mohc y un grupo de oficiales de alto rango, más allá del imponente edificio de administración y los mantigrues de bronce que protegían sus puertas, y directamente hacia el precipicio de doscientos metros del que la academia tomaba su nombre extraoficial.

Era un desafío al que los cadetes se habían enfrentado innumerables veces durante los últimos cuatro años (y con éxito) excepto por un hecho crucial. Fieles a la tradición, y con la seguridad en mente, nunca se habían enfrentado al propio abismo. Durante la instrucción, cuando practicaban para este momento crítico, una línea de color amarillo brillante se usaba para representar el borde del precipicio, y como la mayoría de sus compañeros cadetes, Kyle podía recordar lo que se sentía al tropezar, trastabillar, o caer más allá de ese simbólico acantilado.

La diferencia era que la consecuencia de esos errores consistía en una reprimenda seguida por cincuenta flexiones, mientras que en la *realidad*, una orden mal formulada, falta de trabajo en equipo, o un momento de pérdida de concentración podrían resultar en la muerte.

Los cadetes habían pasado incontables horas discutiendo sobre la cuestión de la colocación y los riesgos relativos atendiendo a cada posición. Cada columna se componía de cuatro filas de hombres. Por su altura media, y su posición en el alfabeto, Kyle había sido asignado a la sexta fila en el flanco derecho.

Mientras que la mayoría de sus compañeros creían que esa posición no era tan peligrosa como una en primera fila, cualquier ubicación en el flanco derecho era impredecible, ya que le haría bordear el acantilado después de que la columna llegara a la esquina sureste del patio de armas y girara a la izquierda.

Era una apreciación que Kyle sabía que era cierta, ya que se había tomado la molestia de investigar el asunto tres meses antes y descubrió que de los treintaiséis cadetes que se habían precipitado a la muerte, dieciséis habían marchado por el flanco derecho.

Nathan Donar, a quien, por razones transparentes para todo el mundo excepto para sus lameculos, se le había dado el rango temporal de Cadete Comandante de la Compañía, marchaba junto al flanco interior y daría la orden crítica.

Kyle observó pasar el edificio de la administración por el rabillo del ojo, seguido rápidamente por el complejo de ingeniería, y supo que el giro se acercaba. Tres compañías previas habían completado el recorrido con éxito, o al menos eso asumió, pero, ¿y si Donar cometía un error? ¿Y si su voz se congelaba, igual que la de aquel *como-se-llamara* Stor tres años antes? Toda la primera fila había marchado recta más allá del borde, y todos los demás los habrían seguido si Stor no hubiera graznado la palabra "alto" y hubiera reformado la compañía. El hecho de que posteriormente decidiera

lanzarse solo fue considerado desafortunado pero apropiado. Era presentado como un ejemplo de coraje, obediencia y responsabilidad.

¿Era todas esas cosas? ¿O simplemente fue una estupidez? Kyle no había sido capaz de decidirlo.

Kyle, quien pensaba que había llegado a dominar su miedo en el asteroide, sintió plomo líquido gotear por la boca de su estómago y se tragó el nudo de su garganta.

Donar, consciente del hecho de que su madre y su padre estaban observando desde la tribuna, y de que tenía un impulso casi irresistible de hacer pis, hacía todo lo posible para que su mirada penetrara la deslumbrante luz. El truco consistía en emitir la orden en el momento justo para que la columna girase, el flanco derecho rozaría el borde del abismo, y el público, con los ojos pegados al video proporcionado por los droides cámara flotantes, recibiría la emoción esperada.

Para ayudar en la tarea, y con ello garantizar su éxito, Donar había tomado la más sensata de las precauciones colocando un pequeño disco autoadhesivo en el punto preciso donde debía comenzar el giro. Puede que eso no estuviera en consonancia con las tradiciones de la Academia. Pero era consistente con el frecuentemente repetido consejo de su padre: “Sólo los imbéciles corren riesgos”. Una filosofía de vida. El único problema era que no podía ver la señal. ¿Estaba allí? ¿Oculta por el resplandor? ¿O quizá algún droide de mantenimiento bien intencionado la había quitado durante la noche?

No había manera de saberlo, lo cual significaba que el Cadete Comandante tenía que hacerlo de la manera difícil. Tragó saliva, obligándose a esperar a lo que consideró el último momento posible, y dio la orden.

—¡Compañía! ¡Giro a la izquierda, marchen!

Kyle escuchó la orden, sintió a los hombres a su izquierda empezar el giro, y alargó ligeramente el paso. El abismo se abría ante él, se acercó, entonces se estabilizó. Sintió que un tercio de su pie estaba sobre el borde cada vez que golpeaba el pavimento. Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, la siguiente orden llegó.

—¡Compañía! ¡Giro a la izquierda, marchen!

Nunca nada pareció tan bueno como el momento en que la compañía giró a la izquierda y comenzó a recorrer el costado norte del patio. Para cuando hubieron completado el circuito y asumido su posición frente a la plataforma VIP, el resto de los cadetes había “caminado sobre el borde” sin bajas.

El temor asociado al abismo se volvió rápidamente aburrimiento cuando el Comandante presentó al primero de una larga lista de oradores invitados, el último de los cuales fue el General Mohc. Tenía cara de bulldog, un tórax ancho, y relativamente corta estatura. Él, al menos, era un soldado *real* y digno de su atención. Su discurso fue breve y al grano.



—El Emperador ha gastado más de medio millón de créditos para alimentar, acoger, y educar a cada uno de vosotros durante los últimos cuatro años. No porque pensara que sería una buena acción o porque le gusten los desfiles militares, sino porque quiere que vosotros *defendáis* el Imperio. Un Imperio que ha sido atacado desde dentro... Ese es vuestro trabajo. Encontrar la podredumbre, extirparla, y restaurar el orden. No el caos que fluye de un millar de voces exigiendo un millar de cosas diferentes, sino la consistencia que fluye de un plan único y bien concebido. El mejor plan. El plan correcto. El plan del Emperador. Gracias. Y felicitaciones por vuestro logro.

La siguiente parte de la ceremonia era extremadamente importante para algunos de los cadetes (el diez por ciento más aventajado de la clase) y menos para todos los demás. A pesar del hecho de que Kyle había trabajado duro para ganarse un lugar en el cuadro de honor del Comandante, se sentía ambivalente respecto a ser reconocido. Era como si la misión, y la matanza que había formado parte de la misma, hiciera que todo pareciera irrelevante.

El Comandante leyó una lista de nombres y logros por el sistema de megafonía, mientras que el General Mohc, junto con un hombre con ropa negra, se abría paso a través de las filas. A pesar de que no se le permitía volver la cabeza desde la posición de vista al frente, Kyle tenía una excelente visión periférica, y la utilizó para monitorizar su progreso.

Mohc tenía aspecto de lo que era, un oficial que seguía órdenes, sin importar lo desagradables que fueran. No, era el otro hombre quien atraía la mirada de Kyle, quien enviaba un escalofrío por su espalda. ¿Por qué? ¿Qué había en la figura de negro que encontraba tan aterrador? No estaba seguro. El cadete, ya en posición de firmes, se tensó aún más cuando los hombres se aproximaron. Kyle escuchó su nombre tronar a través del sistema de megafonía, aceptó el bastón de honor que Mohc le entregó, y se sorprendió al oír su nombre por segunda vez.

—Y, en reconocimiento a su valor, y a su valentía frente al enemigo, el Emperador resuelve entregar al Teniente Segundo Kyle Katarn la Medalla al Valor, así como la sincera gratitud del Imperio.

A pesar del sol de mediodía, Kyle sintió el aire enfriarse cuando el otro hombre se adelantó. Una capucha colgaba en pliegues alrededor de los afilados ángulos de su cara. Una estrecha franja de cuero negro escondía el lugar donde sus ojos deberían haber estado. Un entramado de tatuajes negros surgía de las comisuras de su boca curvada hacia abajo. Su voz era tan suave como el sonido del aleteo de un pájaro, sin embargo, lo suficientemente alta para ser escuchada.

—Mi nombre es Jerec. Saludos, Kyle Katarn. Has logrado mucho para alguien tan joven. El reconocimiento es dulce, ¿verdad? Sin embargo, recuerda que el reconocimiento es un regalo entregado por aquellos que *tienen* poder a los que no lo tienen. Este es sólo el primer escalón. Sube por la escalera con rapidez, únete a los que *poseen* poder, y reclama lo que es tuyo. Yo estaré esperando.

Unas manos tocaron su pecho, la medalla cliqueó contra la barra magnética cosida en la parte delantera de su uniforme, y Kyle se tambaleó cuando un poder surgió a través de su sistema nervioso. No de Jerec, sino de algún lugar muy profundo en su interior, como si hubiera estado oculto ahí todo el tiempo.

Por un breve momento Kyle “vio” todo el patio de armas como si estuviera por encima, incluyendo la estatua del Emperador, las filas de los cadetes, un envoltorio alimenticio impulsado por el viento, y una columna de insectos buscando alimento.

Kyle “escuchó” el sistema de megafonía, los latidos de su propio corazón, y un pequeño y casi infinitesimal *clic* cuando la segunda manecilla del crono de estilo analógico del General Mohc avanzó a la siguiente posición. Kyle “sintió” el poder de la mente de Jerec, comprendió el alcance de su hambre devoradora, y supo que nada se interpondría entre ese hombre y lo que quería. Entonces Jerec dio un paso atrás, la conexión se rompió, y Kyle se quedó balanceándose como mecido por el viento, con sus nervios crepitando a medida que los últimos julios de energía se descargaban a través de ellos.

El resto de la ceremonia transcurrió entre niebla mientras Kyle trataba de entender lo que había pasado. ¿Por qué había dicho Jerec lo que había dicho? ¿Eran palabras pronunciadas por educación? ¿O era la invitación genuina? ¿Significaban lo que él creía? ¿Que podría elevarse a una posición similar a la de Jerec? ¿Y querría él tal cosa, incluso si fuera posible?

La ceremonia terminó como siempre terminaba, con tres hurras por el Emperador, gorras arrojadas al aire, y pandemónium multitudinario cuando la clase fue licenciada. Meek Odom apareció de la nada, agarró a Kyle rodeándolo por la cintura, y lo levantó del suelo. Otros cadetes, deseosos de ver y tocar su medalla, se arremolinaron alrededor. Luego, con su curiosidad satisfecha, se dirigieron hacia las gradas, donde amigos y familiares esperaban, o de vuelta a los dormitorios, donde, en el supuesto de que hubieran sido invitados, se prepararían para las rondas habituales de comidas, bailes y fiestas. Kyle, al igual que el resto de chicos del Borde de la clase, había sido menospreciado.

Odom, sensible a la situación de su amigo, pasó un brazo sobre sus hombros.

—Hora de irse, cara larga, asumiendo que estés dispuesto a confraternizar con la plebe, con tu medalla y tal. ¿Quién era el tipo de negro de todos modos? Desde luego no sabía vestir.

Kyle tuvo que reírse a pesar de sí mismo.

—Ni idea... se llamaba Jerec si eso te sirve de algo. Una especie de oficial del gobierno o algo así.

Odom se encogió de hombros.

—Lo que sea. Mis padres te invitan a cenar. Algo sobre conocer a un héroe. Como si mi asalto a una fábrica de armas desierta no tuviera valor alguno. ¡Menuda desfachatez!

Kyle hizo que su amigo se detuviera.

—Corta el phobium, Meck. Tus padres no me quieren a mí. Te quieren a *ti*. Tal y como deben. Dejémoslo para otra ocasión.



Odom tenía la cara cuadrada, piel oscura, casi negra, y una sonrisa perpetua.

—Negativo, oh, gran condecorado. ¿Vienes pacíficamente? ¿O debo arrastrarte?

Kyle lo miró, vio la determinación en los ojos de su amigo, y sonrió.

—¿Tu hermana estará?

Odom rio.

—Ten cuidado con lo que pides, Katarn... ¡podrías conseguirlo!

La noche fue bien. A diferencia de muchas de las familias más ricas del Imperio, los Odom no tenían vínculos con el Emperador, y eran genuinamente agradables. La madre de Meck poseía un pequeño pero exitoso negocio de importación-exportación, y su padre era un famoso arquitecto. Ellos, y su impresionante hija, eran espléndidos anfitriones, y la velada pasó con sorprendente velocidad.

Finalmente, tan lleno de buena comida que Kyle pensó que podría estallar, los cadetes regresaron al dormitorio. Con el levantamiento del toque de queda, y los centinelas ignorando cualquier cosa por debajo del caos total, se encontraron con el previsible número de borrachos tanto agradables como no tanto.

Los jóvenes esquivaron a los peores chiflados y se adentraron en su habitación sin mayores contratiempos. Kyle se había librado de su chaqueta sucia, y se había desabrochado la mayor parte de los botones de la camisa, cuando se dio cuenta de que un icono de mensaje había aparecido en la esquina superior izquierda de la pantalla de su ordenador. Parpadeaba con una regularidad molesta. Casi pospuso su lectura hasta la mañana siguiente, con la certeza de que era uno de los boletines “Querido Cadete” que el Comandante gustaba de emitir, pero vio que la pantalla de Meck estaba en blanco.

Curioso, Kyle se dejó caer en su silla, introdujo su código de acceso, y esperó a que el mensaje apareciera. Las palabras “Recibo Enviado” aparecieron primero, seguidas por el mensaje en sí.

El Emperador lamenta informarle de que su padre, Morgan Katarn, fue asesinado durante una incursión rebelde. No hay más información adicional disponible en este momento. Si desea hablar con un terapeuta, uno estará disponible bajo petición. Para solicitar un permiso por motivos familiares seleccione “Solicitudes Administrativas de Cadetes Iniciados” en el menú principal y pulse “entrar”. Seleccione “Permiso por Motivos Familiares”, proporcione la información apropiada, y adjunte este mensaje.

Kyle leyó las palabras tres veces antes de que adquirieran significado. Entonces, seguro de que todo era parte de un cruel engaño perpetrado por uno o más de sus compañeros de clase, buscó el código de autenticación que debería aparecer en la parte inferior de la pantalla. Las lágrimas brotaron de sus ojos cuando lo vio. Morgan Katarn, su padre, mentor, y mejor amigo, estaba muerto. Asesinado por los rebeldes. ¿Por qué? ¿Por qué querrían matar a Morgan Katarn? Especialmente a la luz del hecho de que su padre simpatizaba con la causa rebelde, simpatizaba *demasiado* en opinión de Kyle, y había aprobado a regañadientes su solicitud para la Academia. No tenía sentido. Pero nada en la guerra lo tenía, incluyendo el hecho de que él hubiera sobrevivido mientras que el resto de su equipo resultara muerto.

Kyle recordó el Centro de Comunicaciones, los rebeldes con las manos arriba, y supo que cometió un grave error. Hong había estado en lo cierto. Tendría que haber dado la orden, debería haber matado a todos y cada uno de ellos, debería haber dejado una sala llena de cadáveres. Por el equipo, por su padre, por sí mismo.

Kyle se levantó, dejó una nota en la mesilla de noche de Meck, y se dirigió a la Oficina de Asuntos del Cadete. Estaría allí cuando abriera. Tal vez tendrían más información, tal vez le darían algún sentido a esto, o tal vez era un terrible malentendido. Sí, un error que podría y sería resuelto.

Hacía frío en el molinillo. Luz de luna acariciaba la estatua de Palpatine y lanzaba sombras a través del patio. Kyle, con sus pensamientos tan negros como el mismo espacio, siguió avanzando.



El *Estrella del Imperio* era de más de dos kilómetros de largo y estaba equipado para transportar a cinco mil pasajeros sin contar a su considerable tripulación. Era propiedad exclusiva de Líneas de Transporte Haj, y al igual que el resto de naves de la compañía, era un testimonio de duracero de la habilidad de la familia Haj para obtener el favor del Emperador y, al mismo tiempo, mantener una relación positiva con la floreciente Alianza. "Que otros jueguen a la política... nosotros estamos en el negocio del transporte", le gustaba decir al viejo Haj, y, gracias a su alegre neutralidad, el clan prosperó.

Todo lo cual no tenía nada que ver con Kyle, pero sí mucho que ver con la plural lista de pasajeros del *Estrella*. Después de conseguir que le llevara un transporte militar, Kyle fue desde la Academia en Carida a la estación de transferencia orbital de Dorlon II, donde él y una variedad de otros seres inteligentes abordaron una lanzadera bien equipada.

Ahora, mientras Kyle sorbía de una copa de vino y observaba al *Estrella* llenar el ventanal, se encontró hombro a tentáculo con un comerciante twi'lek, un ingeniero mon calamari, un par de técnicos klatooinianos, un cazarrecompensas rodiano, un gran de profesión indeterminada, y algunas otras especies de las que no estaba muy seguro. Ellos, además de una variedad de humanoides con adaptaciones especiales, toda clase de familias, seres esclavizados, y droides construidos para la multitud cosmopolita. Un gran cambio después de cuatro años en Carida, donde rara vez eran vistos no humanos, y mucho menos te tropezabas con ellos.

El crucero relucía salpicado de luces decorativas, su enorme hangar bostezó para aceptarlos, y la lanzadera flotó hacia delante. Kyle admiró la precisión con la que se dispararon los retros y se preguntó si él podría hacerlo tan bien. Dudaba de que pudiera. La práctica hace la perfección, y él, como el resto de los estudiantes de ingeniería de la Academia, tenía menos tiempo de vuelo del que le hubiera gustado. Miembros de la tripulación embutidos en trajes espaciales esperaban para recibirlos, droides surcaban la cubierta cumpliendo diversos recados, y naves más pequeñas, muchas de las cuales eran propiedad personal de pasajeros ricos, se situaban en filas ordenadas. Era una vista

impresionante, considerablemente diferente del carguero con destino a Carida que tomó cuatro años antes.

Llevó media hora cerrar y presurizar el hangar y desembarcar a los pasajeros de la lanzadera. Aquellos que podían permitirse el lujo de alojamientos de primera clase fueron recibidos y escoltados a sus diversos camarotes por los eternamente solícitos miembros de la tripulación del *Estrella*. Los seres sólo ligeramente menos afortunados fueron recibidos por uno de los droides de sobrecargo idénticos de la nave y se les mostraron sus más pequeños pero aun así respetables camarotes.

Gracias a la generosidad y la habilidad política de la familia Haj, Kyle y un puñado de otros militares tenían derecho a tarifas reducidas, un gesto considerado que complacía a los oficiales de alto rango del Imperio. Cargaron con su propio equipaje mientras fueron conducidos a través de un laberinto de pasillos, corredores y vías tubulares hasta que llegaron a la eufemísticamente llamada Cubierta Luz Estelar, donde ninguna de las habitaciones tenía un ventanal y las cámaras de los motores estaban sólo a un mamparo de distancia.

Kyle tenía un camarote similar a un cubículo todo para él, sin embargo, parecía un palacio en comparación a los cuatro años en una habitación compartida. Le llevó menos de una hora darse una ducha, deshacer su equipaje, y comprobar el terminal. Exploró el diseño de la nave y decidió que la Cubierta de Observación era el destino más lógico para alguien tan pobre como él. A diferencia de muchos de los restaurantes y clubes, era gratuita, y de acuerdo con el constantemente actualizado texto, un excelente lugar desde el que echar otro vistazo a Dorlon II.

Abandonó el cubículo, asegurándose de que la puerta quedaba cerrada, y se topó con un soldado de la Flota. Intercambiaron saludos, asintiéndose el uno al otro, y siguieron sus respectivos caminos. Los oficiales no confraternizaban con la tropa (no abiertamente, en todo caso), y ambos conocían las reglas.

Le llevó un tiempo viajar desde la Cubierta Luz Estelar a la Cubierta de Observación a través de estrechos pasillos, ascensores repletos, y veredas móviles. Sin embargo, a Kyle no le importó, dado que la observación de seres sensibles era uno de sus pasatiempos favoritos, y había un montón que ver... especialmente chicas. Después de haber pasado cuatro años en un ambiente mayormente masculino, Kyle estaba fascinado con ellas. Tanto es así que se olvidó de sí mismo por un momento y no se dio cuenta de lo obvio que era hasta que las gemelas que se estaba comiendo con los ojos apuntaron en su dirección, soltaron una risita, y le dijeron algo a su madre. Ella le dirigió un ceño fruncido al oficial, él tropezó, y las chicas se rieron.

La cara de Kyle era de un reluciente rojo cuando todos ellos entraron en el salón de observación. Gracias al hecho de que la zona estaba llena de gente de pie, sentada, reclinada, e incluso en cuclillas, fue fácil perderse entre la multitud.

A pesar de que las diferentes especies exhibían una amplia variedad de comportamientos, habilidades y preferencias, Kyle había observado que casi todas las que estaban equipadas aunque fuera con los órganos visuales más rudimentarios

disfrutaban contemplando los planetas. No importaba qué planetas ya que, como rocas en una playa, cada uno tenía su propio tipo especial de belleza.

De hecho, había algo en la experiencia de observar algo tan enorme, tan majestuoso, que trascendía las barreras entre especies y unía a todos los espectadores. Este era un momento así, y mientras que algunos se dedicaban a conversar en voz baja, la gran mayoría estaban en silencio, con su atención centrada en lo que yacía más allá de la burbuja de transpariacero.

Kyle observaba una vasta esfera, su superficie estaba ennegrecida donde los volcanes habían arrojado ceniza y lava, dando paso gradualmente a tostados, amarillos, y una capa de lo que parecía ser azúcar en polvo donde los compuestos de azufre dominaban el terreno.

Otros seres, aquellos que estaban limitados a una escala de grises, o que tenían la capacidad de detectar emanaciones de infrarrojos, veían diferentes pero no menos impresionantes paisajes, cada cual según su habilidad.

Kyle hizo una mueca cuando una voz demasiado familiar sonó por detrás de él.

—¿Chico del Borde? No sabía que viajarías en el *Estrella*... podría haberte ofrecido un sitio. En el yate de la familia, ya sabes... está escondido abajo, por seguridad.

Kyle forzó una sonrisa mientras se volvía.

—Nathan. Qué agradable sorpresa. ¿Cómo va la resaca?

Donar, quien había consumido demasiado vino la noche de la graduación y lo había vomitado todo en el interior del vehículo terrestre de un amigo, miró a izquierda y derecha. La bebida era un tema delicado en lo que se refería a su madre, y no quería otro sermón.

—Ha quedado atrás, viejo chico del Borde, ha quedado atrás. Vamos, basta de cháchara, es momento de que conozcas a mis padres. De hecho, ¿por qué no comemos? Al viejo le gusta comer bien y podemos apuntarnos.

Con la sola excepción de Meck Odom y su familia, era la primera vez que Kyle recibía una invitación así, y a pesar del hecho de que sabía que la brecha entre la gente del Borde y el círculo interior del Imperio era de todo menos insalvable, no pudo evitar sentirse honrado. Además, con Nathan arrastrándolo a través de la multitud, y sus padres ya a la vista, no había forma de negarse. A pesar de lo nasal que era, la voz de Nathan era muy fuerte, y cortó a través del ruido.

—Madre... padre... mirad a quién me he encontrado. Me gustaría que conocierais a Kyle Katarn... ya sabéis, el cadete que ganó la medalla.

La honorable señora Donar parecía agradable, aunque un poco demacrada, mientras que el padre de Nathan, Dol Donar II, Gobernador de Derra IV, era otra cosa. Era un hombre imponente, tan corpulento como su esposa delgada, con unos ojos como turboláseres gemelos, y tres barbillas. Su ropa, que resplandecía con luz reflejada, colgaba en grandes pliegues, como para ocultar su peso. Observó a Kyle con una mirada similar a la que un entomólogo echaría a un espécimen nuevo. Las palabras, tan nasales como las de su hijo, llegaron como golpes.

—¿Condecorado, dices? ¿Cuándo? ¿Por qué?

Nathan, que estaba habituado a las maneras de su padre, se apresuró a explicar.

—Durante la ceremonia de graduación... por su valor en un asteroide bajo control rebelde.

El Gobernador extendió una mano fornida. Kyle se dio cuenta de que llevaba un anillo en el meñique con lo que debía ser una gema rol de cinco quilates. Refulgía con luz propia.

—Por supuesto. ¡Tonto de mí por olvidarlo! Enhorabuena, hijo. Una medalla al valor es algo de lo que estar orgulloso.

—Así como el liderazgo de su hijo durante la ceremonia de graduación —respondió Kyle con mucho tacto—. No estaría aquí si no fuera por su juicio.

El hombre mayor sonrió y le pasó un brazo alrededor de los hombros a Nathan.

—¡Fue algo digno de ver, sin duda! Muchachos, hicisteis un buen trabajo. Apartasteis de un plumazo los temores de su madre.

Nathan, que vivía para ganarse el respeto de su padre, se volvió de color rosa por el placer y charló sin parar en la comida posterior. La Sala Nebulosa era uno de los restaurantes más caros de a bordo. Kyle, que podría haber subsistido durante una semana con la comida que el Gobernador Donar consumió durante ese único ágape, se conformó con una ensalada verde, un bollo recién horneado, una porción de guiso de runyip, y luego, porque no podía resistirse, un bol de insectos confitados. El plato era uno de los favoritos entre los kubaz, y el chef de los postres lo llevó a la mesa él mismo. Kyle había consumido el último de los bocados mezcla de dulce y agrio cuando el Gobernador Donar se volvió hacia él.

—Bueno, háblanos de tu familia, hijo, ¿en qué línea de negocio se mueven?

Nathan frunció el ceño y parecía genuinamente lamentarlo mientras Kyle se obligaba a mirar al hombre a los ojos.

—Mi padre era artesano... los rebeldes lo asesinaron.

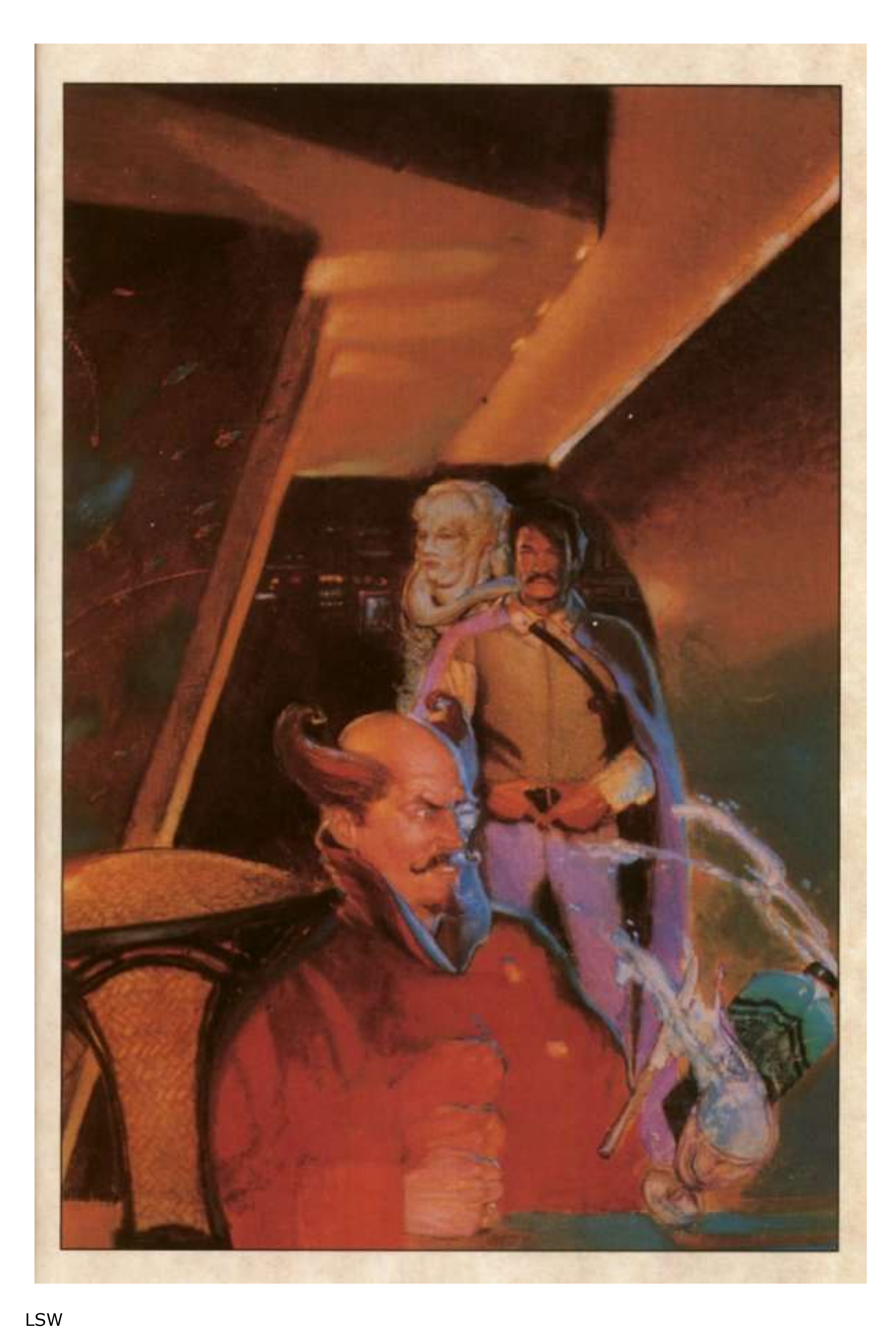
La declaración era una clara admisión de inferioridad social, pero, en lugar de mostrar desdén como Kyle había temido, el Gobernador estaba sinceramente ultrajado.

—¿Rebeldes, dices? ¡Así explotaran sus miserables escondites! ¡Así la viruela asolara a cada uno de ellos!

La señora Donar, que era muy consciente del hecho de que los seres inteligentes sentados alrededor de ellos podrían ser rebeldes, o simpatizantes de los rebeldes, puso una mano sobre el brazo de su marido.

—Baja la voz, Dol. Recuerda dónde estamos.

—¡No me importa dónde estamos! —declaró Donar en voz alta, haciendo caso omiso de aquellos que se volvieron a mirar—. Lo he dicho antes, y lo diré otra vez: ¡El único rebelde *bueno* es el rebelde *muerto*! Recuerda mis palabras, hijo, el Emperador tiene un par de cosas en el almacén para la llamada Alianza, tu padre *será* vengado.



La forma en que el hombre lo dijo, la certeza en su expresión, todo llevó a Kyle a creer que algo real yacía detrás de sus palabras. Fuera lo que fuera debía ser realmente impresionante si el Imperio quería suprimir el tipo de fanatismo con el que se había encontrado en el asteroide AX-456. Estaba a punto de decir esto cuando un hombre bien vestido se acercó a la mesa. Se inclinó ante la señora Donar y se volvió hacia su marido.

—Señora Donar. Gobernador. Por favor, permítanme presentarme. Mi nombre es Calrissian, Lando Calrissian, y he oído que disfruta ocasionalmente de una partida de sabacc.

La señora Donar, cuya comida había consistido en poco más que unas hojas con bayas sobre ellas, frunció el ceño y trató de establecer contacto visual con el Gobernador. Sin embargo, era demasiado tarde, ya que un rayo había cruzado sus ojos y el afán coloreaba su voz.

—¿Sabacc, dice? ¿Lando Calrissian? Es un placer conocerle, ciudadano Calrissian. Por favor, permítame presentarle a mi esposa Rissa, mi hijo Nathan, y su amigo Kyle Katarn. Estaría encantado de unirme a usted y a sus amigos, asumiendo que se trata de una partida amistosa, en consonancia con mis habilidades un tanto limitadas.

Calrissian se inclinó por la cintura.

—Espero que la partida sea de lo más amistosa. Y tengo la sensación de que está siendo demasiado modesto con respecto a sus habilidades. ¿En la Sala Corellia, entonces? ¿Sobre las dos?

—En la Sala Corellia a las dos.

Calrissian asintió hacia cada persona sentada en la mesa y se alejó.



Nathan y su padre partieron hacia la Sala Corellia inmediatamente después de la comida, mientras que la señora Donar, que había desarrollado un dolor de cabeza, se retiró a la suite de la familia. Kyle les dio las gracias por la comida, se comprometió a pasarse a observar la partida, y se fue a dar un paseo.

En ese momento, lejos del imperialismo casi fanático de Carida, y fuera de la burbuja protectora que rodeaba a la familia Donar, Kyle comenzó a percibir el odio que hervía justo bajo la superficie del Imperio. Miradas largas y duras, hombros que parecían chocar intencionalmente contra los suyos, y comentarios, algunos lo suficientemente altos como para ser escuchados.

—¡Escoria imperial!

—¡Cabezacubo!

—Basura.

Los comentarios le hicieron sentirse avergonzado, enfadado, y confundido, todo al mismo tiempo. ¿No lo comprendían? ¿No sabían lo que los rebeldes habían hecho? Seguramente no podían ser tan estúpidos. Pero, aparentemente, lo eran, como confirmaban ocasionales pintadas.

Desalentado, y más que un poco deprimido, Kyle se dirigió a un lugar donde estaba seguro de que sería aceptado... la Sala Corellia. Al igual que el resto de salas públicas de temática mundial, la Corellia había sido decorada con el planeta homónimo en mente.

En lugar del ventanal de transpariacero que se podría haber esperado, el mamparo exterior mostraba una pantalla diseñada para parecer un ventanal. La imagen proyectada en la pantalla era tan real, tan convincente, que si Kyle no lo hubiera sabido, habría jurado que la nave estaba orbitando la misma Corellia. Esto, además de vitrinas llenas de artefactos corellianos, y paredes tapizadas con arte corelliano, daba al espacio su apariencia única.

La partida estaba bien en marcha para cuando Kyle llegó. Había atraído a un buen número de espectadores. Nathan le dio la bienvenida, al igual que el Gobernador, pero ambos estaban preocupados. Había veinticinco o treinta seres presentes, pero sólo cuatro estaban sentados en la mesa de juego.

Sus cartas, repartidas por uno de los droides de juego de la nave, llevaban imágenes generadas electrónicamente. Había cuatro palos: bastones, frascos, sables, y monedas. Cada una podía ser barajada mediante el uso de un botón situado en la esquina inferior izquierda de la carta. Y había varios conjuntos de reglas, incluyendo el sistema Preferido de la Emperatriz Teta, Casino de la Ciudad de las Nubes, Gambito Corelliano, y al menos uno más que Kyle no podía recordar. La simple realidad era que él nunca había disfrutado mucho los juegos. Era, tenía que admitirlo, un mal perdedor.

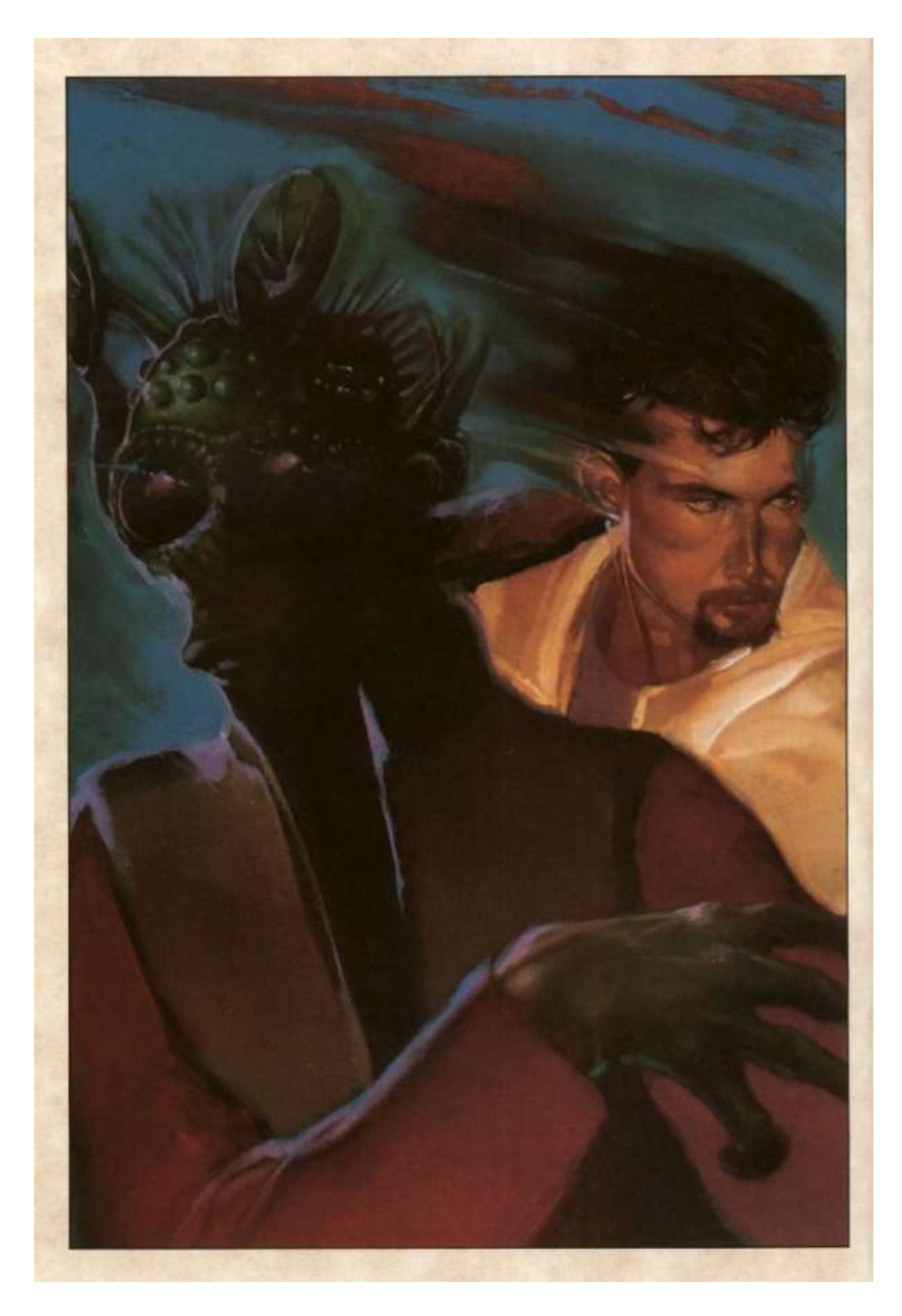
Kyle levantó la vista de la mesa, y entrevió una cara que le resultaba familiar. ¿O no? La cara pertenecía a una chica, y por mucho que lo deseara, Kyle no conocía a ninguna chica. Observó, pero ella desapareció detrás de un par de twi'leks en el lado opuesto de la mesa. Kyle se movió a la izquierda, tratando de obtener una mejor visión de ella, y accidentalmente tropezó con un cazarrecompensas rodiano. Era difícil decir qué era peor, el olor corporal del alienígena, o la colonia barata que utilizaba para ocultarlo.

De repente, como una nube rompiéndose para admitir un rayo de sol, dos de los espectadores se separaron. La chica miró en su dirección, sus ojos se encontraron, y se reconocieron entre sí. ¡Era ella! ¡La chica del asteroide!

Kyle vio que sus ojos se ensanchaban con sorpresa, vio una emoción que no pudo identificar cruzar su cara, y la observó alejarse. Sin pensar, Kyle la siguió mientras ella se movía rápidamente a través de la multitud.

Se dijo que era por su condición de rebelde... que estaba cumpliendo con su deber... pero sabía que había algo más. Quería hacerle daño, para castigarla por todo lo que los rebeldes habían hecho. Pero también quería hablar con ella. Ella estuvo allí, en el asteroide, y podría ser la única persona que entendiera lo que sentía.

Kyle rodeó la mesa, esquivando al droide que parecía no alejarse nunca mucho del lado de Calrissian, y se lanzó hacia la puerta. El cazarrecompensas rodiano, con sus grandes ojos púrpura vacíos de toda expresión, lo observó alejarse. En el exterior, Kyle vio poco más que un destello azul cuando la chica se unió a una pasarela móvil.



Corriendo para alcanzarla, Kyle esquivó, adelantó, y rozó a una buena cantidad de seres, murmurando “disculpe” una y otra vez, manteniendo ambos ojos en su presa. Una vez en la pasarela, se trasladó al carril exterior, adelantando a una mujer de negocios y a su droide secretario, y adoptó un paso rápido.

La chica tenía una ventaja significativa sobre él para entonces. Ella miró hacia atrás por encima del hombro, confirmando que él estaba allí, y caminó aún más rápido. Viendo esto, Kyle redobló sus esfuerzos, rompiendo a correr. No notó al hombre alto, casi cadavérico, que tocó una conexión en su oreja derecha, murmurando “aquí Waller... va de camino”, en un comunicador, caminando sin prisa por detrás.

La pasarela terminó, la chica se detuvo el tiempo suficiente para que Kyle la ubicara, entonces se dirigió a un tubo de ascensor. El joven oficial se abrió paso entre la multitud, se disculpó a derecha e izquierda, y llegó frente al ascensor justo cuando se cerraba.

Kyle golpeó el metal con frustración, haciendo caso omiso de la oferta de ayuda de un droide, y observó la luz indicadora. Estaba dos niveles por debajo del que estaba él, pero este nivel estaba fuera de los límites de los pasajeros, lo cual le dijo lo que necesitaba saber.

La escalerilla, que fue pensada para situaciones de emergencia y sólo rara vez usada, iba paralela al tubo. Kyle pulsó el panel junto a la puerta de acceso, esperó a que se deslizara, y entró. La escalera fue diseñada para acomodarse a condiciones tanto de gravedad como de gravedad nula. Afianzó los pies contra los raíles exteriores y colocó sus manos como frenos. La gravedad artificial de la nave haría el resto.

El descenso duró cinco segundos. Sus botas golpearon la cubierta en el mismo momento en que alguien le rodeaba el cuello con una llave de estrangulamiento. Kyle intentó aflojar el brazo, pero encontró que era inútil. Bien podría haber estado tratando de doblar una barra de duracero. Las palabras calentaron el lado derecho de su cara.

—¿Qué prisa hay, muchacho? ¿Y si te has caído y te has roto el cuello? ¿Qué haría el Emperador entonces?

Kyle intentó decir algo, trató de responder, pero sólo pudo emitir un sonido gorgoteante. Otra voz intervino. Era claramente femenina.

—Es suficiente, Rosco. El pasillo está despejado. Sácalo.

Como por arte de magia, la llave de estrangulamiento se transformó en una llave de muñeca. Rosco aplicó algo de palanca, y Kyle hizo una mueca y se volvió hacia la escotilla. La chica esperaba para asegurarse de que el oficial seguía bajo control, asintió aprobadoramente, y salió al pasillo. Kyle, con un poco de estímulo por parte de Rosco, la siguió.

Rosco tenía la constitución de un barril. Tenía el pelo rubio muy corto, la nariz aplastada por peleas, y pequeños ojos azules. Estos centelleaban astutamente.

—La vida apesta, ¿verdad? Especialmente si eres un inservible parásito lamebotas imperial.

Kyle, que sabía que estaba siendo azuzado, permaneció en silencio. Su oportunidad llegaría, o eso le había prometido su instructor de combate sin armas, y la paciencia era la clave.

Un hombre alto y delgado apareció como de la nada y se alineó detrás de ellos. Kyle se dio cuenta de que mientras que su captura no había sido planeada de antemano, sí había sido coordinada sobre la marcha, y expertamente. Di lo que quieras de los rebs, pero eran competentes.

La chica se detuvo frente a una escotilla, introdujo una serie de números en el teclado, y esperó a que la puerta se abriera. Kyle alcanzó a ver estantes de almacenaje, se dio cuenta de que sus captores tenían el apoyo de al menos un miembro de la tripulación de la nave, y se preguntó si tenían otros privilegios también.

La chica se hizo a un lado y Kyle fue empujado a través de la abertura. El joven oficial tropezó, cayó, y golpeó la cubierta bocabajo. Hizo una flexión de codo, recogiendo las rodillas debajo de su torso, y lanzó una coz hacia atrás. Su pie izquierdo falló pero el derecho hizo contacto con la rodilla de Rosco. Kyle cayó, rodó, y se puso en pie.

La mayoría de la gente habría gritado, habría agarrado el lugar donde dolía, y se habría desplomado al suelo. El rebelde no era de la mayoría de la gente. Emitió un gruñido de sorpresa, frunció el ceño, y estaba a punto de tomar represalias cuando la chica habló.

—Alto ahí. Preguntaste por este, Rosco... y ya has aprendido algo. Puede que el teniente no *parezca* mucho, pero tomó AX-456.

—Razón de más para matarlo —gruñó Rosco—. Yo tenía amigos en 456.

—Y yo estaba *destinada* allí —respondió la chica firmemente, sus ojos se clavaron en los de Kyle—. Él podría habernos matado, *debería* habernos matado. Pero no lo hizo. Eso requiere agallas.

Kyle buscó en su cara el odio, la maldad que había asesinado a su padre, y no pudo encontrar nada de eso. Lo que vio fueron los mismos ojos tranquilos que habían conectado con los suyos en el asteroide, la misma determinación inquebrantable, y sí, lo que había tenido esperanza de ver pero menos esperaba: comprensión. Ella conocía el sabor del miedo, el peso del mando, y el horror de la derrota. El hombre delgado se aclaró la garganta.

—¿Entonces? ¿Dónde nos deja esto?

La chica levantó una ceja.

—¿Qué va a ser, imperial? Tú me diste mi vida. Yo te puedo dar la tuya.

La respuesta llegó tan fácilmente que Kyle se sintió culpable.

—La tomo.

La chica asintió, miró a la pistola del hombre delgado, y dijo:

—Guarda el arma.

El bláster se quedó donde estaba.

—¿Por qué deberíamos confiar en él? El hecho de que no sea del todo inhumano no le califica como aliado.

La chica dio un paso adelante y le tendió la mano. Lo sintió frío y forzado.

—Soy Jan Ors... ¿y tú eres?

—Kyle Katarn.

—Encantada de conocerte, Kyle. ¿Tengo tu palabra? ¿Ninguna tontería mientras estemos a bordo de esta nave?

Kyle asintió con seriedad.

—Tienes mi palabra.

Rosco emitió un gruñido de disgusto.

—¿Y qué vale eso? ¿El desayuno de un hutt?

Ors lo ignoró.

—Muy bien entonces, nosotros seguiremos nuestro camino, y tú el tuyo. Sin embargo, recuerda... mi deuda ha sido pagada. La suerte estará echada la próxima vez que nos encontremos.

Kyle sintió una repentina sensación de desesperación. La chica le había dicho adiós. No habría próxima vez. El hombre delgado se había movido hacia el pasillo y Ors le seguiría.

—Espera... quiero hablar contigo... para saber más de lo sucedido.

Las palabras sonaron poco convincentes, terriblemente débiles, pero provocaron que la chica se detuviera. Sus ojos se suavizaron ligeramente.

—¿Hablar? ¿Y eso es todo? ¿No tratarás de redimirme, o algo estúpido como eso?

Kyle negó con la cabeza.

—No. Lo prometo.

—Muy bien —convino la chica—. Hablaremos. Pero lo haremos en público, donde todos puedan verlo. La biblioteca. Dentro de una hora.

Kyle asintió.

—La biblioteca. Te veo allí.

Jan Ors sonrió y desapareció.



La biblioteca de la nave, que en realidad era mucho más que eso, incluía millones de libros en miles de idiomas, todos almacenados electrónicamente. Había juegos interactivos de realidad virtual, tutoriales, y mucho, mucho más. Como se podía acceder remotamente a la mayoría del material, o copiarlo en tabletas de datos, la instalación ocupaba un espacio relativamente pequeño.

Tal vez fuera el tamaño de la biblioteca, o la hora del día, pero lo primero que notó Kyle fue que estaba relativamente vacía. Oh, había gente, pero no más de una docena o así, la mayoría sumergidos en los textos o escenarios que sus dispositivos estuvieran reproduciendo, o en un caso particular (un rodiano) aparentemente dormir en un cubículo.

Teniendo en cuenta el hecho de que Kyle iba temprano, no esperaba ver a Jan, y se sorprendió cuando la vio. La zona elevada, destinada a recitaciones, era pequeña pero adecuada para un solo artista. Kyle miró a su alrededor, no encontrando a nadie que le siguiera la pista, y tomó uno de los cinco asientos vacíos.

A pesar del hecho de que no podía ver lo que ella veía, ni escuchar la música que la movía con tanta claridad, reconocía el talento puro y natural cuando lo veía. Más que eso... Kyle sabía que estaba observando un aspecto importante de quién era Jan Ors.



Jan observó a los otros bailarines por el rabillo del ojo, esperó a que la música los llevara a su alrededor, emparejado su *jeté*, se volvió con una pirueta, y mantuvo un *arabesco*. Se desplomó por la falta de zapatos de punta y la práctica necesaria para sustentarlo, no obstante, aplausos tronaron, y flores aterrizaron alrededor de sus pies.

Todo parecía tan real, y sonaba tan real, que por un fugaz segundo Jan imaginó que *era* real e hizo una reverencia. Luego, a medida que el sonido se apagó, y el video comenzó a desvanecerse, levantó la visera. Se sorprendió al verlo sentado allí, al oír el sonido de sus aplausos, y se oyó a sí misma reprobarle.

—¿No tienes nada mejor que hacer que burlarte de mí?

Kyle pareció herido.

—Lo has entendido mal. Has estado maravillosa. ¿Dónde has aprendido a bailar así?

Un tanto apaciguada, y secretamente satisfecha, Jan recogió su bata azul y bajó a la parte inferior.

—Aprendí cuando era una niña. Mi madre fue coreógrafa de la primera compañía de ballet de Alderaan. Y me crie entre ensayos.

—¿Y tu padre?

La cabeza de Jan se inclinó hacia delante. Ella lo miró desde debajo de las cejas levantadas.

—Eres preguntón, ¿no? Mi padre era, y por lo que sé todavía lo es... ingeniero aeroespacial de primera clase. Pásame esas botas.

Kyle miró a su alrededor, vio un par de botas desgastadas, y se inclinó para recogerlas.

—¿En serio? ¿Eso quiere decir que puedes reparar impulsores tan bien como bailas?

—Sí —dijo Jan con total naturalidad—, así es. ¿Qué hay de ti, listillo? ¿Tienes algún otro talento que no sea el que demostraste en el asteroide?

Kyle frunció el ceño.

—Fui a la Academia para obtener una educación. Soy más ingeniero que soldado.

—Sí, y yo soy una bailarina —dijo Jan con escepticismo—. Vamos. Estoy sedienta.

La cafetería atendía a los miembros menos prósperos del pasaje y estaba medio llena. Esperaron en la cola, tuvieron una pequeña charla intrascendente, y obtuvieron sus bebidas. Kyle se ofreció a pagar y Jan le permitió hacerlo. Pareció natural buscar la parte

más distante y, por tanto, más privada de la sala. Se sentaron, sorbieron de sus bebidas, y se miraron entre sí a través de la mesa.

—Bueno, querías hablar —ofreció Jan evasiva.

Kyle se encogió de hombros.

—Sí... probablemente no me creerás, pero la mayor parte de los soldados que murieron en aquel asteroide eran buenos hombres.

Jan se quedó en silencio por un momento. Cuando habló, su voz era suave pero determinada.

—Un montón de gente buena murió aquel día, Kyle. Algunos estaban en mi lado... algunos estaban en el tuyo. Así es la guerra. Tú elegiste ser soldado. ¿Qué esperabas?

Kyle sintió una repentina oleada de ira.

—¿Sí? Bien, ¿y qué hay de mi padre? Él era un artesano, no un soldado, y los rebs lo mataron de todos modos. Explica eso.

Dado su tono, y la naturaleza partidista del tema, Kyle medio había esperado que ella dejara la mesa. Para su sorpresa, y subsecuente alivio, ella no hizo tal movimiento. De hecho, su expresión sería descrita adecuadamente como una de sorpresa.

—¿En qué planeta?

Kyle se desconcertó.

—Una luna llamada Sulon. Orbita Sullust.

Ella asintió.

—Estoy al tanto. ¿El nombre de tu padre?

—El mismo que yo. Katarn. Morgan Katarn.

—¿Y de dónde has sacado la idea de que tu padre murió a manos de la Alianza?

Kyle se encogió de hombros.

—El comandante me envió un mensaje.

Jan sacudió la cabeza con aparente asombro.

—Mi madre dice que los caminos de la Fuerza son inescrutables... y nunca dejo de sorprenderme por la razón que tiene. Vamos... quiero que conozcas a alguien.



Sabiendo que el contacto abierto con los miembros de la Alianza Rebelde fácilmente podría atraer la atención de los espías del Emperador sobre él, Kyle se dirigió al camarote de Jan por su cuenta. Tocó el panel sensor. Un tono sonó dentro y la escotilla zumbó abriéndose.

Ya fuera por suerte, por la connivencia de un simpatizante rebelde, o por un presupuesto más generoso del que Kyle habría supuesto, el camarote de Jan era un poco más grande que el suyo. Sin embargo, el hecho de que compartiera el espacio con un droide traductor plateado compensaba de sobra esa particular ventaja. La máquina adquirió vida cuando Jan dijo su nombre.

—A-Cé. Quiero presentarte a alguien.

La cabeza del droide se levantó y sus servos zumbaron mientras miraba en la dirección de Kyle. Lo que pasó a continuación tomó a ambos humanos por sorpresa. A-Cé se puso rígido, retrocedió aún más hacia la esquina, y habló con una voz firme e inflexible:

—Soy una bomba. El acceso no autorizado, la interferencia, o la manipulación de mí mismo o mi programación, módulos de almacenamiento de datos, u otros sistemas dará lugar a la detonación de cuatro punto dos kilos de explosivo plitex nueve. He identificado una amenaza de clase tres, y, de acuerdo con mi programación, estoy tomando las medidas adecuadas. Secuencia de detonación activada. Cuenta atrás iniciada. Diez... nueve... ocho...

Kyle dio un paso hacia la escotilla y miró a Jan. Ella habló apresurada juntando palabras en su afán por soltarlas.

—Código de anulación alfa, bravo, zeta, uno-nueve-seis. Ejecutar.

A-Cé se detuvo, rompiendo la secuencia de cuenta atrás, y pareció relajarse.

—Código de anulación autentificado. Secuencia de detonación finalizada.

Jan miró a Kyle y sonrió débilmente.

—Lo siento. Es por el uniforme, combinado con el hecho de que el droide es algo así como un huérfano. La razón se pondrá de manifiesto en un momento. Primero, responde a una pregunta. Cuando enviaron a tu equipo a 456, ¿te dijeron por qué?

Kyle frunció el ceño.

—No, no exactamente. Dijeron que el objetivo era tomar el control de una estación de comunicaciones... nada más.

Jan asintió.

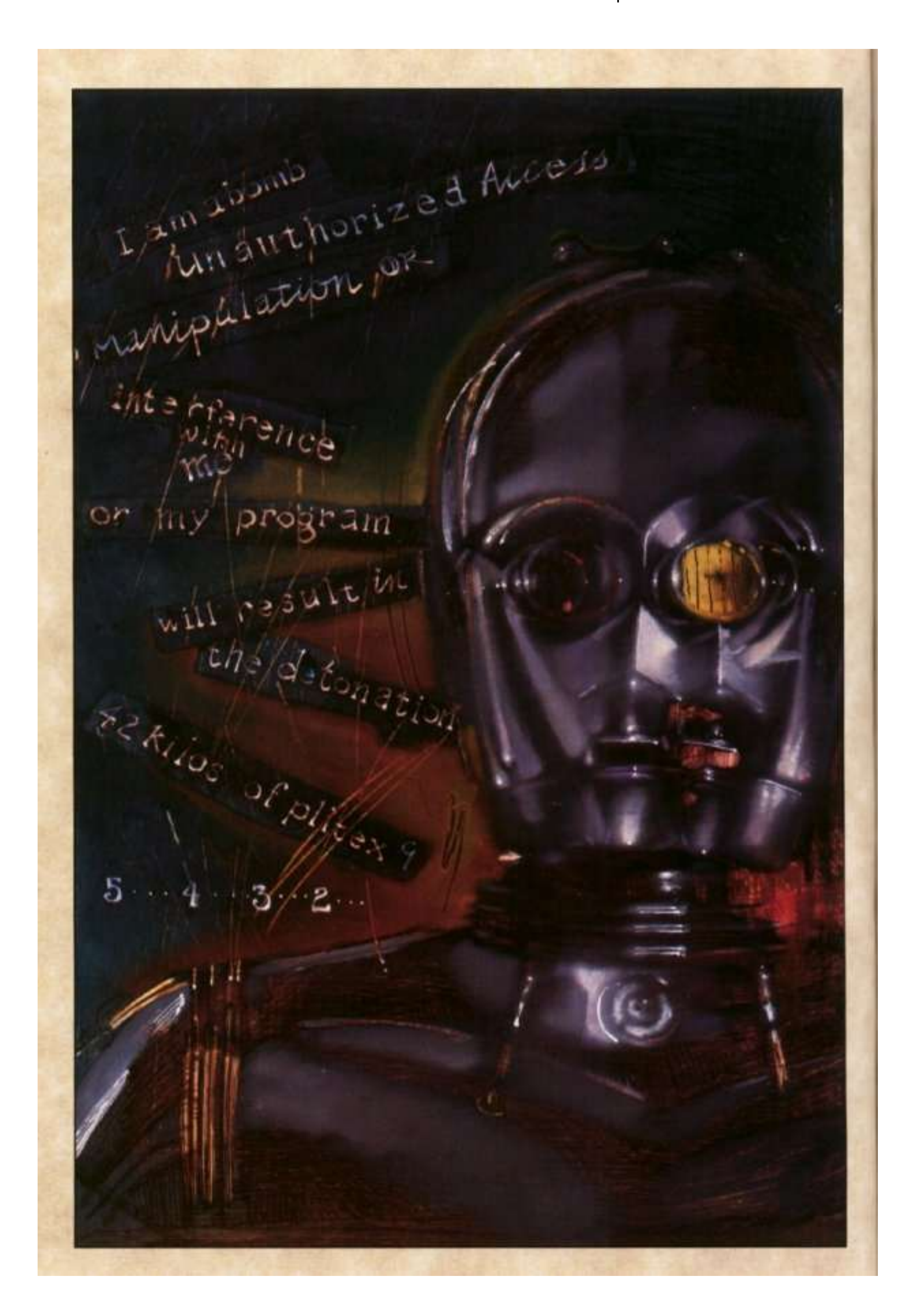
—Bien, la información que te dieron era exacta hasta donde llegaba, pero hay más. La verdad sobre el Emperador y sus muchas atrocidades es una de las armas más potentes que la Alianza tiene. Una vez conscientes de ello, las partes neutrales se vuelven más amistosas, se forman nuevas alianzas, y el apoyo se afianza. Sin embargo, las grandes distancias que separan a los planetas del Imperio hace difícil esto.

Kyle comenzó a objetar pero Jan levantó la mano.

—Escúchame, mira con tus propios ojos, y luego di lo que quieras... La Alianza tiene reporteros, valientes hombres y mujeres que deambulan de un planeta a otro, a menudo dentro del espacio controlado por el Imperio, recogiendo historias para diseminarlas entre aquellos que están dispuestos a ver, oír, y entender. Muchos de estos corresponsales tienen compañeros como aquí, A-Cé, que está equipado para capturar, almacenar y editar cualquier cosa de la que sea testigo. Una vez que las historias han sido preparadas, son distribuidas por todo el Imperio a través de estaciones de comunicaciones como la del asteroide 456.

Kyle, que no estaba muy conforme con toda la propaganda anti-imperial inherente a lo que ella decía, se cruzó de brazos.

—Todo esto es muy interesante. Pero, ¿por qué debería importarme?


I am a bomb
Unauthorized Access
manipulation or
interference
with
me
or my program
will result in
the detonation
42 kilos of plitex 9
5 ... 4 ... 3 ... 2 ...

Jan se quedó en silencio por un momento, y, por razones que no pudo entender, pareció apiadarse de él.

—Kyle, de ninguna manera debería mostrarte esto, pero lo haré de todos modos. ¿Recuerdas los reporteros que he mencionado? Bueno, A-Cé fue asignado a una mujer llamada Candice Ondi. Fue una de nuestras mejores corresponsales y murió cubriendo la historia que estás a punto de ver. A-Cé... muéstrale al Teniente Katarn la batalla por el Pozo-G de Sulon.

Los servos chirriaron cuando A-Cé se acercó a la terminal informática, retiró un cable desde el compartimiento situado en la parte inferior derecha de su torso, y estableció una conexión con el panel de entrada. Hubo un momento de negro seguido de un holograma de una mujer de mediana edad de aspecto agradable. Se presentó a sí misma como Candice Ondi y dijo que estaba informando desde el lugar de una batalla inminente.

Kyle reconoció la zona de inmediato. No había ninguna duda con el cañón y la caverna. Gracias a la insistencia de su padre y otros miembros influyentes de la comunidad, el trabajo inicial de reconocimiento se puso en marcha incluso antes de que él se fuera a la Academia.

Ondi describió incursiones recientes de soldados de asalto disfrazados de rebeldes, ofreció algo de vídeo doméstico no muy convincente como evidencia para apoyar sus acusaciones, y aludió a “fuentes confidenciales de información” para decir que se había advertido de un asalto importante al Pozo-G.

Entonces, cuando el droide con holocámara incorporada tomó una panorámica del interior de la caverna, Kyle vio algo que hizo que su corazón diera un vuelco. Su padre, Morgan Katarn, se dirigía a un grupo variopinto de adolescentes y ancianos. Kyle conocía a la mayoría de ellos por sus nombres de pila. Su padre... un líder rebelde... el conocimiento le sacudió. El siguiente comentario de Ondi hizo que la escena se moviera.

—Como pueden ver, cuando se trata de luchar contra el Imperio, tanto jóvenes como ancianos están de acuerdo. Este grupo, bajo el mando de un líder de la milicia local, defenderá un pasadizo al que los locales se refieren como la “puerta trasera”.

Kyle, que tenía vívidos recuerdos de haber jugado al escondite a través del pasadizo en cuestión, sintió un nudo formarse en su garganta. Se puso en pie. La historia no era cierta, ¡no podía serlo! Pero incluso la posibilidad hacía que sus palmas sudaran. El resto fue peor.

Ondi y su fiel droide estuvieron allí cuando el Mayor Noda y sus soldados de asalto cuidadosamente disfrazados se abrieron paso por el río. Kyle, quien se había mostrado bastante cínico acerca de la veracidad del informe, experimentó una sensación de hundimiento cuando el primer AT-ST apareció, sólo para ser destruido por un MAP rebelde.

Sí, alcanzó a ver la insignia rebelde pintada en los flancos de la máquina, pero sabía la facilidad con la que podría ser falsificada. Especialmente porque era muy difícil imaginar un escenario en el que los rebeldes hubieran capturado las máquinas y las usaran para tal pantomima ocasional. Sin embargo, más que nada, fue la forma en que los

atacantes se movían río arriba lo que lo convenció de la autenticidad del informe. Cada acción que tomaban estaba directamente extraída de los manuales de la Academia, y, como a su padre le gustaba decir, “si suena como un bantha, camina como un bantha, y huele como un bantha, lo más probable es que sea un bantha”.

Entonces, justo cuando otro AT aparecía alrededor de la curva del cañón y la tasa de fuego enemigo aumentaba, Ondi se volvió hacia la cámara. Estaba a punto de decir algo, a punto de comentar la acción, cuando una mirada de sorpresa se apoderó de su rostro. Había sido golpeada, y las imágenes cuando A-Cé corrió a cogerla fueron más elocuentes que las palabras. Ella trató de decir algo mientras yacía en brazos del droide, frunció el ceño cuando las palabras se negaron a salir, y perdió toda expresión.

El holograma se desvaneció y el silencio cayó sobre el camarote. Cuando Kyle habló, las palabras surgieron como un graznido.

—Lo lamento por Ondi. ¿Tienes alguna idea de lo que le pasó a mi padre?

Vio algo ilegible en los ojos de Jan. ¿Lástima? ¿Compasión? ¿Tristeza? No podía decirlo. Su voz llegó suave.

—A-Cé grabó algunas secuencias más... pero no estoy segura de que debiera mostrártelo.

—Muéstrame lo que tengas —dijo Kyle sombrío—. Quiero saber cómo murió mi padre.

El droide miró inquisitivamente a Jan y ella asintió. La pantalla volvió a la vida y Kyle se encontró mirando a escondidas a través de un hueco donde una lona se había soltado y se agitaba a la brisa. Árboles se mecían delante y más allá, Kyle vio los almacenes que delineaban el perímetro occidental del espaciopuerto de Sulon y la periferia norte de Barons Hed. Un puesto de control dirigido por hombres con relucientes armaduras blancas apareció. Hubo un momento de oscuridad cuando A-Cé retrocedió, seguido por un sonido de engranajes, y un breve vistazo de edificios destartalados cuando el vehículo se movió hacia delante.

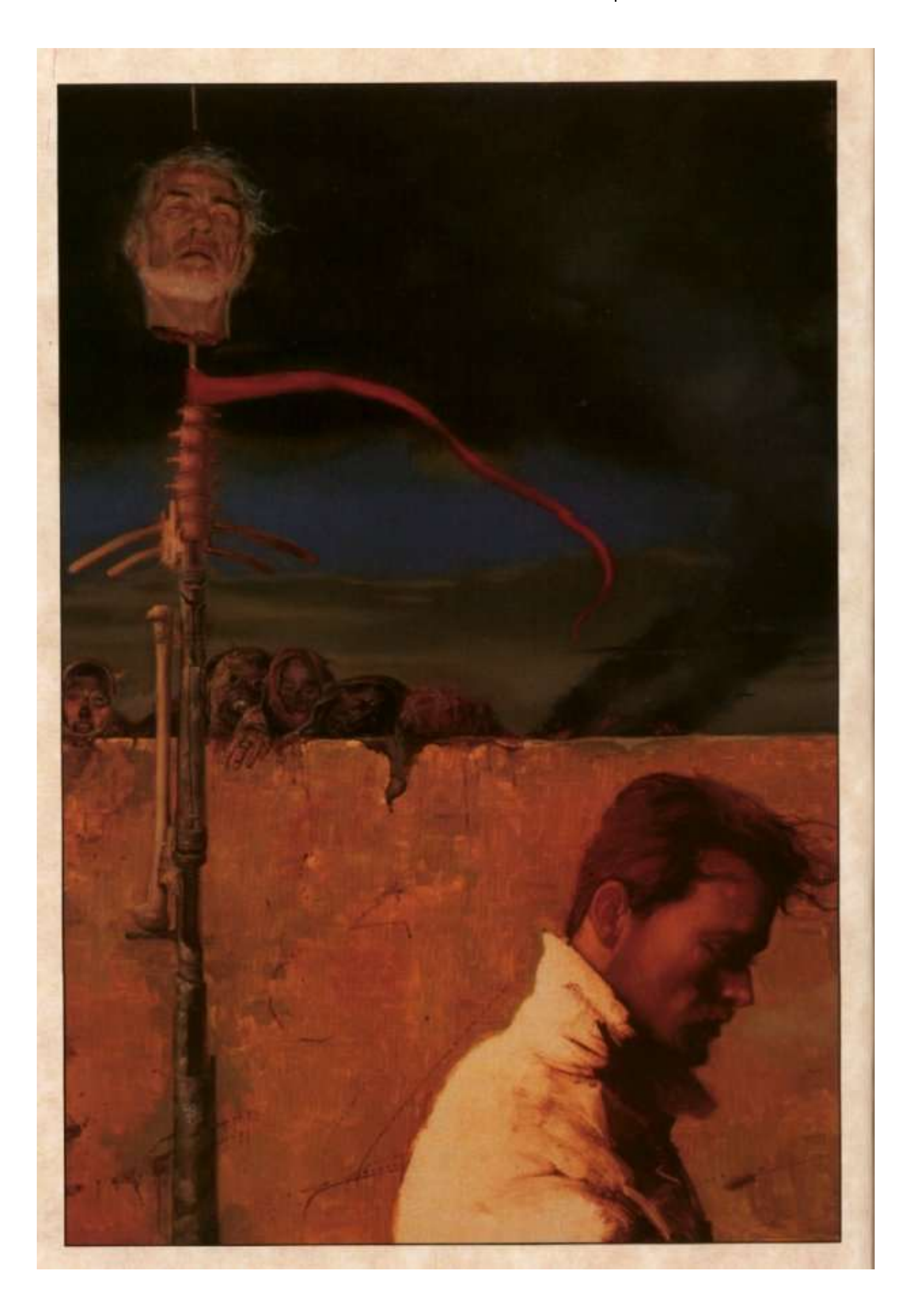
Entonces, habiendo cruzado de manera segura el puesto de control, A-Cé volvió al trabajo. La carretera iba paralela al espaciopuerto. Kyle vio aparecer una pared llena de pintadas, se dio cuenta de que unos bultos de aspecto extraño estaban alineados en la parte superior, y se preguntó por qué a los pájaros les gustaban tanto. Había cientos, tal vez miles de alas revoloteando, levantando el vuelo a la más mínima señal de peligro, sólo para asentarse en el mismo lugar de nuevo.

Entonces, cuando la carretera se acercó a la pared, y el camión comenzó a decelerar, Kyle se dio cuenta de que los bultos eran cabezas humanas. Todavía estaba asimilando esto, todavía estaba forzándose a absorberlo, cuando el camión se detuvo por completo. Kyle vio el rostro de su padre, sintió la comida subir, y la obligó a volver a bajar.

Había más, pero Jan indicó a A-Cé que parara y el droide obedeció. Jan, sin saber qué hacer o decir, observó el rostro de Kyle. Vio tristeza aparecer, seguida rápidamente por ira y una firme resolución. Kyle pareció envejecer ante sus ojos, y cuando habló, las palabras salieron como si provinieran de otro hombre.

—Gracias. La verdad puede doler. Pero la mentira es peor.

Entonces, en un gesto que Jan nunca olvidaría, el oficial se arrancó la barra que simbolizaba su Medalla al Valor de la parte delantera de su uniforme y la tiró a la papelera de reciclaje. El Imperio no lo sabía, pero un rebelde había nacido.



CAPÍTULO 5

Jan entró en la esclusa con un piloto mon calamari y un par de droides de mantenimiento. Ninguno sintió la necesidad de comunicarse, y pasaron el tiempo observando el panel de estado. La espera fue relativamente corta, gracias al hecho de que la cubierta del hangar estaba presurizada.

Un pitido recorrió la frecuencia desde un tono subsónico a uno ultrasónico, una luz indicadora brilló en verde, y para aquellos equipados para verlo, también apareció una señal de luz infrarroja.

La escotilla se abrió y todo el mundo salió. A pesar del hecho de que Jan disfrutaba de las impresionantes vistas disponibles en los muchos puertos de observación del *Estrella*, la cubierta del hangar era su parte favorita de la nave. No el propio hangar, sino las infinitamente fascinantes naves estacionadas en él.

La mayoría eran relativamente pequeñas y pertenecían a pasajeros que preferían la comodidad del crucero a un viaje largo y monótono a bordo de sus propias naves. Siendo ese el caso, la agente rebelde vio toda clase de transportes, incluyendo una gabarra desgastada por el uso, una chalupa modificada, numerosas lanzaderas, y una barcaza equipada para viajes de larga distancia.

Era un placer caminar entre estas naves, tocar el metal quemado por atmósferas, inhalar el olor a ozono, e intercambiar saludos con seres que, como ella, disfrutaban de la retroalimentación kinestésica recibida cuando se giraba, empujaba, doblaba, soldaba, conectaba, atornillaba, y encajaba una pieza en su lugar.

Jan sabía que su disfrute de tales cosas, así como su habilidad para bailar, era un regalo de sus padres. Y mientras que otros podían verlos como dos talentos independientes, ella sabía que provenían del mismo lugar: impulsos, la necesidad de traducir pensamientos a movimiento. Lo cual tenía mucho que ver con el hecho de que la agente tenía poco o ningún interés por las máquinas estacionarias.

Jan pasó bajo una proa roma, tomó nota de un patín de aterrizaje doblado, y se detuvo frente al acertadamente llamado *Verdaderamente Lamentable*. Una vez clasificado como rápido, el transporte había sobrepasado esa descripción y era de todo menos veloz. De

todas formas, a caballo regalado no le mires el diente, no si trabajas para la Alianza, siempre corta de créditos, y el *Lamentable* había sido asignado a ella. Es decir, hasta que esta misión fuera completada. Entonces Jan podría presionar para obtener algo mejor. Suponiendo que el miserable montón de chatarra no la matara hasta entonces.

Jan introdujo una serie de números en el teclado situado junto a la escotilla ventral, hizo una mueca cuando el desgastado actuador traqueteó, y esperó a que la rampa tocara la cubierta manchada de lubricante.

Sus herramientas, las mejores que el dinero podía comprar, estaban almacenadas en una caja autopropulsada de alta calidad localizada en un pequeño compartimento de carga de la nave. Silbó distraída, esperó a que la unidad de almacenamiento bajara por la rampa, y puso la huella dactilar en la cerradura. La tapa zumbó abriéndose, una hilera de cajones se desplegó, y un cable de alimentación se deslizó hacia una toma de corriente.

El primer y potencialmente más peligroso problema de mantenimiento recaía en el motivador hiperespacial de la nave, que tenía tendencia a producir lecturas de propulsión falsas. Esa era una dolencia grave teniendo en cuenta el hecho de que la fórmula utilizada para calcular los saltos al hiperespacio requería información precisa con respecto a la velocidad de la nave.

Para acceder al motivador y ejecutar las verificaciones necesarias, Jan tendría que quitar una placa ventral, desconectar el cableado, y retirar la mitad inferior de la carcasa del motivador. Era un trabajo tedioso y no muy estimulante.

Más de dos horas pasaron antes de que Jan retirara el último tornillo de la carcasa del motivador y lo oyera traquetear en la cubierta. La agente se dio cuenta de su error en el momento en que la carcasa cayó sobre sus manos. La antigua carcasa de metal pesado del *Lamentable* pesaba más de cien kilos.

Debería haber utilizado un gato hidráulico o, en su defecto, haber llamado a un droide de mantenimiento. La unidad se hundía, ella se esforzó en soportarla, y se preguntó qué hacer.

Podría gritar pidiendo ayuda. Pero era poco probable que alguien la oyera sobre el repiqueteo de herramientas mecánicas y el bip, bip, bip de los vehículos que merodeaban de aquí para allá. Por otra parte, y esto parecía más probable, podría apartarse y dejar que la carcasa golpeara el suelo.

Lo más probable era que todo fuera bien. Pero, ¿y si la carcasa se agrietaba? ¿O se abollaba de forma que no pudiera repararla? Las probabilidades de encontrar un reemplazo a bordo del *Estrella* no eran buenas. Y todo porque no había pedido ayuda, una tendencia que su madre notó por primera vez cuando tenía cuatro años.

Una voz la sobresaltó.

—Eso parece pesado. ¿Puedo echar una mano?

Incapaz de hablar, y temblando por el esfuerzo, Jan asintió con la cabeza. Por lo menos la mitad del peso pareció desaparecer cuando Kyle Katarn añadió su fuerza, y ambos bajaron la caja hasta la cubierta.

—Deberías haber usado un gato hidráulico, o haber llamado a un droide de mantenimiento —dijo exasperantemente—. Podrías haberte hecho daño.

Jan se mordió la lengua para no soltar la réplica que amenazaba con salir.

—Sí... menos mal que lo has evitado.

Kyle asintió ausente.

—Buen conjunto de herramientas el que tienes ahí. Debe haber costado una fortuna. ¿Necesitas ayuda? —Kyle parecía esperanzado y un poco perdido.

Jan quería decir “no”, quería ahuyentar a Kyle, pero en su lugar se apiadó de él.

—Claro. Veamos si la Academia te ha enseñado algo útil. Voy a trabajar en el cableado... tú realiza los diagnósticos.

Kyle asintió.

—¿Te importa si utilizo tus herramientas?

—No, pero gracias por preguntar.

La siguiente hora transcurrió en un amigable silencio. Aunque ocupada con sus propias tareas, Jan observaba a Kyle por el rabillo del ojo. Estaba impresionada por su conocimiento y la seguridad de sus manos. Conocía los entresijos de la hiperimpulsión y trataba sus herramientas con respeto. Finalmente, después de limpiarse las manos en un trapo grasiento, Kyle emitió su diagnóstico.

—El paquete de sensores está dañado... y el regulador de potencia necesita ajustes.

Jan había llegado a la misma conclusión.

—Bien, especialmente a la luz del hecho de que el paquete de sensores es una de las pocas cosas para las que tenemos reemplazo. Regreso en un minuto.

Jan estaba a medio camino de la rampa cuando Kyle habló.

—Jan...

—¿Sí?

—Quiero unirme. Quiero hacer el tipo de trabajo que tú haces.

Ella lo miró, vio el compromiso en sus ojos, y asintió.

—No tengo autoridad para reclutar agentes, Kyle. Pero conozco a gente que sí. Tenemos programado marcharnos del *Estrella* en dos días, asumiendo que las reparaciones estén listas. Si quieres, puedes venir.

Kyle asintió solemnemente.

—Cuenta conmigo.

—Bien —dijo Jan—. Ayuda a colocar esa carcasa del motivador en su lugar, y viajarás en primera clase.

Kyle rio.

Ninguno de los dos notó el pequeño microdroide con aspecto de oruga que se arrastraba a lo largo de la superficie de un puntal de apoyo, tampoco escucharon la transmisión de alta frecuencia que envió.



El camarote estaba casi completamente a oscuras y más que medio lleno de trofeos, incluyendo la cabeza de un droide asesino, un bláster de cuatro cañones de una estafadora, el brazo biónico de un espía, la mochila de un ladrón de bancos, y mucho, mucho más.

Cada trofeo era inapreciable para el único ocupante del camarote, y ocuparían nichos especiales en el hogar que un día excavaría. Pero eso sería entonces... y esto era el ahora. Su nombre era Slyder, y escuchaba a los rebeldes con la misma atención que un banquero prodigaba a su jefe contable. Los lenguajes humanos y la dicción eran difíciles a veces, y los errores podrían ser fatales. No es que nada en su profesión fuera especialmente seguro.

Al igual que muchos rodianos, Slyder era un cazarrecompensas. Y uno muy exitoso. No gracias a sus habilidades de rastreo, que eran mediocres en el mejor de los casos, o a su pericia con las armas, que era corriente, sino debido a la forma en que hacía su trabajo.

La mayor parte de los compañeros de Slyder, rodianos y de otras especies por igual, practicaban su profesión de la misma manera tradicional: esperar a que alguien o algo pusiera una recompensa, perseguir al ser en cuestión, y matar o capturar a la presa. Esta era una estrategia que Slyder consideraba reactiva, peligrosa, y laboriosa.

Su enfoque, que era exclusivamente suyo por lo que sabía, era identificar los sujetos que deberían tener un precio sobre sus cabezas, identificar a los clientes dispuestos a pagar por sus servicios, y luego cerrar el trato. Al hacer esto eliminaba a la mayoría (si no a toda) de la competencia, y mantenía un mayor control sobre el trabajo. El *Estrella* (y los seres que llevaba) era un coto de caza ideal, y ahorraba el tiempo y la energía requeridos para recorrer de aquí para allá todo el Imperio. Lo cual explicaba por qué Slyder había vivido en el mismo camarote durante los últimos tres años.

Y también explicaba su interés por Jan Ors, Kyle Katarn, Rosco Ross, y Ris Waller. El Imperio, que mantenía una larga lista de enemigos reales o imaginarios, era uno de los mejores clientes de Slyder, y no había nada que les gustara más que pagar por agentes rebeldes.

Slyder cogió un tubo de polen pol, sacó el corcho, e inhaló la sustancia a través de su nariz hocicuda. El estimulante, el cual cada vez había consumido más y más de sus ingresos en los últimos tiempos, aumentaba su capacidad de razonar. O al menos eso parecía cada vez que lo tomaba. Había tres agentes rebeldes, cada uno rentable por propio derecho, además de un droide, que podría o no tener valor, y un oficial novato, quien por razones que no eran evidentes, estaba dispuesto a desertar. Verdaderamente, un viaje rentable.

No sólo eso, sino que un funcionario imperial iba a bordo, lo cual no sólo creaba el mercado perfecto para su mercancía, sino que evitaba la necesidad de negociar con oficiales insignificantes. Slyder encontró el pensamiento tan ventajoso, tan agradable, que se recompensó con otra dosis de polen.



La suite de los Donar era grande y espaciosa. Flores conservadas en estasis, regalos al viejo Haj, llenaban cada jarrón disponible. Una caja de vino acompañada de una nota del embajador de Bonadan yacía en una esquina sin abrir. Cajones de cristalería caridana, asegurados contra una pérdida de gravedad inesperada, estaban situados contra el mamparo interior. Piezas cuidadosamente seleccionadas de mobiliario de estilo imperial estaban colocadas frente a un gran ventanal.

Todos los miembros de la familia Donar, cada uno perdido en su propio mundo, estaban en silencio a excepción de una tos ocasional o un roce de tela. El Gobernador había perdido demasiados créditos con Lando Calrissian, y la señora Donar estaba enojada. Siendo ese el caso, él se esforzaba por encontrar una razón, cualquier razón, para evitarla. Especialmente teniendo en cuenta el hecho de que el anillo que ella le había regalado en su vigésimo aniversario de boda adornaba la mano de Lando Calrissian en lugar de la suya. ¿Se había dado cuenta? Y si no lo había hecho, ¿debía él intentar ganar el recuerdo para recuperarlo? No importaba lo centrado que estuviera mirando la pantalla del ordenador, estaba en blanco.

El Gobernador levantó la mirada cuando el droide de protocolo familiar entró en la habitación. Llevaba un chaqué negro y hacía un ruido similar al de un hombre aclarándose la garganta. Donar agradeció la distracción.

—¿Sí? ¿Qué ocurre?

—Un visitante, señor... Su nombre es Slyder, lamenta la intrusión, pero insiste en verle.

La señora Donar estaba sentada en una esquina, fingiendo trabajar en sus bordados, mientras que Nathan Donar, con una pierna colgando sobre el brazo de la silla, alzó la vista de una revista deportiva.

El Gobernador Donar, consciente de su interés, hizo una señal de aprobación.

—Sí, sí, haz pasar al caballero.

El droide de protocolo hizo una reverencia y retrocedió. Slyder, quien deseaba que las luces fueran más tenues, entró, buscó al Gobernador, y lo encontró. Odió al gordo humano en el acto... y deseó que hubiera una recompensa por su cabeza.

—Saludos, Excelencia. Historias de su sabiduría, generosidad y fuerza son más numerosas que las estrellas.

El hedor corporal natural de los rodianos, cubierto por el olor de su colonia, penetró en cada rincón de la habitación. Nathan sonrió con desdén, su madre se tapó la nariz, y Donar pareció molesto. No hizo ningún intento de levantarse, ni invitó al alienígena a sentarse.

—¿Puedo ayudarle, ciudadano Slyder? Una cuestión de cierta urgencia, ¿verdad?

Slyder tocó con la mano su frente en lo que Donar asumió que era un gesto de respeto. Transmitió todo lo contrario.

—Su Excelencia roba las palabras directamente de mi hocico. Yo, como muchos miembros de mi especie, me gano la vida como cazador de recompensas. No por un deseo de acumular créditos, sino por nuestro amor común por el Imperio.



—Sí, por supuesto —dijo el Gobernador con impaciencia—. Entonces, ¿qué es lo que vende?

Slyder se tocó la frente una vez más.

—Su Excelencia va al corazón del asunto. Hay por lo menos tres agentes rebeldes a bordo de esta nave, además de un droide que puede o no llevar datos valiosos. Y un oficial imperial que parece dispuesto a desertar.

El Gobernador se puso en pie. Su ordenador cayó al suelo.

—¿Un oficial? ¿Rebeldes? ¿Quién? ¿Dónde?

Slyder avanzó hacia el núcleo de entretenimiento y sostuvo un holocubo a la vista.

—¿Puedo?

Donar asintió y el cubo fue introducido. La luz se arremolinó y una serie de imágenes tridimensionales aparecieron. Slyder permitió que se reprodujeran escenas clave y no hizo ningún intento de narrar la acción. Había fragmentos de conversaciones claramente sediciosas entre la mujer y sus compañeros, una imagen del droide que ella mantenía oculto en su camarote, y dos conversaciones con Katarn. El intercambio de impresiones en la cafetería parecía bastante inocente, pero el encuentro posterior era otra cosa.

Nathan no sabía qué creer. ¿Era culpable Kyle de conducta desleal? ¿O víctima de una cara bonita? El holo desapareció y Nathan miró a su padre. El Gobernador estaba lívido.

—¡Malditas sean sus miserables mentiras! ¿Has visto eso? ¡Envían golfas para corromper a nuestros oficiales! ¡Los detendremos a todos y pondremos fin a este ultraje!

Slyder se secó las manos, asintió con mojigatería, y se acordó de la Medalla al Valor del oficial. Quedaría bien en su vitrina de trofeos.



Kyle salió de la ducha, se secó el agua restante de su piel, y comenzó a vestirse. Casi había terminado cuando un tono sonó y el icono de mensaje entrante apareció. Curioso, Kyle tocó una tecla y observó las palabras inundar la pantalla. La casilla del remitente estaba en blanco, pero el saludo era un claro indicativo.

Hey, chico del Borde... sólo un consejo... mantente alejado de la chica... y estate preparado para responder a algunas preguntas. Es bonita... pero no lo suficientemente bonita como para malgastar tu vida.

No había firma, sólo un cursor parpadeante.

Lo que quería decir Nathan estaba claro. El Gobernador Donar, o alguien cercano a él, sabía de los rebeldes.

Kyle sintió los músculos de su estómago tensarse mientras marcaba los números y esperaba a que Jan respondiera.

—¿Hola? —su voz sonaba soñolienta, como si acabara de despertarse.

—Escucha atentamente. Alguien, mi suposición es que se trata del Gobernador Donar, sabe de ti y los demás. Podrían llegar en cualquier momento.

Jan era demasiado profesional como para perder el tiempo con preguntas.

—Entendido. Coge lo que puedas, y reúnete con nosotros en la cubierta del hangar.

Kyle pulsó el botón de apagado, se sentía culpable por la manera en la que había traicionado la confianza de Nathan, entonces recordó la imagen de la cabeza decapitada de su padre. Su boca se comprimió en una línea firme y delgada mientras sujetaba el arma corta imperial alrededor de su cintura, echaba sus objetos personales en una bolsa de viaje, y salía del camarote. Sus uniformes, con la única excepción del que llevaba a cuestas, se quedaron en el armario.



Jan se asomó por la mirilla, se aseguró de que el área frente a la entrada estaba despejada, y abrió la escotilla. Una rápida comprobación confirmó que el pasillo estaba vacío. Se volvió hacia el droide.

—No tenemos mucho tiempo, A-Cé. Salgamos de aquí.

El droide verificó el nivel de luz para asegurarse de que sus rendijas estaban configuradas correctamente, pasó a grabar, y siguió a Jan por el pasillo. No habían recorrido más que unos pocos metros cuando una voz llamó:

—¡Hey, vosotros! ¡Alto ahí! —un disparo de bláster subrayó las palabras.

Jan gritó “¡corre!”, devolvió el fuego, y siguió su propio consejo. No fue muy rápida para empezar, y A-Cé perdió aún más tiempo cuando se detuvo para grabar a Slyder, y al surtido de militares imperiales reclutado para apoyarlo. El capitán, que era uno de los muchos nietos del viejo Haj, se negó a tomar partido.

Ondi habría estado orgullosa de la forma en que A-Cé arrancó una secuencia de cuatro segundos y verificó que era buena antes de alejarse. Sin embargo, no llegó muy lejos. Un rayo de energía de Slyder le golpeó en el centro de la espalda, abriendo un agujero a través de uno de sus subprocesadores, y provocó una parada de emergencia. El droide se derrumbó mientras Jan miraba hacia atrás. Maldijo entre dientes, dobló una esquina, y corrió aún más rápido.



Kyle salió de la esclusa, corrió a través de la cubierta, y divisó a Rosco. Sostenía una carabina bláster acunada en sus brazos y parecía listo para usarla.

—¿Ha llegado Jan?

—Aún no.

—¿Qué hay de Waller?

El reb señaló con el pulgar hacia la cabina del piloto.

—Manejando la torreta.

—Vale. Voy a poner la nave en marcha, tú cubre a Jan y a A-Cé.

Rosco frunció el ceño.

—¿Quién ha muerto y te ha nombrado Emperador?

—¿Tú puedes hacer volar esta cosa?

Rosco negó con la cabeza.

—No, Jan es la piloto.

—Bueno, yo sí puedo.

—Me alegra oír eso, Almirante, pero, ¿cómo vas a abrir esas puertas?

Kyle miró a las masivas puertas herméticas, preguntándose cómo había pasado por alto un problema tan obvio, y trató de sonar confiado.

—Cubre a Jan. Yo me encargaré del resto.

Kyle se abrió paso por la rampa, se volvió hacia la cabina de pilotaje, y atravesó el salón. Waller se apartó de la torreta superior, vio a Kyle con el pulgar arriba, y regresó a su puesto.

Jan permitió a Kyle inicializar los sistemas de la nave cuando hicieron las reparaciones, y el código de acceso estaba fresco en su mente. Introdujo los números, observó el panel de control parpadear encendiéndose, y agarró un auricular.

—*Verdaderamente Lamentable* a Control del Hangar.

—Aquí Control... adelante —la mujer que respondió parecía aburrida.

—Solicitud de permiso para salir del hangar en cinco minutos a partir de ahora.

La voz de la controladora respondió con severidad.

—Muy gracioso, *Lamentable*. Las solicitudes de salida deben presentarse por lo menos treinta horas estándar antes del despegue. Permiso denegado.

Kyle se aseguró de que Rosco no estaba en su camino, dio energía a los repulsores, e hizo que la nave avanzara hacia el carril de salida. No había volado una nave como el *Lamentable* antes, y se tambaleaba como un soldado de permiso. La respuesta no tardó en llegar.

—¡Control a *Lamentable*! Regrese a su sitio, corte la energía, y baje la rampa.

Kyle trató de mirar en todas direcciones a la vez mientras hablaba por el comunicador.

—No puedo hacerlo, Control. Abra las puertas... o yo las abriré por usted.

—No tiene suficiente poder —respondió la mujer con gravedad—. Regrese a su sitio antes de que alguien resulte herido.

Kyle comprobó los interruptores de selección de armas, descubriendo que, de hecho, no tenía suficiente poder, y optó por un enfoque diferente.

—Hey, Waller. ¿Ves esa lanzadera al otro lado del hangar? ¿Esa con el logotipo de SoroSuub? Machácala.

Rayos de energía surgieron atravesando el hangar, golpearon el ala de estribor de la otra nave, y desprendieron parte de ésta.

Una bocina resonó. Luces de alerta destellearon. El sistema de megafonía se encendió.

—Esto es una emergencia. Desalojen la cubierta del hangar. Repito, desalojen la cubierta del hangar. En espera de despresurización. Esto es...

Los seres que había en el hangar dejaron caer sus herramientas y corrieron, se contonearon, o, en al menos un caso, rezumaron hacia la esclusa más cercana. Kyle luchó para mantener la nave inmóvil.

—¿Dónde está Jan?

La voz de Rosco surgió a través del auricular que llevaba puesto.

—No hay necesidad de pánico, Almirante... ¡está de camino!

Kyle vio una esclusa abrirse, vio a Jan empezar a correr, y se preguntó dónde estaba A-Cé. La agente rebelde estaba a medio camino de la nave cuando la esclusa se abrió de nuevo y un grupo se precipitó en la cubierta. Había un rodiano a la cabeza, seguido por Nathan Donar, y una mezcla de militares imperiales. Abrieron fuego y Rosco se lo devolvió.

Jan aceleró, Waller disparó el arma de la torreta, y cuatro de sus perseguidores cayeron. El resto se dispersó. Kyle vio a Nathan refugiarse en una de las esclusas secundarias y se sintió aliviado. No habían sido amigos, no en el sentido real del término, en todo caso, pero deseaba que el oficial no resultara herido.



Jan observó el *Verdaderamente Lamentable* aparecer alternativamente en su enfoque mientras se sacudía arriba y abajo. Su respiración consistía en jadeos angustiosos, su corazón latía más rápido de lo que debería, y plomo llenaba sus piernas. Se dio cuenta de que el gemido que escuchaba significaba algo, el aire se estaba volviendo escaso, y ella estaba a punto de morir. Jan se abalanzó hacia delante, tropezó, y cayó. Sintió el acero frío bajo su mejilla.

Kyle vio a Jan caer, supuso la naturaleza del problema, y trasladó la nave en esa dirección.

—¿Rosco? ¿Puedes ayudar?

Rosco, que había tomado la precaución de deslizar en su rostro una máscara de oxígeno de emergencia, ya estaba en movimiento. Kyle lo vio, luchó para frenar la nave, y se esforzó en concentrarse. La rampa estaba medio abierta, lo cual significaba que el aire estaba siendo succionado de la cabina del *Lamentable*. Kyle manoseó en busca de una máscara, la encontró, e introdujo oxígeno en sus pulmones.

Rosco se inclinó, recogió a la chica entre sus brazos, y se volvió. Un pedazo de papel pasó flotando por delante de su cara cuando las puertas se separaron y el aire empezó a precipitarse en el espacio. Tenía un minuto, tal vez menos, para alcanzar el interior de la nave. Era eso o esperar a que el subsiguiente vacío reventara su cuerpo. Pero, ¿y la nave? ¿Estaría ahí? ¿O el chico los dejaría morir?

Rosco se volvió, encontró al *Lamentable* apareciendo sobre él, y vio la rampa tocar la cubierta. El rebelde dio cinco pasos, sintió la rampa bajo sus botas, y dio gracias cuando la hidráulica los elevó a ambos hacia el interior de la nave. No estaba mal para un chico tan verde...

Kyle dio la vuelta a la nave, vio seres con trajes espaciales en dirección a una de las naves, y se preguntó si debía dispararles. El *Lamentable* tembló cuando una granada de conmoción estalló cerca de la popa y Kyle se lo pensó mejor.

Las puertas ya estaban medio abiertas. Kyle se dirigió hacia el rectángulo creciente de negrura, aplicó más impulsión, e ignoró las amenazas de la controladora. Entonces, con una rapidez sorprendente, fueron libres. Las estrellas giraron cuando dio la vuelta a la nave y añadió impulsión. Una voz surgió junto a su oído.

—Gracias, Kyle. Parece que estoy en deuda contigo otra vez.

Kyle sonrió mientras Jan se dejaba caer en la posición de copiloto. Estaba pálida, pero decidida.

—Deberías agradecérselo a Rosco.

Jan asintió.

—A él también. ¿Algo en cola?

—Tenemos compañía —respondió Waller lacónicamente—. Una nave por el momento.

—Veamos qué tipo de piernas tienen —dijo Jan sombríamente, y empujó la palanca de control del motor sublumínico al máximo.

Kyle vio una chispa de luz distante volverse un poco más luminosa, y sintió el casco vibrar. Frunció el ceño. ¿Cuánto más podría soportar el *Lamentable*?

—¿Qué hay de un salto al hiperespacio? —preguntó Kyle—. Podríamos perderlos en un instante.

—Sí, podríamos —acordó Jan, con sus dedos moviéndose sobre los controles—. Si el ordenador de navegación supiera nuestras coordenadas. No se te ocurrió cargar nuestra posición, ¿verdad?

Kyle sintió la sangre correr por su cara.

—Esa idea no se me cruzó por la mente.

Jan se volvió y su expresión se suavizó.

—No te preocupes. El ordenador de navegación detectará cualquier baliza que esté en el área, y si eso no funciona, ejecutará exploraciones estelares hasta que encuentre una coincidencia. Eso nos dirá dónde estamos.

—Yo te diré dónde estamos, estamos en graves problemas —agregó Waller con calma—. Están ganando terreno.



Slyder, que era dueño de una pequeña pero fuertemente armada nave, había permitido que los humanos proporcionaran el transporte. Una elección lógica teniendo en cuenta el hecho de que el yate del Gobernador era más grande, más rápido, y estaba mejor armado que su nave. Por lo menos pareció lógico antes de subir a bordo, una vez en el yate, se vio relegado a la condición de observador, y se dio cuenta de lo incompetentes que eran los humanos. La gran mayoría del grupo eran oficiales, la mayoría de ellos estaban dando

órdenes, ninguno de ellos las seguía. Y, como si eso no fuera suficiente, estaba el propio Gobernador, constantemente trasladando su peso de aquí para allá, estableciendo prioridades equivocadas.

El droide era un excelente ejemplo. En lugar de dejarlo a bordo del *Estrella*, y tratar con él más tarde, el Gobernador lo había llevado consigo. Y ahora, cuando su atención debía estar en la nave que escapaba, Donar se había centrado en el droide. La máquina estaba despatarrada sobre una mesa mientras un técnico sobreexplotado sudaba sobre ella. Cables corrían desde un panel de conexión a su CPU, a la fuente de alimentación, y al cableado del subprocesador.

—Creo que lo tengo, señor, sólo una conexión más.

El Gobernador se movió para echar un vistazo más de cerca. Nathan hizo lo mismo. Slyder, que veía todo el asunto como una colosal pérdida de tiempo, se quedó atrás.

El técnico conectó un cable, accionó un interruptor, y esperó algún tipo de reacción. A-Cé abrió los ojos y trató de incorporarse. No pasó nada. Recordó la persecución, el equivalente programado del dolor, seguido por la oscuridad. Parpadeó mientras un trío de humanos tenían la mirada sobre él. Uno de ellos llevaba un uniforme.

A-Cé sintió una subrutina entrar en acción, oyó las palabras, y supo su destino:

—Soy una bomba. El acceso no autorizado, la interferencia, o la manipulación de mí mismo o mi programación, módulos de almacenamiento de datos, u otros sistemas dará lugar a la detonación de cuatro punto dos kilos de explosivo plitex nueve...

Hubo un frenético intento desesperado de desactivar al droide y detener la cuenta atrás. Pero Slyder sabía que no había suficiente tiempo. Todos sus planes, todos los años de trabajo, se habían convertido en polvo. Los humanos eran peor que incompetentes, eran irremediablemente estúpidos, y merecían morir. Slyder sacó su arma, disparó a tantos de ellos como pudo, y esperó lo inevitable. Los trofeos le llegarían a su madre.



Kyle luchó por mantener la verticalidad cuando Jan puso al *Lamentable* en un giro cerrado. Estuvo orgulloso del hecho de que su voz se mantuviera firme.

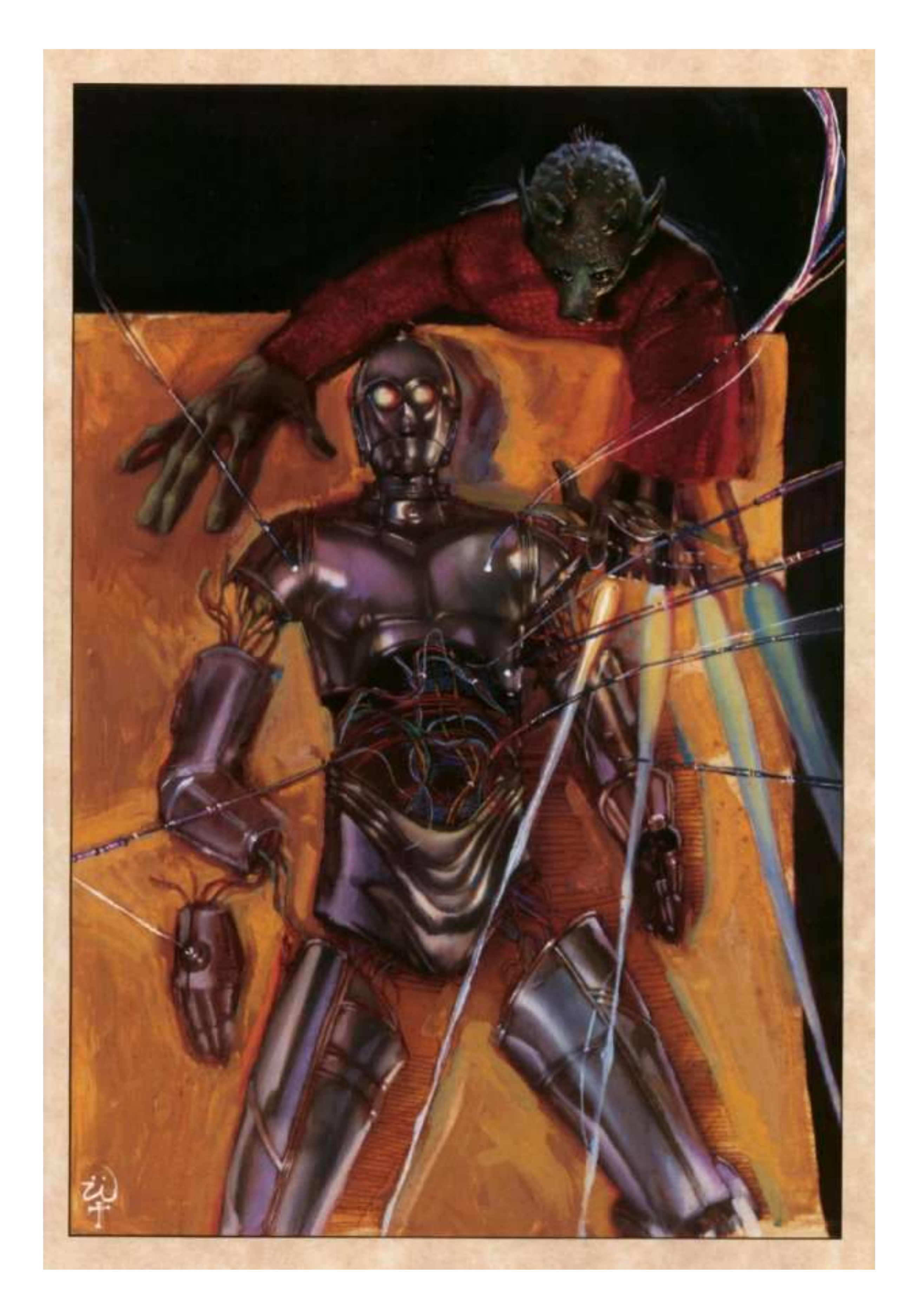
—¿Cuál es el plan?

—No podemos huir de ellos —dijo Jan con gravedad—, por lo que sólo tenemos una opción.

—¿Volarnos los sesos? —preguntó Kyle a la ligera.

—Concepto correcto. Sujeto erróneo —respondió Jan con aspereza.

La otra nave estaba más cerca ahora, tan cerca que Kyle podía verla a simple vista. Jan disparó los cañones láser del *Lamentable*, y él observó mientras la energía coherente salía hacia la nave perseguidora. Era, pensó Kyle, un ataque valiente pero mayormente simbólico, ya que no había forma imaginable de que las armas relativamente ligeras del *Lamentable* superaran los escudos de la nave más grande. Entonces, el yate explotó en una bola llameante. Kyle colocó un brazo frente a sus ojos.



—¿Qué demonios...?

La bola de fuego se desvaneció mientras Jan daba un bandazo a la derecha. El *Lamentable* se abrió paso a través de un campo de escombros en constante expansión mientras Kyle trataba de asimilar lo que había visto.

—¿Un disparo afortunado?

La rebelde negó con la cabeza.

—De ninguna manera... nadie es tan afortunado. Mi conjetura es que ha sido una especie de explosión interna.

Kyle lo sopesó.

—¿Qué le pasó a A-Cé?

Jan chasqueó los dedos.

—¡Por supuesto! ¡Lo llevaron con ellos, pusieron un uniforme frente a sus sensores, y patapúm! Pobre droide. Me gustaba.

Nathan había estado vistiendo un uniforme de clase B la última vez que lo vio Kyle. La venganza, si eso es lo que era, no le trajo la satisfacción que había esperado.



Sus botas resonaban contra la cubierta a medida que Jan y Kyle recorrían el luminoso pasillo blanco. Aunque la nave era tripulada por toda clase de seres, ninguno de ellos manifestaba la pulcra exactitud que se esperaba a bordo de las naves imperiales, no había duda de su entusiasmo. Los seres de la tripulación se apresuraban hacia sus lugares de destino, droides zumbaban de un lado a otro, y una sensación de energía contenida impregnaba el aire.

El acorazado recientemente rebautizado como la *Nueva Esperanza* era de más de seiscientos metros de largo. Era vieja, lenta, y a pesar de los esfuerzos para mejorar sus sistemas de armas, estaba pobremente armada. Kyle sabía todo eso, pero no podía evitar sentirse impresionado por el tamaño de la nave, el espíritu de toda la tripulación de voluntarios, y el esfuerzo para hacerla operacional de nuevo.

El acorazado estuvo estacionado por mucho tiempo sobre Churba como una especie de museo orbital de la guerra; la Alianza utilizó cuatro remolcadores de espacio profundo para liberarlo del pozo gravitatorio del planeta y trasladarlo. Dónde lo llevaron, y cómo se llevó a cabo la remodelación, eran secretos. Pero el resultado fue impresionante. Sobre todo desde un punto de vista psicológico, ya que la incursión hizo que la Alianza pareciera fuerte y el Imperio débil.

—Entonces —dijo Jan mientras doblaban una esquina—, ¿qué te parece?

Kyle sonrió.

—Tenías razón, Jan... es impresionante. Lástima que un destructor clase Victoria pueda igualar su fuerza en combate.

No fue la aprobación incondicional que Jan había esperado, por lo que cambió de tema.

—Creo que Mon Mothma te caerá bien. A todo el mundo le cae bien.

Kyle tomó nota de la forma familiar con la que Jan utilizaba el nombre de Mothma, se preguntó si todos los rebeldes eran tan casuales, y supuso que lo eran.

La pareja dobló una esquina, caminó a lo largo de un pasillo corto, y se detuvo frente a dos guardias fuertemente armados. Jan le indicó a Kyle que deslizara su tarjeta de identificación en un escáner recién montado, esperó a que emergiera de nuevo, y señaló hacia su bláster. Kyle se sintió cohibido cuando un guardia confiscó su arma corta y el otro lo registró. Aparentemente satisfechos, las puertas se abrieron, y Jan lo hizo pasar a través.

—Que tengas una buena reunión, Kyle. Te veré más tarde.

El ex-oficial asintió, pasó a través del portal, y oyó las puertas cerrarse a su espalda. El camarote, construido con estándares pre-imperiales, era grande pero anticuado. Algunos de los muebles tendrían más de cien años de edad. La única ocupante, una mujer a la que Kyle juzgó a mitad de los cuarenta, se volvió para recibirlo. Tenía el pelo castaño corto, verdosos ojos azules, y llevaba una larga túnica blanca. La energía crepitaba a su alrededor, y Kyle casi pudo sentir el poder de su mente. Ella sonrió y extendió su mano. Era delgada y fresca.

—Saludos, Kyle. Es un placer conocerte. Lamenté mucho lo de tu padre. Era un líder importante.

Kyle, sorprendido de que ella supiera de su padre, olvidó las formas.

—¿Conocías a mi padre?

Mon Mothma negó con la cabeza.

—No personalmente, a través de un amigo común, un Jedi llamado Rahn. Tenía un alto nivel de respeto por tu padre y envía sus saludos.

Kyle estaba pasmado. ¿Su padre había conocido a un Jedi? ¿Y se había ganado el respeto del Jedi? ¿Qué más se le había ocultado?

Mon Mothma, inconsciente respecto a los pensamientos de Kyle, hizo un gesto hacia una mesa de conferencias rodeada de sillas.

—Por favor, ponte cómodo.

Kyle hizo lo que le mandaron. Mon Mothma se sentó en una esquina de la mesa.

—Jan me dice que quieres servir como uno de nuestros agentes. ¿Por qué?

Kyle, quien no había esperado ningún tipo de prueba, fue pillado por sorpresa. Siendo ese el caso, sus palabras fueron más directas y más honestas de lo que habrían sido de otro modo.

—Quiero encontrar a los que asesinaron a mi padre y matarlos.

Jan, que estaba observando el procedimiento a través de una serie de pequeñas cámaras casi imperceptibles, levantó una ceja. Aunque comprensible, el deseo de venganza podría nublar el juicio de Kyle, y dar lugar a errores. Siendo así, esperó que Mon Mothma lo descartara, y se sorprendió cuando no lo hizo.

—Entiendo cómo te sientes, Kyle, créeme, todos lo entendemos, pero debemos esforzarnos en seguir siendo objetivos. Las personas que mataron a tu padre eran

malvadas, pero el mal mayor yace detrás, y se sienta en un trono robado. Una vez que le derrotemos, una vez que derrotemos a Palpatine, los asesinos serán encontrados. Así que dime, ¿puedes poner tus necesidades personales al margen el tiempo suficiente como para hacer frente a una misión tan importante que puede cambiar el curso de la Rebelión?

Kyle sintió emociones encontradas. Una saludable dosis de escepticismo, un toque de temor, y orgullo al ser preguntado.

—Sí. Al menos, creo que sí.

Mon Mothma lo sopesó con los ojos.

—Bien. Que el Hacedor me ayude si estoy equivocada, pero voy a arriesgarme contigo, y esperar lo mejor. Mira al centro de la mesa. Tengo una historia que contarte.

Mon Mothma observó con evidente disgusto el holograma que se materializó lentamente.

—Los imperiales la llaman la Estrella de la Muerte —dijo la líder con gravedad—, y es una designación adecuada dado el hecho de que una vez la estación de combate se complete, será capaz de destruir un planeta entero.

Kyle frunció el ceño.

—¿Cómo?

—Lleva montado el superláser más potente jamás construido.

Kyle trató de imaginarlo... un láser capaz de perforar a través de kilómetros de roca, golpear el núcleo planetario, y provocar una explosión tan masiva como para destruir un mundo. ¿Qué dijo el Gobernador Donar? ¿“... el Emperador tiene un par de cosas en el almacén para la llamada Alianza, tu padre será vengado”? La declaración tenía sentido ahora... y envió un escalofrío por su espalda. Hizo un gesto hacia el holo.

—¿Existe en realidad? ¿O están planeando construirla?

Mon Mothma asintió.

—Oh, es del todo real. La estación de combate está siendo construida en órbita sobre la colonia penal de Despayre. Una vez completada medirá ciento veinte kilómetros de diámetro, tendrá una dotación de veintisiete mil cuarenta y ocho oficiales, setecientos setenta y seis mil quinientos setenta y seis entre tropas, pilotos, y otro personal de combate, junto con cuatrocientos mil de personal de apoyo y veinticinco mil soldados de asalto... Además de la tripulación necesaria, la Estrella de la Muerte llevará lanzaderas de asalto, bombarderos, cruceros de ataque, naves de descenso, vehículos terrestres, y más de siete mil cazas TIE. Su casco estará protegido por diez mil baterías turboláser, dos mil quinientos cañones láser, y más de setecientos proyectores de rayos tractores.

Kyle no sabía qué le sorprendía más, la propia Estrella de la Muerte, o la detallada información respecto a sus capacidades.

—Sin ofender, pero, ¿cómo es posible que sepáis esas cosas?

Mon Mothma le miró a los ojos.

—Lo sabemos porque ha habido seres que han sacrificado sus vidas para descubrirlo.

Kyle asintió con sobriedad.

—¿Y la misión?

—El complejo de investigación donde se diseñó la Estrella de la Muerte está localizado en Danuta. Queremos que vayas allí, te abras paso por el complejo, y recuperes dichos planos. Suponiendo que los ingenieros identifiquen un punto débil, la Estrella de la Muerte podría ser destruida.

Kyle sintió que se le encogía el corazón. Luchar para vengar a su padre era una cosa, sacrificar inútilmente su vida era otra.

—Lo que describes es poco más que una misión suicida. ¿Por qué no lanzar una incursión con comandos en su lugar?

Mon Mothma asintió y manipuló el control remoto. La Estrella de la Muerte explotó en mil puntos de luz. Apareció una serie de fotos de vigilancia superpuestas en 3-D. Progresivamente creció el detalle a medida que introducía más grados de aumento. Una flecha apareció y se trasladó de un objeto a otro.

—Esta ciudad es Trid. El espaciopuerto está aquí, la planta de fusión, aquí, y, asumiendo que nuestra información sea correcta, el complejo de investigación está aquí... Dentro de un radio de mil metros hay viviendas, una escuela, y un templo. Estaría interesada en tu opinión. ¿Qué es mejor? ¿Enviar a un agente? ¿Con la esperanza de un milagro? ¿O, suponiendo que tal cosa se pudiera hacer, poner a un grupo de comandos en tierra, y aceptar el daño colateral? Los imperiales lo harían... ¿por qué no nosotros?

Kyle se sintió enrojecer. Mon Mothma sabía que había sido un oficial imperial, sabía de las atrocidades en Sullust, y estaba presionándole, jugando sus cartas. Ese conocimiento lo hizo enfurecer.

—¿De esta forma logras que la gente arriesgue sus vidas? ¿Con manipulación psicológica?

Mon Mothma asintió.

—A veces... si creo que va a funcionar.

Jan observó con franca fascinación cómo los ojos de Kyle y Mon Mothma se encontraban y se mantenían así durante mucho, mucho tiempo. Kyle fue el primero en apartar la mirada.

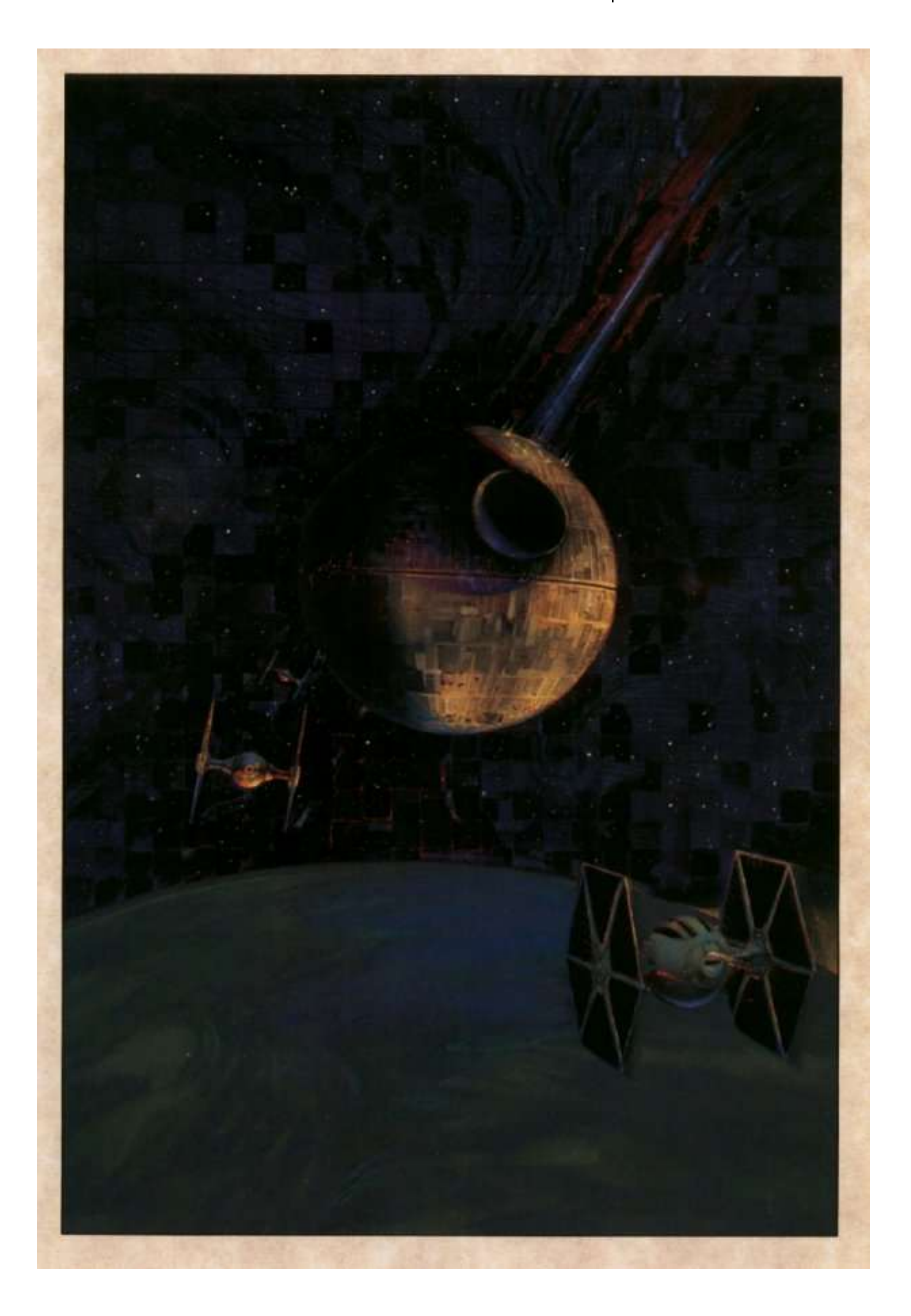
—¿Eso era todo? ¿Tus agentes proporcionaron algo más?

—Sólo esto —respondió la líder rebelde—. Algunos vídeos de la sala en la que están guardados los planos.

Otro holo apareció sobre la mesa. Éste era granulado, como si hubiera sido rodado con una lente de baja resolución a unos centímetros del suelo. El tipo de metraje que podría tomar un droide de mantenimiento si hubiera sido reclutado como espía.

Kyle observó estantes de equipo y suficientes piernas uniformadas como para pertenecer a cinco o seis soldados, una gran extensión de suelo muy pulido, y allí, en el lado opuesto de la habitación, una vaga construcción en forma de T, suspendida en una estructura en forma de U.

—Ahí está —dijo Mon Mothma—. La matriz de memoria en la que se guardan los planos.



Kyle estaba a punto de responder cuando un oficial cruzó por delante de la lente. Algo le resultó familiar en la imagen. Hizo una señal a Mon Mothma.

—¿Podrías retroceder, por favor?

La líder rebelde cumplió la solicitud de Kyle, pulsó reproducir, y permitió que el vídeo avanzara fotograma a fotograma.

Kyle miró y remiró. No había ninguna duda al respecto, el oficial no era otro que Meck Odom, su antiguo compañero de cuarto y mejor amigo. Al parecer, la petición de Odom de una asignación en Operaciones Especiales había sido concedida. Y rápidamente, al parecer. Kyle sintió diminutas gotas de sudor salpicar su frente y resistió la tentación de secarlas.

—Gracias.

El rostro de Mon Mothma carecía de expresión.

—¿Conoces a ese oficial?

Kyle se encogió de hombros.

—Eso creía, pero estaba equivocado.

Mon Mothma asintió evasivamente y el holograma desapareció.

—Entonces, ¿cuál es tu decisión? ¿Tomarás la misión?

Era una locura, una estupidez, y posiblemente resultara fatal, pero Kyle asintió. No por la causa rebelde, o en reacción a las lisonjas de Mothma, sino por su padre y aquellos que murieron con él.

La reunión terminó poco después. Mon Mothma observó a Kyle marcharse, sacudió la cabeza pensativamente, y se acercó al ventanal. Jan entró a través de una escotilla oculta. La líder habló sin volverse.

—¿Y bien? ¿Qué piensas?

Jan se encogió de hombros.

—Está asustado... pero, ¿quién no lo estaría? Las posibilidades de supervivencia son escasas.

—¿Y eso te molesta?

—Sí.

—¿Vosotros dos tenéis una relación?

—No en el sentido al que te refieres. No.

—¿Podrías matarlo si tuvieras que hacerlo?

Jan frunció el ceño.

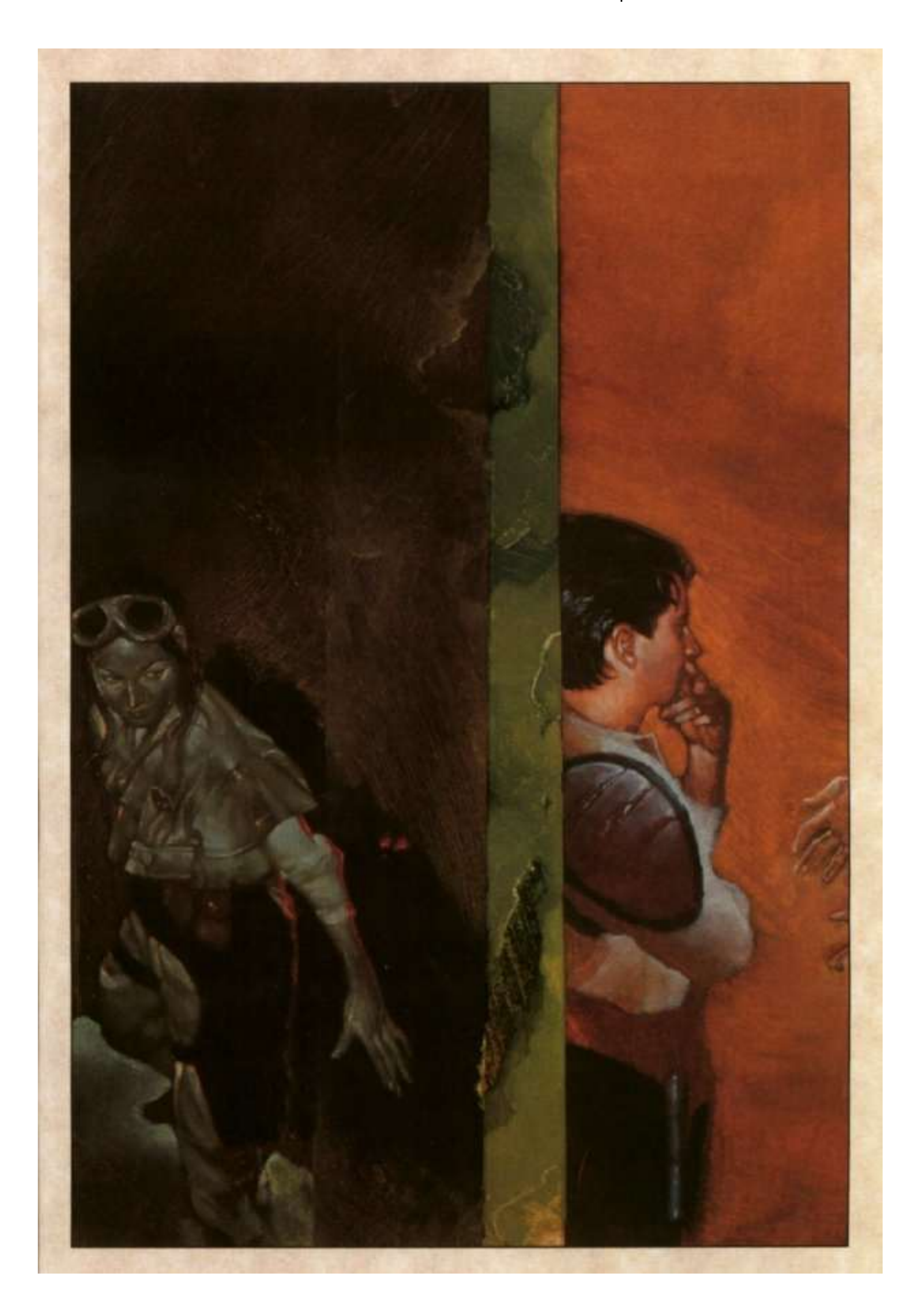
—Sí, si se lo mereciera. ¿Qué estás insinuando?

Mon Mothma se volvió. Sus ojos se encontraron.

—Katarn ha mentido. El oficial del holo se llama Meck Odom. Era amigo de Katarn en la Academia, su único amigo.

Jan se debatió con emociones en conflicto.

—¿Y? Tal vez eso signifique algo o tal vez no. No olvides las vidas que perdonó en el asteroide, o sus acciones en el *Estrella*. Por no mencionar el hecho de que los imperiales asesinaron a su padre.



Mon Mothma se volvió de nuevo hacia el ventanal.

—Sí, pero, ¿y si todo fue planeado? La cabeza en Sulon pudo ser falsificada. ¿Y si su padre está vivo? ¿Mantenido prisionero para asegurar las acciones de Kyle? ¿Y si todo esto es parte de un complejo plan para colocar a un espía en nuestras filas? El Imperio es capaz de eso y más. Quiero que sigas a Katarn, observes todos sus movimientos, y le mates si cambia de bando. ¿Podrás hacerlo?

Jan asintió.

—Si tengo que hacerlo, lo haré. Pero, ¿entonces qué?

Mon Mothma se volvió para tomar las manos de Jan entre las suyas.

—La única cosa mejor que un plan bien diseñado es un plan de reserva bien concebido. Nuestras fuerzas en Toprawa también tienen una oportunidad de hacerse con los planos de la Estrella de la Muerte. El problema es que, si bien los planos de Toprawa incluyen el diseño del casco de la estación de combate, y la infraestructura de soporte vital, los planos de Danuta incluyen esquemas de ingeniería adicionales, y, si tenemos suerte, un mapa completo de los emplazamientos de armas ofensivas y defensivas. Necesitamos ambos juegos para asegurar el éxito.

—Podrías enviar a algún otro. A alguien como yo.

Mon Mothma negó con la cabeza.

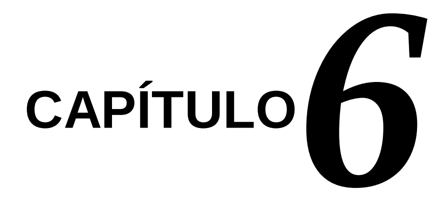
—Katarn era uno de ellos... sabe cómo piensan. Además, un hombre tiene más posibilidades de entrar en lo que debe ser una instalación predominantemente masculina.

Jan dejó ir las manos de Mon Mothma. Sus siguientes palabras adquirieron un deje de acusación.

—Y Kyle es prescindible.

Mon Mothma permitió que sus manos cayeran... El resentimiento en los ojos de Jan era fácil de ver. Como lo era su lealtad a la Alianza.

—Sí, Jan. Kyle es prescindible. Todos lo somos.



CAPÍTULO 6

Kyle se sentía solo y deprimido mientras se abría camino a través de un laberinto de pasillos, pasadizos y ejes hacia la cubierta del hangar. A pesar del hecho de que se le había concedido aquello que esperaba, la oportunidad de unirse a la Alianza, no había nada de la amistosa camaradería que había esperado. Sólo una misión imposible, un apoyo mínimo, y una separación de caminos no muy emotiva. Sí, Mon Mothma había estrechado su mano, y Jan le había enviado un correo electrónico: "*Tengo una nueva misión, siento no poder verte partir... mucha suerte*".

Bastante agradable, pero no el tipo de partida prodigada a los héroes que marchan. No en los holovídeos, en cualquier caso. Parecía que era y siempre sería un extraño. Ah, bueno, estaba por su cuenta, lo cual enviaba al infierno lo de recibir órdenes. Eso era algo de lo que estaba realmente cansado.

Una bocina sonó, Kyle se apartó del camino, y permitió que el carro automático pasara. El hangar estaba justo delante y entró en la esclusa principal. Un grupo de técnicos se amontonaron tras él mientras continuaban con su ruidoso debate. La discusión se centraba en torno a la cuestión de cuál de las comidas de la nave era peor... el desayuno, la comida o la cena. Kyle emitió un voto silencioso por el desayuno, sonrió cuando la cena ganó, y siguió a los hombres y mujeres hacia el hangar donde una avalancha de estímulos asaltó sus ojos, oídos y nariz.

Mientras que la cubierta del hangar del *Estrella* había estado a sólo dos tercios de su capacidad, ésta estaba repleta de cazas ala-X, lanzaderas de asalto, y una desconcertante variedad de otras naves. Era casi imposible escuchar sus propios pensamientos sobre el chirrido de los cortadores de energía, el ruido de las grúas, el zumbido de las llaves hidráulicas, y los anuncios realizados a través del sobre amplificado sistema de megafonía.

Eso no era todo, mientras que Kyle se había encontrado sólo con el olor ocasional de ozono a bordo del crucero, ahora inhalaba un rico amalgama de gases de escape, pintura fresca, metal sobrecalentado, agentes adhesivos, compuestos de limpieza, y lubricantes. El efecto global era abrumador.

Kyle vio un letrero que decía "JEFE DE CUBIERTA", junto con una flecha que indicaba el camino. La primera flecha llevaba a una segunda flecha, y así sucesivamente, hasta que llegó al borde de una zona con rayas amarillas y negras de "no aparcar". Un exoesqueleto mecánico de diez metros ocupaba el centro del espacio. El operador era casi invisible tras su jaula protectora. Gritaba instrucciones amplificadas a un operador de grúa por encima que levantó un pulgar a modo de respuesta. Su incapacidad para comunicarse vía comunicador parecía extraña, pero estaba en consonancia con el ambiente general. El distintivo en la parte frontal de la placa pectoral del exoesqueleto ponía "JEFE DE CUBIERTA".

Kyle avanzó saltando por encima de un cable de energía, pasó agachado por debajo de un ala, y entró en el área rayada. Un mon calamari, un wookie, y un humano estaban en fila delante de él. Pasaron quince minutos hasta que su turno llegó. El JC se elevaba como una torre por encima de Kyle y su voz retumbaba como un trueno.

—No pidas un droide de mantenimiento. Están muy ocupados ahora mismo.

Kyle negó con la cabeza.

—No, señor. Estoy aquí para seleccionar una nave.

El JC negó con la cabeza.

—No te oigo, espera —Kyle observó con alarma cómo un par de brazos mecánicos bajaban, lo sujetaban por el torso, y lo levantaban. El JC tenía las cejas pobladas, los ojos inyectados en sangre, y una barba de al menos tres días—. Ya está, mucho mejor. ¿Decías?

Kyle lo dijo de nuevo. El JC levantó una ceja.

—¿Seleccionar una nave? ¿Qué crees que es esto? ¿Un supermercado? ¿Tienes un vale?

La tarjeta de datos estaba en el bolsillo derecho del pantalón. Kyle se sintió más que un poco ridículo mientras la buscaba y la encontraba. ¿Estaba todo el mundo mirándole? ¿O este tipo de cosas eran tan comunes que nadie prestaba atención?

El JC bloqueó los brazos mecánicos en su lugar y utilizó las versiones de carne y hueso para coger la pieza de plástico. La terminal montada en su jaula protectora se tragó el rectángulo y lo escupió de nuevo. Unos caracteres aparecieron con luz mortecina, se estabilizaron, y se desplazaron por la pantalla. El JC leyó, sacudió la cabeza con disgusto, y gruñó acerca de los "cabezas metálicas del puente".

Kyle, que estaba acostumbrado a un ambiente en el que los superiores nunca eran objeto de crítica, ni siquiera de broma, debió parecer preocupado, porque el jefe de cubierta decidió explicarse.

—Los tipos con ropa civil rara vez devuelven las naves que toman prestadas, o si lo hacen, pasamos semanas parcheando el daño de combate. No sé dónde demonios vais, o lo que hacéis por ahí, pero es malo para mi inventario. Toma... echa un vistazo a esas, y sea cual sea la que elijas, ten mucho cuidado con ella. La Alianza deducirá los daños de tu salario.

Kyle no tenía un salario por lo que sabía, aun así sonrió cortésmente. El jefe de cubierta rio y bajó a Kyle.

Aliviado por tener ambos pies en la cubierta de nuevo, Kyle escaneó el listado. Vio tres números de casco y los espacios donde estaban estacionadas las naves. Diecinueve, doce, y tres. Dejó la zona de no-aparcar, encontró un número de aparcamiento, y se abrió camino a través de una línea de ala-X. ¿Podría ser? Eran cazas enérgicos en todos los sentidos, y le encantaría pilotar uno. Asumiendo que estuviera a la altura de las circunstancias. Los estudiantes de ingeniería eran entrenados para pilotar una amplia variedad de naves de apoyo, pero estaban limitados a treinta horas en cazas TIE. Sin embargo, Kyle estaba perfectamente dispuesto a aprender, y nada le gustaría más que su propio elegante monoplaza.

Los números disminuían y las esperanzas de Kyle decaían con ellos. Una lanzadera que parecía un montón de chatarra ocupaba el veintidós, seguida por una mancha de grasa en el veintiuno, y una cápsula de escape en el veinte. El corazón de Kyle se hundió cuando inspeccionó el yate pre-imperial que ocupaba el sitio diecinueve, la nave correo que reposaba en el doce, y el carguero ligero corelliano que descansaba en el tres. El *Lamentable* no estaba en ningún lugar a la vista, pero habría sido preferible.

Kyle suspiró decepcionado, regresó al yate, y comenzó una larga inspección de motores, casco, armamento, sistemas de soporte vital y controles en cada una de las tres naves. Era un proceso laborioso pero necesario, ya que su vida dependería de la decisión que tomara.

Finalmente, con todos los hechos que pudo reunir ante él, la elección fue bastante simple. A pesar del hecho de que la nave en la ranura tres parecía como si hubiera estado rebotando alrededor del interior de un cinturón de asteroides durante un mes o así, ésta tenía sólo diez años de edad, y era corelliana. Un buen comienzo para cualquier nave. También le gustaba el hecho de que sus motores habían sido modificados sólo tres meses antes, sus generadores de escudo probaban un noventa y seis por ciento de efectividad, y sus cuadernos de bitácora estaban al día. Por último, pero no menos importante, estaba el hecho de que se relacionaba con el nombre pintado a lo largo de ambos lados de su cicatrizada proa: el *Cuervo Oxidado*. Sonaba a lo que te hacía sentir... como un pájaro que ya no era aceptado por su bandada.

Kyle registró su elección, presentó solicitudes para ochocientas setenta y ocho piezas de equipamiento que iban desde un ordenador de navegación reacondicionado hasta papel higiénico... y se le concedieron quinientas veintisiete de ellas. Eso dejó una brecha de trescientos cincuenta y uno elementos que él redujo a doscientos cuarenta y cinco mediante el “préstamo” de ciento seis herramientas, piezas y componentes de almacenes y naves circundantes, una actividad que él pensó que no fue detectada, pero que estuvo controlada por Jan Ors y tolerada por el JC a petición de ella.

Y así fue como seis días y siete horas después de haber sido alistado en la Alianza, Kyle Katarn partió hacia lo que parecía ser una tarea altamente improbable. Dos mujeres lo vieron alejarse. Una centrada en la importancia de su misión. La otra centrada en él.



Como la mayoría de su tipo, la nave correo había sido diseñada para la velocidad, con escasa atención a la comodidad. Jan subió a bordo, descubrió que la piloto era poco más que una adolescente, y le hicieron gracia las trenzas que llevaba. La piloto aceptó la bolsa de la agente, gruñó entre dientes acerca de las mujeres que llevaban demasiado maquillaje, e introdujo la bolsa en una pequeña taquilla.

Jan consideró decirle la verdad, que la bolsa contenía células de energía para sus armas, una media docena de granadas, dos cuchillos, una onza de plitex, un garrote, una ganzúa, electrobinoculares, un par de comunicadores, y un cepillo de dientes, pero decidió dejar pasar el asunto.

La piloto se volvió.

—¿Estás lista?

Jan sonrió.

—Siempre.

La muchacha asintió.

—Bien. Ahora vamos a dejar un par de cosas claras. Respondo a "Jes", no a "Jessica", no a "querida", y no a "cariño". Esta es mi nave, la llevo a mi manera, y no necesito ningún consejo de polizones holgazanes. ¿Lo captas?

Jan mantuvo una cara seria.

—Lo capto.

—Bien. Abróchate, mantén la boca cerrada, y contén tu almuerzo. Estarás en Danuta antes de que te des cuenta.

Jan se sujetó las correas en la posición de copiloto, pensó en Kyle, y se preguntó cómo lo llevaría. Si la piloto era la mitad de buena de lo que decía ser, y si la nave correo era la mitad de rápida de lo que se suponía que era, tomaría tierra un día antes que él, y tendría un montón de tiempo para hacer un reconocimiento. La escotilla se selló, Jes dio potencia a los motores, y las estrellas la atrajeron.



El viaje a Danuta duraba cinco días. El ordenador de navegación manejaba la mayor parte del pilotaje. Cuando no estaba dormido, o profundamente enfrascado en algún procedimiento de mantenimiento, Kyle se encontraba en una profunda montaña rusa emocional, pero trataba de reunir sus fuerzas mentales.

Tuvo mucha fuerza mental cuando la misión comenzó, pero ese período duró muy poco. Cuanto más pensaba en la misión, más problemas descubría, hasta que eran como mynocks que succionaban el valor de sus huesos.

La solución obvia era idear un plan que se ocupara de los problemas potenciales, y por lo tanto los derrotara... en su mente al menos. Pasaba mucho tiempo construyendo escenarios ingeniosos, con sus esperanzas en aumento mientras tomaban forma, sólo para

encontrarse con barreras tan grandes, tan infranqueables, que todo se derrumbaba. Finalmente, después de horas de trabajo frustrante, se vio obligado a enfrentarse al hecho de que carecía de información suficiente. Las respuestas, asumiendo que hubiera alguna, esperaban en Danuta. El aire susurraba a través de las rejillas de ventilación del *Cuervo Oxidado*, la cubierta vibraba, y Kyle estaba solo.



Jan siguió al arrendador kubaz por unas escaleras serpenteantes y por un pasillo sucio hasta el apartamento 4G. El "4" había desaparecido, pero la agente había memorizado los rellanos y salidas de emergencia. Todo el edificio se sacudió cuando un carguero despegó. El arrendador, que había sido incapaz de alquilar este conjunto en particular de habitaciones desde que el último inquilino, un ribetiano con discapacidad auditiva, había sido asesinado el año anterior, trató de minimizar las incomodidades.

—A veces hay un poco de ruido... pero las vistas lo compensan.

Jan, sin darle en ningún momento la espalda, apartó una cortina. Miles de motas de polvo se liberaron, cayendo a través de la luz del sol que se filtraba, y se unieron a sus predecesoras en el suelo. La ventana era un producto local, y no había sido limpiada en mucho, mucho tiempo. La agente quitó el pestillo y empujó. Luz adicional se vertió en la habitación y el arrendador se ajustó las gafas protectoras en consecuencia. La exposición a las longitudes de onda rojas provocaba dolores de cabeza a los de su especie.

Jan consideró las vistas. La valla de seguridad del espaciopuerto estaba a sólo veinte metros de distancia. Más allá, tras una línea de naves aterrizadas, un carguero encendía sus propulsores y rugía a lo largo de la pista. Fue rápido y desapareció momentos después. La terminal del puerto era un pequeño edificio de una planta, y podría haber pasado por un almacén si no hubiera sido por la colección de antenas, y la batería de misiles tierra-aire que se encontraba en el extremo oeste del edificio. No había ninguna señal del *Cuervo Oxidado*.

El hedor de combustible, ozono y aguas residuales se coló por la ventana. El kubaz quiso activar un disco aromático, pero se lo pensó mejor. Tal vez, sólo tal vez, la humana fuera lo suficientemente estúpida como para coger el apartamento a pesar del hedor.

Jan se volvió hacia el kubaz, dejó caer algunas monedas en su mano rápidamente presta, y dijo:

—Un ambiente agradable. Me lo quedo —la bolsa, todavía cargada de munición, rebotó al chocar pesadamente contra la colcha manchada. Los agentes rebeldes tenían un dicho: "El hogar es donde descansas tu cabeza".

Danuta llenaba el ventanal de la nave y Kyle estaba sumergido en su primer descenso planetario cuando las alarmas de proximidad se dispararon. La razón fue rápidamente evidente. Dos cazas TIE imperiales, uno a cada lado de la nave, aparecieron de la nada. Una transmisión siguió. No hubo preliminares... sólo demandas.



—Nave patrullera orbital Rayo-X-dos-nueve-uno a carguero no identificado. Informe del nombre del oficial al mando, del número de pasajeros a bordo, de la carga si procede, del puerto de origen, y de sus asuntos en Danuta.

Las palabras tenían una cualidad cantarina, como si el piloto las hubiera repetido innumerables veces, lo cual probablemente había hecho. Kyle sintió su corazón dar un vuelco, se recordó a sí mismo que esos controles eran estándar, y abrió su micrófono. La historia la había ensayado numerosas veces, y, gracias a los expertos de la *Esperanza*, Kyle tenía las falsificaciones que la respaldaban.

—*Cuervo Oxidado* a Rayo-X-dos-nueve-uno imperial. Copiado... Mi nombre es Drexel, Dan Drexel, y yo soy la única persona a bordo. Mi puerto de origen fue Drog VI en el Sector Corporativo. Tengo un cargamento de piezas de alta prioridad para la Corporación Minera Brodsport. Rel Farley es el gerente allí... díganle que la primera cerveza corre de mi cuenta.

Farley era un simpatizante reb, o eso suponía Kyle, y estaría listo para confirmar la historia del agente. El silencio se prolongó mientras el piloto contactaba con Brodsport, o hablaba con su compañero en una frecuencia diferente, o se hurgaba la nariz. Kyle empezaba a sopesar sus opciones cuando el permiso llegó.

—Aquí Rayo-X-dos-nueve-uno. Tiene vía libre a Trid. Los vectores de aproximación se están cargando en su ordenador de navegación. Sígalos escrupulosamente. Estará más seguro así. Que tenga un buen día.

Kyle tomó nota de la amenaza, pero de cualquier forma sintió una tremenda sensación de alivio.

—Entendido... *Cuervo* fuera.

Los cazas TIE aceleraron, hicieron un arco, y se perdieron de vista. Kyle se permitió relajarse un poco, se puso en contacto con el control de tierra de Trid, y descendió a través de la atmósfera. Parecía como si una enorme manta marrón hubiera sido arrojada sobre la superficie del planeta. Era suave a primera vista, redondeada donde las colinas surgían, y arrugada donde había cañones.

Las tierras baldías dieron paso gradualmente a las granjas donde los resistentes colonos, hombres y mujeres como su padre, mimaban círculos de verde que brotaban de la dura tierra marrón. La luz del sol relucía en los techos metálicos, algunos vehículos añadían un toque ocasional de color, y una carretera de dos carriles conducía hacia Trid.

Las calles habían sido dispuestas de forma cuadriculada por los ingenieros de Brodsport, quienes veían la ciudad por lo que era; un pequeño y miserable puesto avanzado al que estaban atados durante no más que la duración de sus contratos. El resultado era una comunidad en la que las pocas sutilezas habían sido añadidas a posteriori.

El espaciopuerto se encontraba en el extremo oriental de la ciudad, la dirección que llevaba Kyle. Brillaba al calor de la tarde. Más allá de la pista de aterrizaje, y de la baja ciudad a la que pertenecía, Kyle vio un grupo de distintivos edificios de alto nivel, y supo

lo que representaban. El Centro de Investigación Imperial de Danuta, cuna intelectual de la Estrella de la Muerte, y, a menos que tuviera cuidado, el lugar donde moriría.

Dirigió la nave hacia abajo, desplegó las aletas, y disparó los retros. El *Cuervo* perdió altitud, pero muy lejos de todo, en el mismo borde del horizonte, el agente vio un enorme lago negro. Se encontraba bien dentro de la Reserva Militar Imperial, y no hacía falta ser un geólogo para ver que la superficie había sido calentada hasta un estado líquido, y se había dejado enfriar. ¿Por qué existía tal cosa? A menos que fuera el resultado de un experimento de algún tipo. Kyle imaginó un superláser lo suficientemente potente como para perforar a través de la corteza planetaria y se estremeció involuntariamente.

Entonces, con el parloteo del control de tierra de Trid en sus oídos y el pitido del ordenador de navegación en solidaridad, cortó el avance de la nave, la detuvo, y encendió los repulsores. Las fuerzas se igualaron y la nave flotó. Kyle comprobó la configuración del terreno, vio cómo estaban dispuestos los espacios, y se bamboleó de lado.

La guía de tierra automatizada fue pintada una vez, pero fue mucho tiempo atrás, y la mayor parte del recubrimiento se había desgastado, dejando islas de naranja. Kyle siguió a la máquina moteada al espacio veintitrés donde aterrizó entre un saltador automático que llevaba marcas gubernamentales y una lanzadera de Brodsport.

El otro extremo del espaciopuerto, la parte que estaba densamente adornada con señales de “no entrar” y vigilada por un escuadrón de soldados de asalto, era el hogar de seis cazas TIE cuidadosamente mantenidos, todavía brillantes tras el lavado de la mañana. Un buen lugar a evitar.

Kyle ejecutó los procedimientos de apagado, se aseguró de que los indicadores estaban en verde, y preseleccionó la secuencia de puesta en marcha de emergencia. Cuando se fuera, si se iba, había muchas posibilidades de que estuviera en un apuro. El agente de aduanas local utilizó una llave hidráulica para dar unos golpes sobre la escotilla ventral, Kyle se deslizó en su personaje de Dan Drexel, y se apresuró a bajar la rampa. *Sobornar o no sobornar, he ahí la cuestión.* No es que hubiera muchas dudas.

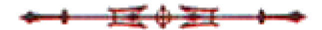


El ruido, combinado con la forma en que el edificio temblaba, despertó a Jan de un sueño incierto. Bajó sus botas del alféizar de la ventana, las patas delanteras de su silla golpearon el suelo, y luchó por enfocar sus ojos. Aunque no estaba especialmente ajetreado en comparación a los estándares de un planeta como su Alderaan nativo, que tenía múltiples puertos mil veces más grandes que el de Trid, la zona era bastante activa, y ella ya había supervisado las idas y venidas de al menos cincuenta naves, sin contar los cazas TIE ni los vehículos atmosféricos. Así que estuvo gratamente sorprendida al ver al *Cuervo Oxidado*, y, después de que asegurara la nave, a Kyle Katarn. Los electrobinoculares vacilaron enfocándose sobre la pista, centrándose en el agente, y amplió la resolución.

Parecía alto y atlético mientras hablaba con el agente de aduanas local, se dieron la mano, y comprobó los patines de aterrizaje del *Cuervo*. ¿Qué le gustaba de él de todos modos? Además del hecho de que le había salvado la vida. ¿Era la mirada de determinación en sus ojos? ¿La fuerza de sus manos? ¿O la risa, que llegaba tan raras veces que ella se encontraba a sí misma esforzándose para que riera? No estaba segura.

Kyle terminó su inspección, selló la escotilla ventral, y se dirigió a la terminal. La acción fue suficiente para recordarle a Jan la misión que había aceptado y las posibilidades implicadas. ¿Y si Kyle era un espía, enviado para destruir todo por lo que ella luchaba? Su resolución se endureció.

Jan se aseguró de que sus armas estaban cargadas, estableció el mecanismo de autodefensa de su bolsa, y se abrió paso hacia el rellano. El objetivo había llegado. Tenía trabajo que hacer.



Habiendo inspeccionado ya la ciudad desde el aire, Kyle no estaba especialmente sorprendido por la descuidada sordidez de Trid. Al igual que en muchos planetas, los clubes nocturnos, locales de striptease y restaurantes baratos estaban codo con codo al espaciopuerto, y los armadores, proveedores y casas de piezas estaban en la misma calle.

La arquitectura del lugar podía ser bien descrita como prefabricada imperial con un toque de mundo colonial del Borde. Los ejemplos podían verse en las jardineras de colores que colgaban de los balcones de segunda planta, las barras de hierro forjado que protegían las ventanas de las plantas bajas, y la fuente de agua llena de basura que adornaba la plaza de la población.

Los ciudadanos eran igual de básicos. Podían clasificarse en seis categorías: empleados por contrato, que lucían gorras con logotipos de Brodsport en ellas; endurecidos colonos con las manos encallecidas; académicos, cuyas ropas parecían muy fuera de lugar; basura espacial como Dan Drexel, a la espera de partir; un surtido de alienígenas, ninguno de los cuales parecía muy feliz; y soldados de asalto que iban a todas partes en parejas. En parte por motivos de seguridad, y en parte para poder vigilarse entre sí.

Los soldados dieron a Kyle más motivos de preocupación, ya que ahora era buscado. Podrían (o no) haber visto su cara durante la última sesión informativa. Su presencia, y el hecho de que no podía ver sus ojos, le recordaban a Kyle la medida en la que el Emperador gobernaba a través del miedo. Se acordó de lo que se sentía al ser tan poderoso, y llegó a la enfermiza conclusión de que él lo había disfrutado.

Kyle esperó a que pasara rugiendo una combinación de tractor y remolque, bajó de la acera, y cruzó la plaza. Aunque cuidando parecer casual, Kyle tenía un destino en mente, y se dejó llevar en esa dirección. La posibilidad de que pudiera echar un vistazo al centro de investigación y descubrir una forma de entrar era más que un poco remota, pero lo intentaría.

A medida que Kyle se trasladaba hacia el oeste, siguiendo el sol de la tarde, los alrededores comenzaron a cambiar. Los edificios adoptaron un aire residencial y parecían más prósperos. A juzgar por la limpieza en general, y los niños que jugaban en la calle, este barrio en particular había sido reservado para el personal de investigación y sus familias. Esto era algo que Mon Mothma había olvidado mencionar, lo cual podría haber sido utilizado de apoyo para una incursión de comandos.

Un complejo plan que implicaba el secuestro de un científico y el uso de sus credenciales para entrar fue evaluado y descartado. La simplicidad era la clave, junto con una buena dosis de suerte.

Kyle sintió una presión contra su espalda. Parecía como... ¿qué? ¿Alguien observándolo? Pero eso era absurdo... ¿verdad?

Un sórdido caf ocupaba parte de la acera cuidadosamente barrida y presentaba una oportunidad para descansar, tomar algo, y comprobar sus espaldas. Kyle sonrió a la anfitriona (parecía no tener más de doce años) y la siguió a una mesa recubierta de plástico. Quitó los platos del ocupante anterior y prometió volver. Kyle se sentó, se volvió hacia el este, y examinó la calle.



Jan dobló una esquina, dio dos pasos hacia delante, y supo que algo iba mal. Kyle había desaparecido, no, allí estaba, sentado en la acera. Sacó un cartel de se busca de su bolsillo, hizo como que el rostro de Kyle era un mapa callejero, y volvió sobre sus pasos. La esquina bloqueó la vista de Kyle pero la pregunta permaneció: ¿La había visto Kyle? Y si lo había hecho, ¿había reconocido su rostro?



Kyle frunció el ceño. Había habido algo familiar en la figura distante que había vislumbrado, pero no estaba seguro de qué. ¿Alguien de la ciudad?

Probablemente, pero resolvió mantener los ojos abiertos por si acaso. Acarició el bláster para reafirmarse. Era nuevo, pero no demasiado nuevo, y estaba guardado en una funda a mano cambiada. Era más rápido así, pero incómodo cuando te sentabas. Las armas cortas, e incluso las armas pesadas para el caso, eran comunes en planetas como Danuta.

Kyle terminó su bebida, dejó algunas monedas sobre la pegajosa mesa, y reanudó su reconocimiento de la zona.

El área residencial era relativamente pequeña y rápidamente daba paso a una zona de seguridad cuidadosamente mantenida, completada con cámaras de vigilancia montadas en postes, droides de reconocimiento, emplazamientos de armas, y una valla metálica de cuatro metros de altura rematada con alambre de púas. Los edificios eran bajos y robustos, al menos la mitad de ellos estaba bajo tierra, y estaban afianzados contra

ataques. Recordó el holo de Mon Mothma y se maravilló ante la valentía del espía. Lo cual elevó una pregunta interesante; ¿qué le pasó a ese agente? ¿Y por qué no se le pidió a él o ella que recuperara los planos? La respuesta parecía obvia.

Kyle bordeó el perímetro de seguridad por un tiempo, caminando a paso rápido, como si hiciera ejercicio, y supo que no estaba vestido para ello. La puerta principal era masiva, completada con un puesto de guardia, por lo menos una docena de soldados de asalto, un AT-ST, y un par de vehículos terrestres blindados. No era el tipo de defensa que quisiera poner a prueba.

Cuidadosamente para no llamar la atención sobre sí mismo, Kyle se volvió hacia el este, eligió lo que parecía ser una calle tranquila, y la siguió hacia la ciudad. El reconocimiento había confirmado sus peores temores. El complejo de investigación era esencialmente impenetrable. La única forma en que una persona no autorizada podría entrar era si alguien le *permitía* entrar.

El hecho de que Kyle conociera a alguien destinado en el interior de la zona protegida lo había atormentado desde que había visto el rostro de Meck Odom en el holo de Mon Mothma. Forzar una elección entre la amistad y el deber, colocar a Odom en un peligro terrible, iba en contra de todo en lo que Kyle creía. Después de todo, ¿qué podía ser más bajo que eso? Por otra parte, ¿y los millones, los miles de millones puestos en riesgo por la Estrella de la Muerte? ¿Qué pensarían ellos de su dilema moral? Conocía la respuesta.

Sus pies parecieron estar en automático el resto del viaje, mientras avanzaba de vuelta a través de Trid. El sistema de seguridad del *Cuervo Oxidado* indicó que había habido no menos de tres intentos de entrar en la nave desde que se había ido, ninguno de ellos exitoso. Kyle revisó los vídeos grabados por lentes del tamaño de un remache, desestimó a los aspirantes a ladrones como delincuentes comunes, y reinició el sistema.

Una vez sellado, el casco era una protección más que adecuada contra el ruido y el hedor del espaciopuerto. De hecho, si no hubiera sido por la vibración generada por las naves que utilizaban la pista, no habría sido consciente de sus idas y venidas. Su cena, comprada a un vendedor ambulante y llevada de regreso a la nave, estaba deliciosa. Especialmente después de cinco días de alimentos deshidratados. La devoró, bebió un litro de agua de manantial local, y se echó en el camastro. El sopor llegó rápido... al igual que los sueños.

Había intercambiado su lugar con el de un rebelde de nuevo en el asteroide. La escotilla era un punto natural de defensa. Había tantos soldados de asalto que era imposible fallar. Los cuerpos fueron apilados sobre más cuerpos hasta que bloquearon el pasillo. Fue entonces cuando cesó el combate, los médicos quitaron los cascos, y Kyle comenzó a gritar. Cada uno de los cuerpos tenía la cara de Meck Odom.



Teniendo en cuenta el hecho de que Kyle había pasado la noche a bordo del *Cuervo Oxidado*, y ella la había pasado dentro de los confines de su miserable apartamento, Jan

asumió que él había dormido mejor que ella. Por eso se sintió resentida cuando él optó por un comienzo tempranero y la obligó a ella a hacer lo mismo. Dobló la esquina alrededor del extremo oeste de la pista justo a tiempo para verlo salir de un restaurante. El desayuno de ella, que había consistido en una taza de té comprada a la carrera, la había dejado con hambre.

Aun así, era interesante verlo en movimiento, sobre todo después de las divagaciones poco concluyentes que realizó el día anterior. ¿Qué estaba tramando? Asumiendo que un agente sin ninguna formación real y sin experiencia alguna tuviera un plan.

Kyle se detuvo para obtener direcciones de un vendedor ambulante, se dirigió hacia una calle lateral, y encontró lo que creía que era la dirección correcta. Se dio la vuelta, no vio nada sospechoso en la mujer que miraba fijamente un escaparate, ni en el hombre echando la basura, ni tampoco en el droide que zumbaba avanzando por la acera. Entonces, después de haber comprobado una vez más que estaba en el lugar correcto, el agente subió un corto tramo de escaleras y desapareció dentro.

Había un grabado sobre la destartalada puerta y Jan se esforzó por ver lo que era. Parecía como una rueda, con complicados rayos irradiando desde el centro. Jan tenía la sensación de que había visto antes ese símbolo, pero no podía ubicarlo.

Una cosa buena de la situación fue el hecho de que le permitió comprar un panecillo dulce en una tienda cercana. Estaba lamiéndose el glaseado de los dedos cuando Kyle salió. Exploró la vecindad general, no pudo verla a través de la ventana de vidrio, y se dirigió al distrito de negocios.

Eso dejó a Jan con un dilema: Podía seguir a Kyle, y ver dónde iba, o investigar el edificio y averiguar por qué había ido allí.

Optó por la segunda alternativa, esperó hasta que él estuvo fuera de vista, y subió las escaleras. La puerta se abrió mediante unas bisagras bien engrasadas, unas campanas sonaron, y el olor a incienso llenó sus fosas nasales. El monje ortolano tenía un hocico largo, orejas flexibles, y dos ojos en forma de disco. Su brillante pelaje azul contrastaba con la túnica azafrán que vestía.

—¿Puedo serte de ayuda? —su voz era suave pero audible sobre el canto distante.

Una rueda de la vida, un monje, y el sonido del canto. Todo llegó a la vez a su mente. Se había establecido un templo en el edificio. Había miles de religiones dentro del Imperio, y mientras que Palpatine desaprobaba muchas, la mayoría eran toleradas siempre y cuando se mantuvieran apolíticas. Jan sonrió.

—No, gracias. Me he equivocado de puerta.

El monje se inclinó.

—Hay muchas puertas... y muchos caminos tras ellas. Ve en paz.

Jan se inclinó, sabía que no encontraría mucha paz, no por un tiempo de todos modos, y regresó a la calle. Miró hacia atrás por encima del hombro. ¿Qué tenía que ver un templo con Kyle? ¿O con la Estrella de la Muerte imperial, ya que estamos? Podría haber preguntado, pero, ¿y si el monje avisaba a Kyle? Él reconocería su descripción en un segundo. No, mejor esperar y observar.

Jan dio tres pasos y se detuvo. ¿Y si había sido engañada? ¿Y si Kyle había sido mucho mejor entrenado de lo que ella pensaba, sabía que ella lo estaba siguiendo, y estaba determinado a perderla? No parecía probable, pero todo era posible. Especialmente con un agente doble.

Jan echó a correr. Se dirigió calle abajo, dobló la esquina, y emergió en la calle principal. Se detuvo y miró a ambos lados. ¿Dónde había ido? ¿Qué estaba haciendo? La respuesta, una vez que la tuvo, fue decepcionante. Kyle, al parecer a sus anchas, paseaba hacia su nave.



Mucha gente había ido entrando en la Luna Azul durante la última hora más o menos. Viajeros espaciales en su mayoría, con un fondo de colonos, y alienígenas sin otro lugar adonde ir.

Un espejo abarcaba toda la longitud de la sala, su superficie manchada de insectos era apenas visible entre botellas, jarras, decantadores, calabazas, y barriles de compresión acumulados frente a ésta. El propietario del club llevaba un delantal sucio, y pulía la misma sección de la barra una y otra vez, como si el hacerlo le trajera suerte.

En la parte delantera, donde podía ser vista a través de la ventana, una bailarina se sacudía y bamboleaba a su manera en su tanda de dos horas, con el rostro vacío de toda expresión, con los ojos muy lejos de allí.

Más atrás, sentados alrededor de una mesa demasiado pequeña, había un grupo de granjeros, sus vasos vacíos se apilaban frente a ellos, miraban lascivamente a la bailarina, y se jactaban de proezas que nunca habían llevado a cabo.

Kyle, quien ocupaba una de las alrededor de diez cabinas que se alineaban en la pared opuesta a la barra, dividía su atención entre la bailarina y la entrada. No porque la bailarina fuera especialmente atractiva, sino porque era un lugar legítimo donde mirar. Lo último que quería en ese momento era a un borracho diciéndole "¿qué estás mirando?". La tarde y noche temprana habían transcurrido lentamente, muy lentamente, y Kyle estaba nervioso. Tan nervioso que mantenía el bláster acunado en su regazo. Una vez que tomó la decisión de colocar a su amigo en peligro, el resto fue fácil. Las llamadas por comunicador casi seguro que eran monitorizadas, al igual que el correo electrónico, lo que dejaba el boca a boca. El hecho de que Odom fuera religioso casi seguro que lo llevaba a visitar el templo local, eso ofrecía un camino para las comunicaciones.

Ahora, con los eventos en marcha, a Kyle le preocupaba que algo fuera mal. ¿Y si Odom no había ido al templo hoy? ¿O esta semana? ¿Cuántos días podría esperar? O peor aún, ¿y si Odom había ido al templo y ahora entraba por la puerta respaldado por media docena de soldados de asalto? La gente cambia. Odom podría haber cambiado. La Luna Azul tenía una puerta trasera, se había asegurado de eso, así que estaría preparado.

Pasó casi una hora entera, Kyle pidió ronda tras ronda de bebidas no alcohólicas, y rechazó dos ofertas de compañía femenina.

Finalmente, cuando ya estaba dispuesto a darse por vencido, Odom llegó. Llevaba ropa civil y parecía claramente incómodo.

Kyle se obligó a esperar, no vio nada sospechoso, y liberó la sujeción de su bláster. Odom escaneó la multitud y Kyle agitó una mano. Visiblemente aliviado, el oficial asintió, le dijo algo a la camarera, y se dirigió hacia la parte posterior. Su rostro reflejaba preocupación mientras se deslizaba en la cabina.

—¡Kyle! ¡Eres tú! Casi no vengo. Los tipos de seguridad ponen trampas a veces.

Kyle asintió sobriamente.

—Te has arriesgado mucho. Siento ponerte en peligro.

—¿Qué? ¿Y perder mi oportunidad de hablar con el miembro más infame de la clase? ¡De ninguna manera!

Kyle miró a su alrededor. Si alguien los estaba observando, lo escondía bien.

—¿Infame? ¿Por qué infame?

—Ahora verás —respondió Odom, sacando un pedazo de papel de su bolsillo—. Toma, echa un vistazo.

El papel estaba doblado. Kyle abrió el documento, lo aplastó contra la mesa, y se sorprendió cuando su propio rostro le devolvió la mirada. El Imperio había utilizado el holo del anuario de la Academia. Los crímenes de los que estaba acusado incluían deserción, traición, y asesinato. Se sintió vulnerable y resistió la tentación de mirar por encima del hombro.

—Yo no he matado a nadie. No intencionadamente, en cualquier caso.

Odom sonrió.

—¿Y el resto?

—Culpable de los cargos.

—Lo que nos lleva hasta el presente.

—Sí.

—Sé que me arrepentiré de esta pregunta. Pero, ¿en qué me estoy metiendo?

Kyle se lo explicó.



Jan esperó fuera de la Luna Azul, vio entrar a Odom, y se sintió enferma en su interior. Mon Mothma tenía razón. Kyle estaba a punto de reunirse con el oficial que había negado conocer. ¿Por qué? ¿Qué estaban planeando? Su trabajo era averiguarlo.

Jan se movió a lo largo del lado del edificio hacia la puerta trasera. Un borracho apareció de entre las sombras y ella lo empujó a un lado. Él retrocedió y cayó en unos arbustos mal cuidados. Hizo caso omiso de sus peticiones de ayuda, dobló la esquina, pasó por encima de un charco de vómito, y subió por las escaleras de servicio. Las bisagras chirriaron cuando empujó la puerta y entró. Los lavabos olían a orina y la agente hizo una mueca. Hubo aplausos poco entusiastas mientras la bailarina se inclinaba para recoger sus propinas y una banda de cuatro piezas comenzaba a tocar.

La agente divisó a Odom, vio la espalda de Kyle, y se dirigió a la cabina contigua. La camarera la vio, se registró alarma en su rostro, y se apresuró a intervenir. Al menos dos clientes por cabina después de las 8:00, el propietario era estricto en cuanto a eso, y ella también. Una media docena de pulseras tintinearon mientras se abría camino a través de la sala.

Jan permitió ser interceptada, sonrió inocentemente, y mostró cinco dedos.

—Somos un grupo de seis. El resto vendrán en breve.

Aliviada, y optimista acerca del turno de tarde, la camarera volvió a su puesto. Jan se esforzó en oír. Era difícil, sobre todo después de que la banda cambiara a una versión de "Placer del Borde", y los clientes comenzaran a aplaudir. Sin embargo, oyó retazos, incluyendo la promesa de Kyle de mantener la identidad de Odom en secreto, y "la necesidad de construir una historia creíble".

La reunión terminó después de alrededor de treinta minutos. Odom se fue a través de la puerta principal, y Kyle se dirigió a la parte trasera. Jan pagó su bebida, aflojó el bláster, y le siguió. Su corazón latía como un martillo percutor. Había matado a gente, más de la que quería recordar, pero nunca de esta forma. Nunca a alguien que conociera, y nunca a sangre fría.

La puerta se cerró tras Kyle y Jan la empujó abriéndola. Unos motores rugían a medida que una nave descendía hacia la pista a un cuarto de kilómetro de distancia. Miró a su alrededor. La zona parecía despejada, y la nave cubriría el ruido que hiciera. La posibilidad de que Kyle pudiera llevar una armadura corporal debajo de la ropa sugirió un disparo a la cabeza. Jan levantó su arma, adoptó una postura con las dos manos en el arma, y apuntó con cuidado.

El viejo Kyle habría sentido la presión contra la parte posterior de su cabeza y la habría desechado. El nuevo sacó su arma con un movimiento suave, se volvió, y comenzó a apretar el gatillo. Pero vio la cara de su aspirante a asesino, y se detuvo. Jan vio su vacilación, sabía que debería haber disparado, y maldijo su debilidad.

Kyle, incapaz de confiar en sus propios ojos, congeló el arma donde estaba, pero cerró la brecha entre ellos. Ella había estado preparada para matarle, eso estaba claro, pero, ¿por qué? El Imperio, sí, pero la Alianza supuestamente estaba por encima de estas cosas. Kyle sabía que debería disparar contra ella, debería abrir un agujero a través de su cerebro, pero no era capaz de hacerlo.

Recordó la primera vez que vio esos ojos, calmados incluso cara a cara con la muerte, centrados en algo que él no podía ver. Su brazo cayó y el bláster junto a él. Ella hizo lo mismo. Jan habló primero.

—Mereces morir, Katarn. Pero algún otro tendrá que hacerlo.

El rugido de repulsores se detuvo abruptamente cuando el piloto los desconectó. El relativo silencio hizo que sus palabras parecieran más fuertes. Kyle negó con la cabeza.

—Estás equivocada, Jan.

—¿Y qué hay de Odom? Le dijiste a Mon Mothma que no le conocías.

Kyle se encogió de hombros.



—Quería protegerle, dejarle fuera de esto.

—¿Y ahora?

—Lo he involucrado. No hay otro camino.

Jan enfundó su bláster. Un par de borrachos se tambalearon doblando la esquina, tropezaron, y se echaron a reír hilarantemente mientras se ayudaban entre sí por las escaleras. Ella buscó su cara.

—¿Por qué? ¿Por qué ayudaría él a nuestra causa?

Kyle apartó la mirada y luego se la devolvió.

—No lo sé a ciencia cierta. Amistad, sus creencias religiosas, es difícil de decir.

—¿Pero tú crees que lo hará?

—Estoy dispuesto a apostar mi vida en ello.

Hubo un silencio momentáneo. Jan pensó en lo que había estado preparada para hacer y se estremeció. Si lo hubiera matado, ¿habría sido un acto de fanatismo o patriotismo? ¿Cómo podrías diferenciarlo? La respuesta, si existía, se negó a llegar. Ella forzó una sonrisa.

—Vamos. Cenemos. Suponiendo que podamos encontrar un restaurante lo suficientemente oscuro como para ocultar tu cara. Yo invito.

CAPÍTULO 7

Le llevó tres horas a Kyle abrirse camino a través del barranco, encontrar un camino a través del laberinto de rocas, y llegar frente a la puerta marcada como “S-2”. Era de tres metros de altura y estaba construida de sólido duracero. Un cañón de energía podría abrir un agujero a través de ella, pero nada menos potente la dañaría.

Odom le había explicado que las puertas tenían designaciones con letras: E para el este, O para el oeste, N para el norte, y S para el sur. Cada punto de su perímetro rectangular tenía cuatro o cinco de estas aberturas para la comodidad de los equipos de mantenimiento y de seguridad que de otro modo serían forzados a depender de la puerta principal, lo cual sería un inconveniente como poco, y un peligro en caso de ataque.

Kyle consultó su crono, encontró que le quedaba una hora por esperar, y se metió detrás de una roca. Estaba dentro del rango de la cámara de vigilancia más cercana y sería vulnerable hasta que la oscuridad ocultara sus movimientos.

La ventana de oportunidad, la cual no duraría mucho tiempo, se produciría exactamente a las 2100 horas, cuando el oficial de guardia, Meck Odom en este caso, utilizara equipos de prueba a distancia para abrir y cerrar las cerraduras de las puertas. Sería durante esta prueba, mientras la puerta estuviera momentáneamente desbloqueada, cuando Kyle podría deslizarse dentro. Eso, combinado con la capacidad de Odom para anular momentáneamente los sistemas de seguridad colaterales, permitiría a Kyle penetrar el perímetro exterior. El resto le tocaría a él, y, suponiendo que consiguiera llegar al punto de extracción, a Jan Ors, con la que había acordado que le sacaría.

Kyle recordó la noche anterior, su renuencia mutua a matarse entre ellos, y sonrió. Su expresión se congeló cuando unas piedras se sacudieron cerca.

¿Qué era? ¿Un animal? ¿O algo más amenazador?

El agente quería investigar, pero sabía que no debía hacerlo. Fuera lo que fuese podría sentir sus movimientos. ¿Y qué? ¿Atacar? ¿Informar de su presencia? Cualquiera de las posibilidades sería desastrosa.

Kyle contuvo la respiración y mantuvo el bláster listo. Hubo un silencio, seguido de un sonido similar al primero, solamente que esta vez más cerca. Metal sonó contra metal, y luego se alejó.

Poco a poco, con la sangre martilleando en sus oídos, Kyle comenzó a respirar de nuevo. La máquina, cualquiera que fuera su finalidad, se había alejado.

El sol se hundía por el horizonte occidental, las estrellas aparecieron en el cielo, y Kyle se sintió muy, muy pequeño. Toda la misión era una locura. El miedo extendió sus dedos helados a través de sus venas. ¿Cómo manejaría un agente más experimentado un momento como este?

Kyle recordó los ejercicios de respiración que la Academia le había enseñado y puso el conocimiento a trabajar. Sus signos vitales se desaceleraron, la actividad cerebral se aplanó, y el tiempo se detuvo.

Kyle se sorprendió cuando sus ojos se abrieron, su crono marcaba las 2070 horas, y el momento estaba cerca. Las ampliamente espaciadas luces verde-azuladas del perímetro se habían encendido en algún momento de la última media hora. Lanzaban un brillo fantasmal a través de las rocas.

Maravillándose de lo descansado que estaba, Kyle se volvió hacia la valla e hizo algunos estiramientos. Entonces, confiando en que su cuerpo respondería de la manera en que se suponía que debía hacerlo, el agente avanzó hacia la cerca. No se había movido más de un metro o dos cuando un droide de seguridad apareció en la distancia. Flotaba a un metro del suelo y estaba montado con al menos tres blásters automáticos y un par de focos de luz controlados de forma independiente. Se desplazaban atrás y adelante, sondeando las sombras en busca de intrusos, verificando la integridad de la valla.

Kyle sopesó sus opciones. La cerradura se abriría en un poco más de siete minutos. El droide se desplazaba quizá a dos o tres kilómetros por hora. No había manera de evaluar con precisión las variables, por lo que tendría que conjeturar.

Kyle apretó los dientes, resuelto a permanecer agachado, y agachado avanzó lentamente. Gravilla suelta hacia ruido contra sus botas, sus sentidos parecían inusualmente agudos, y el droide se hizo más grande.

El agente corrió por el camino de mantenimiento sin pavimentar que rodeaba la valla y se sumergió entre las sombras frente a la puerta. Una rápida comprobación le dijo que quedaban tres minutos. Más de lo que hubiera querido, pero un equilibrio necesario.

El droide se movió hacia delante, con los sensores escaneando, en busca de cualquier cosa fuera de los parámetros de lo que su programación clasificara como “normal”. ¿Era la máquina más rápida ahora? ¿O sólo lo parecía?

Fuera cual fuera la verdad, Kyle sabía que el droide lo divisaría antes de que se abriera la cerradura, suponiendo que eso ocurriera.

Desesperado, e incapaz de llegar a una mejor alternativa, Kyle rebuscó por el suelo, encontró una piedra del tamaño de su puño, y la levantó. La tiró tan fuerte como pudo, no al droide, pero sí por encima de la carcasa de su CPU, con la esperanza de hacer saltar el detector de movimiento, o en su defecto, generar algo de ruido.

La roca voló recta y centrada, aterrizó en la maleza, y provocó un deslizamiento de tierra en miniatura. El droide se volvió, dirigió sus focos hacia el ruido, y preparó dos blásters automáticos.

Kyle se volvió hacia la puerta, miró su crono, y vio los segundos finales consumirse. Entonces, justo cuando la lectura cambió de cincuenta y nueve a un doble cero, el agente escuchó un inconfundible *clic*. El corazón de Kyle estaba en su boca cuando agarró la manija en forma de T, la giró a la derecha, y empujó. La puerta giró abriéndose milagrosamente y Kyle se deslizó a través. Los focos del droide pasaron sobre la puerta sólo unos segundos después de que volviera a cerrarse.

Kyle se permitió una celebración de dos segundos, comparó su entorno con el mapa mental creado a partir de las descripciones de Odom, y empezó a correr. Medio kilómetro separaba la valla del complejo. Una patrulla de superficie peinaría la zona en quince minutos más o menos.

Eso le daba a Kyle un montón de tiempo para llegar al punto de entrada.

El conducto de ventilación fue idea de Odom. Al igual que los conductos similares que se encontraban por todo el complejo, el respiradero estaba destinado a recoger aire fresco y llevarlo a los subniveles de abajo. La seguridad se garantizaba mediante detectores de calor y movimiento montados en el interior de los conductos. El único problema era que un fallo de software persistente había desencadenado en una larga serie de falsas alarmas. Las solicitudes de reparación habían sido presentadas, y se actuaría sobre ello, pero eso fue hace ya una semana o más. Entretanto, las alarmas de esta fuente en particular eran ignoradas de forma rutinaria, proporcionando a Kyle la oportunidad perfecta.

El complejo apareció al frente. Kyle trepó a un banco, saltó un seto ornamental, y llegó frente a una pared de duracreto. El techo era bajo y de fácil acceso debido al hecho de que el noventa por ciento del edificio estaba bajo tierra. Kyle siguió la superficie vertical hasta una esquina, encontró las ranuras horizontales destinadas a hacer la instalación más interesante a la vista, y trepó mano sobre mano.

El techo era ancho y plano. Había una sustancia similar a grava que crujía bajo sus botas, un grupo de antenas, una pista de aterrizaje reforzada marcada con cuatro luces intermitentes, y sí, la parte superior de un conducto de aire.

Moviéndose en silencio, o tan silenciosamente como la grava se lo permitía, Kyle cruzó al otro lado de la cubierta. El conducto estaba protegido por una tapa en forma de pirámide para protegerlo de toda condición meteorológica. Su multiherramienta hizo un trabajo rápido con los tornillos... uno a cada lado del respiradero. Relucían a medida que golpeaban el techo.

Con los tornillos fuera, Kyle envolvió los brazos alrededor de la tapa metálica, dobló las rodillas, y empujó hacia arriba. Hubo una resistencia momentánea seguida de la libertad repentina cuando la cubierta se soltó.

Kyle colocó la estructura en el techo y se asomó al interior del conducto oscuro. Manoseó en su cinturón, encontró la vara luminosa, y la liberó. La escalerilla se hizo

evidente bajo la luz. El agente se volvió, sujetó la vara luminosa entre los dientes, y bajó al conducto. Encontró un peldaño con sus pies, probó el metal con su peso, y comenzó el descenso.

La luz oscilaba atrás y adelante sobre el metal desnudo a medida que Kyle se hundía en la oscuridad. Estaba comprometido ahora... y era, literalmente, a vida o muerte.



Jan había recuperado su bolsa del apartamento y usó mucho de su contenido para construir una pequeña bomba. Enterró el dispositivo cerca de la parte norte de la valla de seguridad. La explosión tendría lugar exactamente a las 2145 y debería ser suficiente para atraer al menos a algunas de las fuerzas de superficie del complejo principal. A continuación, a las 2200 horas, pasaría por encima de ese punto exacto con el *Cuervo Oxidado*, limpiaría la zona, y se dirigiría al punto de extracción. No era un plan especialmente complejo. Pero debería ser suficiente para el propósito.

Jan estaba a punto de entrar por la parte ventral del *Cuervo* cuando un movimiento le llamó la atención. Luces montadas sobre postes bañaron la zona directamente frente a la terminal. El agente de aduanas local estaba allí, como también media docena de soldados de asalto. El agente agitó una hoja de papel y gritó algo ininteligible. Los imperiales se volvieron, miraron en la dirección de Jan, y comenzaron a avanzar.

Jan corrió por la rampa, golpeó el botón de “retraer”, y se dirigió a la cabina de pilotaje. La batalla estaba a punto de comenzar.



Kyle vio un gran número 1 blanco y supo que había avanzado lo suficiente. La escalera continuaba hacia abajo a través de un agujero del tamaño de un hombre. Kyle se subió a la parrilla metálica prevista para tal efecto. La compuerta de acceso, también marcada con un gran 1 blanco, estaba frente a él. Habría guardias en este nivel, muchos guardias. Odom había hecho hincapié en ello.

Kyle sacó su bláster, tomó una respiración profunda, y tocó el interruptor de apertura. La puerta se abrió, apareció un comando, y Kyle disparó. El imperial se tambaleó, disparó un tiro al techo, y cayó. Sucedió tan rápido que no hubo tiempo para tener miedo.

Kyle enfundó su arma corta, agarró el rifle de asalto del imperial, y comenzó a avanzar por el pasillo. Las luces eran relativamente tenues y las paredes estaban desnudas. El agente sabía que tenía dos principales aliadas: la sorpresa y la velocidad. El truco consistía en hacer el máximo uso de ambas. La pared de la izquierda llevaba a una puerta, una puerta bastante importante, una a la que regresaría. Sin embargo, había otras cosas que hacer primero. Una sala de operaciones apareció a la derecha, un imperial se dirigió hacia el pasillo, y Kyle disparó.





Jan se mordía el labio mientras los motores se encendían, seguidos rápidamente por la navegación, armas y sistemas de soporte vital de la nave. La secuencia de puesta en marcha de emergencia era rápida, pero no tan rápida como ella quería que fuese.

El comandante de los soldados de asalto vio la rampa retraerse, escuchó los propulsores empezar a arrancar, y ordenó a sus hombres disparar. Ellos obedecieron y los escudos del *Cuervo* destellearon cuando los rayos de energía golpearon.

Los repulsores llamearon cuando la nave se elevó, y el comandante tragó saliva mientras la proa de la nave giraba en su dirección. Hay que reconocer que el soldado permaneció firme, sin dejar de disparar inútilmente su pistola, hasta que el arma ventral de la nave lo partió por la mitad.



El comando pareció sorprendido, intentó decir algo, y cayó. Un par de oficiales se volvieron en dirección a Kyle, tanteando para sacar sus armas, y se tambalearon cuando Kyle les disparó. Subió a la plataforma, buscó munición, y tomó lo que pudo.

Un rápido vistazo confirmó una primera puerta a su izquierda, otra puerta a su derecha, y un pasillo justo al frente. ¿Qué estrategia debería seguir? ¿Comprobar el pasillo para eliminar cualquier oposición que pudiera estar esperándole allí? ¿O probar con la primera puerta... y después con la segunda?

La decisión fue tomada por él cuando un comando apareció por el otro extremo del pasillo y abrió fuego. Kyle disparó en respuesta, vio al imperial caer, y sintió fuego de bláster pasar al lado de su cara. Un segundo comando, éste apoyado por un oficial, desencadenó una ráfaga de tres disparos.

Kyle se agachó, pasó a automático, y vio caer a los imperiales. Preocupado de que pudiera haber más de donde habían venido esos, el agente avanzó por el pasillo, cogió algunos paquetes de energía caídos, y siguió el pasillo hacia la izquierda. El centro de comunicaciones estaba despejado. Kyle lo comprobó, se aseguró de que la sala estaba vacía, y regresó por donde había venido.

Un rápido giro a la derecha lo llevó a una puerta de duracero con paneles luminosos. Odom dijo que se requería la llave roja para abrirla, pero, ¿y si su amigo estaba equivocado? Kyle se acercó a la puerta, tocó el panel de acceso, y esperó a que algo sucediera. Nada.

Kyle estaba decepcionado, pero no había nada que hacer excepto volver sobre sus pasos, posicionarse frente a la segunda puerta, y prepararse para lo peor. Una vez pasara a través, se precipitaría hacia el otro lado de un patio, abriría un portal, saltaría a un turboascensor, entraría en la estación de seguridad, y se haría con la llave. Todo eso bajo fuego. No era una perspectiva agradable. El agente tocó el panel de control y la puerta se abrió deslizándose.



Jan vio caer al último soldado de asalto, se volvió hacia el espaciopuerto, y se dirigió hacia los cazas TIE. Si era capaz de incapacitar a todas o a algunas de las naves perseguidoras, las probabilidades contra una extracción exitosa caerían desde *totalmente imposible* a *muy poco probable,* lo cual ella veía como una maldita mejora, sin duda.

La agente envió energía a los repulsores del *Cuervo*, los cuales pusieron otros tres metros entre el casco y la pista. Todos los pilotos imperiales ya estaban corriendo a por sus naves. Presas fáciles si no fuera por el hecho de que uno de los cazas ya se tambaleaba alejándose del suelo. La nave estaba apuntada en la dirección correcta. Jan podía imaginar la frustración del oficial mientras trataba de obligar a unos motores fríos a alcanzar máxima potencia y activar los sistemas de armas.

Jan se obligó a esperar mientras el *Cuervo* se estabilizaba, sus sistemas de objetivos emitieron un *bip,* y los indicadores de los cañones brillaron en verde. Ambos pilotos dispararon en el mismo momento. El disparo del piloto imperial fue demasiado alto. Jan golpeó en el centro al caza TIE, detonando una carga completa de combustible, y la nave enemiga voló en pedazos. Todo el espaciopuerto se iluminó con las llamas resultantes.

Las naves perseguidoras restantes fueron sacudidas por la metralla, bañadas en combustible ardiente, y desgarradas por el fuego de cañón de Jan. La extracción había comenzado.



Dos soldados de asalto estaban de espaldas a la puerta. Kyle pasó una fracción de segundo considerando si era ético dispararles por la espalda, luego disparó cuando uno de ellos comenzó a girarse. También acabó con el segundo guardia, entonces se movió a través de la puerta, y sintió que ésta se cerraba tras él.

El patio estaba oscuro. Paredes escarpadas se elevaban por delante y por detrás. Dos conjuntos de armaduras blancas fantasmales aparecieron a su derecha. Dispararon y Kyle devolvió el fuego. Su arma estaba en automático ahora, consumiendo energía a un ritmo prodigioso, pero igualando las probabilidades. Los imperiales cayeron y disparos de bláster llovieron desde arriba.

Kyle se volvió, divisó a cuatro soldados en la pasarela de encima, y se encogió cuando un disparo quemó su hombro. La lógica dictaba que esto era todo, el final de su vida, ya que nadie podría disparar tan rápida o certeramente... *A menos que*... el pensamiento actuó como un catalizador. El tiempo se ralentizó y sus sentidos se agudizaron. La Fuerza era como un río que cargaba con todo a su paso. Los que vivían en armonía con sus corrientes se fortalecían... pero aquellos que se oponían eran arrastrados como pastillas en una inundación.

Kyle se situó en el centro de un remolino, eligió su objetivo, y disparó. No una ráfaga larga, sino un solo tiro perfectamente dirigido. El disparo dio en el blanco, al igual que hicieron el resto.

Kyle sintió una presión a la derecha, se volvió, y disparó de nuevo. El soldado de asalto alzó los brazos como si fuera crucificado y aterrizó sobre su espalda.

El agente intercambió su arma de asalto casi vacía por una recogida del suelo y corrió hacia una de las dos puertas de acero reforzado. Se abrió a su toque y su corazón dio un vuelco cuando más imperiales giraron en su dirección. ¿No tenían fin?

Sorprendidos, y aparentemente inconscientes de la batalla que se había librado en el patio, los soldados cayeron mientras trataban de sacar sus armas y apuntar. Kyle agarró sus paquetes de energía de reserva y examinó la sala. Sólo había un lugar adonde ir... el ascensor.

El agente comprobó su arma, tocó el panel de control, y apuntó a la puerta del ascensor. Cuando se abriera esperaba ver un escuadrón completo de soldados de asalto armados con todo, incluyendo lanzadores de cohetes. El ascensor se abrió y la plataforma estaba vacía.

Aliviado, pero aún aprensivo sobre lo que encontraría en el nivel superior, Kyle entró y volvió la espalda a la pared. Fue un viaje corto, pero Kyle estuvo preparado cuando hubo terminado.

El oficial, un hombre delgado con la cara llena de cicatrices, murió primero, y fue rápidamente seguido por un soldado que le preguntó su nombre, y un comando armado con una rosquilleta.

La llave estaba a pocos centímetros del alcance del oficial. Pulsaba con una luz interna y Kyle la sintió caliente en su bolsillo. El viaje hacia abajo fue afortunadamente sin incidentes al igual que la rápida carrera a través del sombrío patio. Unas luces marcaban la puerta correcta así como los cuerpos tendidos frente a ella. Se abrió sin problemas y se cerró tras él.

Una rápida comprobación del área de control a su izquierda, y del pasillo a su derecha, fue suficiente para asegurarle a Kyle que sus adversarios anteriores permanecían sin descubrir. ¿O no? El impulso que le hizo mirar hacia arriba se produjo en el mismo exacto momento en el que un disparo de bláster quemó la pintura junto a él.

Kyle se clasificó a sí mismo como un idiota por no haberse dado cuenta de la ventana del nivel superior la primera vez que había pasado por allí, acabó con el francotirador con una ráfaga sostenida, y oyó una alarma empezar a aullar. Hasta aquí había llegado la sorpresa... la velocidad era la aliada que le quedaba.

El agente se lanzó hacia delante, se acercó a la puerta que se había negado a abrirse la primera vez que lo intentó, e insertó la llave. La puerta se abrió, un comando levantó su arma, y Kyle intentó responder.



El sencillo procesador contó los segundos finales, liberó corriente por un cable, e inconscientemente se destruyó a sí mismo. La explosión resultante no causó mucho daño, pero lanzó piedras al aire, y emitió un imponente *boom*. El movimiento, combinado con el ruido, provocó no menos de cinco alarmas perimetrales. Focos de luz barrieron la noche, bengalas volaron por los aires, y droides de seguridad acudieron a la zona.

El oficial de turno, un comandante llamado Horst, acababa de recibir la noticia de un intruso y se había asegurado de que el asunto podía y sería resuelto. Lo que no sabía era que el oficial que le había ofrecido esas garantías ahora estaba muerto.

Pensando que se estaban ocupando del intruso, Horst decidió tratar con las alarmas perimetrales él mismo. El AT-ST de servicio y dos vehículos blindados recibieron la orden de responder, junto con dos escuadrones de comandos. ¿Una incursión rebelde, tal vez? Horst esperaba que sí. Sonrió como el lobo que pensaba que era.



Kyle sabía que había sido un pelo demasiado lento, un poquito demasiado confiado, y esperó a morir. El comando, seguro de su victoria, apretó el gatillo, y lo apretó de nuevo. No pasó nada. Desconcertado, y curioso en cuanto a la naturaleza del problema, el imperial comprobó el seguro. Fue el último error que jamás cometió.

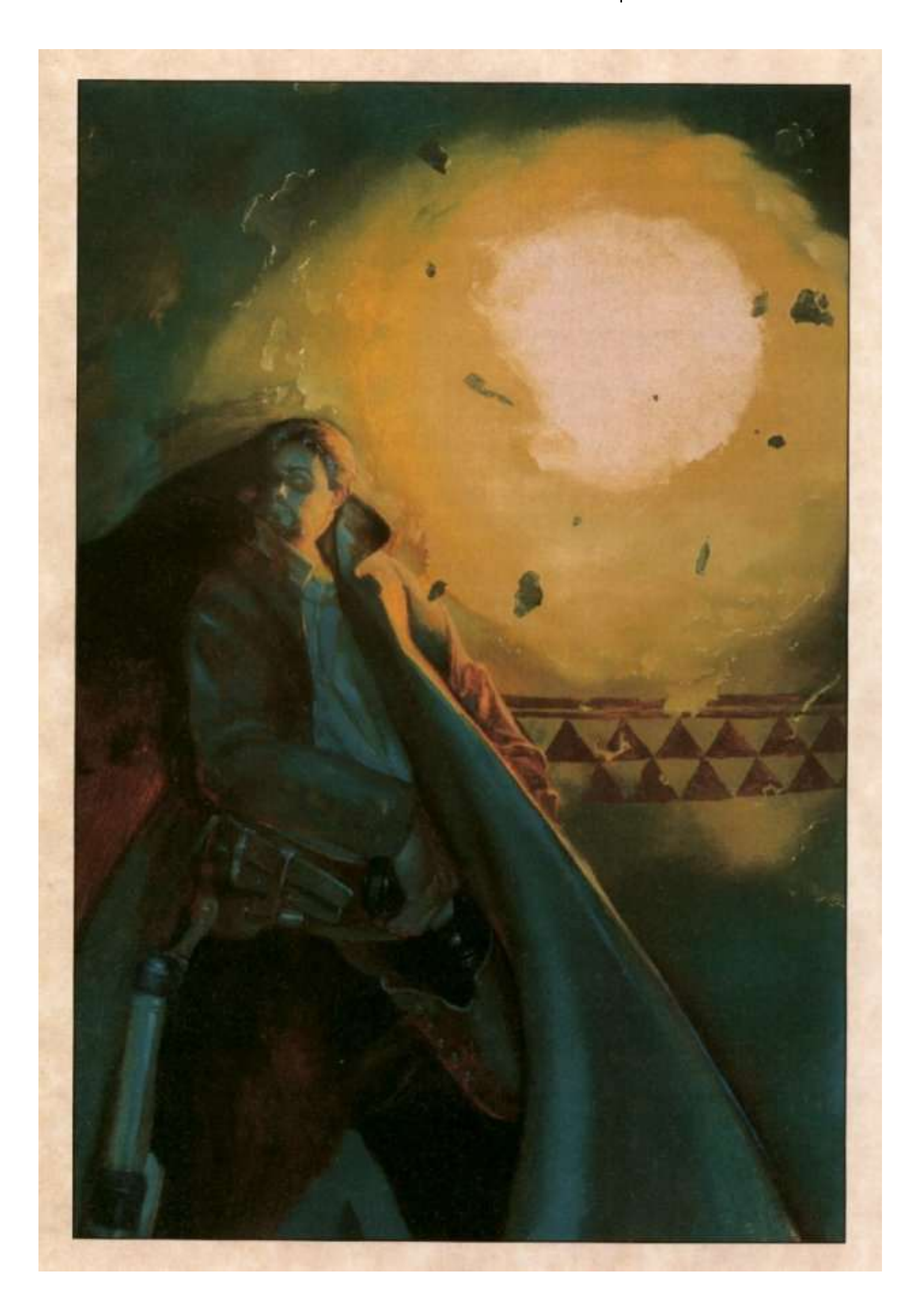
Kyle pasó por encima del cuerpo y entró en el ascensor. Una luz blanco-azulada caía desde encima, y un cuadrado iluminaba el suelo. Como antes, el turboascensor llevó a Kyle arriba más rápidamente de lo que él realmente quería ir, y se abrió a un amplio vestíbulo. Una ventana abierta se extendía a lo largo de la pared opuesta. Sabiendo que tendría que darle la espalda con el fin de explorar el resto de la zona, Kyle se acercó a ella.

Una sola mirada fue suficiente para establecer que el área de más allá era la pasarela desde donde los cuatro soldados le habían disparado en el patio. Dos soldados de asalto, acabados de llegar, estaban de pie sobre los cuerpos. Kyle les disparó, se volvió, y cambió el fuego a máximo automático cuando más imperiales aparecieron por la derecha.

Suerte, inercia y adrenalina rebosaban de él mientras los soldados se tambaleaban y caían. El hedor a ozono y carne quemada llenó su nariz mientras percibía movimiento y volvía a disparar. El droide, atrapado en medio de un recado, bipeó lastimeramente y se escurrió en busca de seguridad.

Kyle, asustado por sus propios reflejos, resolvió tener más cuidado. Los soldados eran una cosa; los trabajadores civiles otra. No había visto ninguno hasta el momento, pero sabía que había. Nada expiaría una vida inocente arrebatada.

Kyle se tomó un momento para recargar y recoger algunos paquetes de energía antes de activar el interruptor rojo de la pared. Una ventana sin cristal daba a la sala de la planta baja. Kyle miró hacia abajo, vio una sección de la pared deslizarse hacia arriba, y se dio cuenta de lo vulnerable que había estado antes. Un único comando podría haberle acribillado desde arriba.



Kyle consideró el salto frente al ascensor, y eligió el salto. No estaba demasiado lejos, y le haría ganar un tiempo precioso. Se colgó el arma de asalto al hombro mediante la correa, osciló por la abertura, y colgó de sus dedos. Requería un acto consciente de voluntad dejarse caer.



Jan esperó hasta lo que ella consideró el momento perfecto, sacó al *Cuervo* del barranco, y colocó al AT-ST en su punto de mira.

La firma de calor del *Cuervo* floreció frente al aire frío de la noche, y el piloto del AT-ST fue rápido en buscar el problema. Dio medio paso a la izquierda, disparó sus cañones bláster laterales, y sonrió cuando los disparos dieron en el blanco.

Jan hizo una mueca cuando los rayos de energía perforaron los escudos de la nave y desencadenaron una cacofonía de alarmas. Ella disparó en respuesta, instó a la nave a avanzar, y redobló sus esfuerzos. Líneas gemelas de fuego de bláster convergieron en el módulo de mando del caminante y algo explotó. Una luz cubrió el área mientras escombros se elevaban y caían a distancia. Las piernas del caminante, dejadas en pie por sí solas, cayeron sobre un vehículo de reconocimiento.

El Comandante Horst, horrorizado por lo que veía, y más que un poco asustado, ordenó la retirada. Era un poco demasiado tarde. Jan, con sus ojos entrecerrados con determinación, renovó su fuego. El vehículo del comandante era un excelente objetivo.



Kyle se metió en la *hasta ahora* área protegida, "percibió" al soldado antes de realmente verlo, y apuntó hacia el lugar por donde aparecería el imperial. El soldado compareció, se tambaleó como si estuviera borracho, y cayó boca abajo en el suelo.

Cauteloso ahora, e hiper-alerta, Kyle se acercó a una pared de un metro. Miró arriba y abajo, divisó dos soldados en una escalera suavemente curvada, y disparó un tiro a cada uno. Cayeron y se derrumbaron hacia abajo.

Satisfecho de que las escaleras fueran momentáneamente seguras, Kyle colocó la espalda hacia el núcleo alrededor del cual giraban las escaleras, y se trasladó a la derecha. La velocidad era la clave, lo sabía. Tomó las escaleras de dos en dos. Oyó un grito, seguido de una ráfaga salvaje de fuego de bláster, como si un soldado hubiera descubierto a sus compañeros y buscara venganza.

Kyle se puso en cuclillas con el fin de presentar el menor blanco posible, avanzó de esta guisa, disparó al imperial en las piernas, y corrió pasando a su lado.

Las escaleras terminaban frente a una puerta metálica. Kyle tocó el panel de acceso, disparó su arma a través de la brecha que crecía rápidamente a medida que la puerta se abría, y vio a dos soldados retroceder y caer.

El agente no sintió nada en particular mientras estos morían y se dio cuenta de cuán adormecida se había vuelto la violencia. Disparar, matar, disparar, matar, siempre preguntándose si sería su turno de morir. Los cascos de alguna manera lo hacían más fácil, ya que con la excepción de los oficiales y comandos, sus enemigos morían sin rostro, más como objetivos que como personas.

Otro tramo de escaleras se presentó seguido por otra puerta. Kyle ya odiaba las puertas en ese momento; cosas estúpidas de metal detrás de la cuales acechaba inevitablemente el peligro. ¿Cuántas más iba a tener que enfrentar? ¿A cuántas más podría sobrevivir?

La puerta se abrió, Kyle se movió a través, y sintió que se le aceleraba el pulso. Vio bancos electrónicos, mesas cubiertas con circuitos ligeros, y áreas de suelo elevado. Ya estaba cerca, muy cerca, y la emoción empezó a elevarse.

Un oficial se volvió, vio a Kyle, y murió. Un comando se giró, trató de correr, y recibió un disparo en la espalda. Dos soldados, uno alto, uno bajo, llegaron a la carrera. Kyle apuntó al alto primero, lo derribó, y osciló hacia el número dos. Apuntó solamente un poco desviado, pero fue suficiente. La brillante armadura blanca hizo lo que se suponía y deflectó el disparo. Kyle tropezó, cayó tendido al suelo, y sintió, más que vio, el haz de energía chisporrotear a través del punto donde había estado.

El siguiente disparo, más por suerte que por habilidad, le dio al soldado directamente en el abdomen y lo derribó.

Agitado por haberse salvado por los pelos, Kyle se puso en pie y se tambaleó hacia delante. El techo de estilo rejilla se extendía hacia todos lados, monitores colgaban como fruta madura, y eso... ¿qué diablos era eso? Parecía como un globo. Sólo que de alguna manera transparente.

Cuando Kyle se acercó se dio cuenta de que la aparición era una representación en tres dimensiones de la Estrella de la Muerte imperial cuando finalmente estuviera completada. Una señal segura de que su objetivo estaba al alcance.

El viento se espesó en ese momento, como si el mal tuviera sustancia. Parecía empujarlo a retroceder. Kyle se extendió a la Fuerza, encontró el lugar en su interior donde palpitaba, y reentró en el flujo. Lo condujo a través del holograma hacia el pasillo de más allá.

Los soldados parecían apresurarse a lanzarse delante de sus disparos de bláster y caer al suelo.

Un oficial apareció desde detrás de una consola, corrió hacia delante como si fuera a interceptarlo. Kyle efectuó un disparo cuidadosamente dirigido. Logró echar poco más que un vistazo a la cara de Odom mientras caía, esperaba que la escena resultara creíble, y pasó por encima del cuerpo semiconsciente.

Odom vio las botas de su amigo alejarse, se preguntó si había hecho lo correcto, y supo que a pesar de que él no había realizado ni un disparo, sus manos estaban manchadas de sangre. Vidas habían sido tomadas, y vidas habían sido salvadas. ¿Cómo

se inclinaría la balanza? Sólo el tiempo lo diría. El pensamiento le trajo comodidad incluso mientras el dolor de la herida lo empujaba a la oscuridad.

Kyle rodeó el gran escritorio en forma de U, encontró el interruptor que Odom había prometido que estaría, y lo activó. Oyó el gemido de un motor, observó cómo la pared comenzaba a subir, y vio lo que había ido a buscar. La matriz de memoria de colores rojo-verde-dorado tenía el aspecto de un colgante en forma de T suspendido en unos brazos en forma de U. La pared de detrás era de color dorado y tenía patrones en forma de deltas. Kyle saltó sobre la mesa, se lanzó hacia delante, y bajó al otro lado. Sus botas golpearon el suelo con la inercia impulsándolo hacia delante.

Sus dedos hormiguearon cuando pasó a través del campo de fuerza, agarró la matriz, y la liberó. Sintió el módulo caliente contra su pecho. ¡Lo tenía! ¡La matriz era suya! Si podía abrirse paso al exterior, si Jan le estaba esperando, y si podían escapar.

Aunque más grande de lo que habría deseado, la matriz no pesaba casi nada, y Kyle tenía pocas dificultades para llevarla. Sin embargo, el rifle de asalto sí era un problema. Así que lo dejó caer y sacó su bláster.

La puerta era evidente. Kyle presionó el panel de control, se hizo a un lado, esperó a que un comando diera un paso adelante, y le disparó en la sien. Soldados abrieron fuego y una consola explotó. El agente se dejó caer al suelo, lanzó su brazo alrededor de la jamba de la puerta, y disparó donde "percibió" que debía hacerlo. Acertó, y después de comprobarlo asomándose por la esquina, entró en la sala.

El ascensor era de forma cilíndrica, claramente señalizado. Kyle golpeó el interruptor, esperó a que la puerta se abriera, y se sintió aliviado cuando nadie le disparó.

Los motores zumbaron cuando el ascensor subió y él activó el comunicador que Jan le había proporcionado.

—¿Me copias, Jan?

El comunicador siseó y crujió. ¿Interferencias? ¿O algo más? ¿Y si Jan había sido interceptada? ¿Derribada en el complejo de investigación, o peor aún, hecha prisionera? ¿Qué harían con ella? Esas y otras preguntas torturaron a Kyle hasta que el ascensor se sacudió deteniéndose.

Casi seguro que habría soldados en el exterior, por lo que Kyle puso un paquete de energía fresco en su bláster antes de abrir la puerta. El truco consistía en reducir a la oposición antes de abandonar la seguridad del turboascensor.

Las puertas se abrieron para revelar un inmenso patio, un cielo tachonado de estrellas, y más soldados de los que quería contar. El *Cuervo* no estaba en ningún lugar a la vista. Kyle sintió una amarga sensación de decepción, resolvió llevarse con él a tantos de los imperiales como pudiera, y abrió fuego.

Un soldado cayó, seguido rápidamente por otro, y otro más, pero había muchos más. Kyle introdujo un paquete de energía fresco en la culata de su pistola y apuntó el arma a la matriz de memoria. Tal vez hubiera una copia de seguridad. O tal vez no. Lo menos que podía hacer era freír la que tenía a mano. Estaba a punto de disparar cuando escuchó

un estruendo. El comunicador estaba en su bolsillo, por lo que el sonido llegó amortiguado.

—¿Kyle? ¿Me recibes?

Kyle experimentó una repentina y casi abrumadora sensación de alegría. ¡Era Jan! ¡Y estaba viva!

—Alto y claro, Jan, ¿qué te ha retenido?

Los repulsores llamearon y los soldados de asalto se dispersaron cuando el *Cuervo* flotó sobre el techo. Jan desencadenó una ráfaga de fuego en la dirección general de algunos de los soldados y bajó la rampa ventral.

—Nada importante... tenía algunos recados que hacer, eso es todo. ¿Has conseguido lo que hemos venido a buscar?

Kyle se precipitó a través del patio abierto, se abalanzó por la rampa, y asomó la cabeza en la cabina de pilotaje.

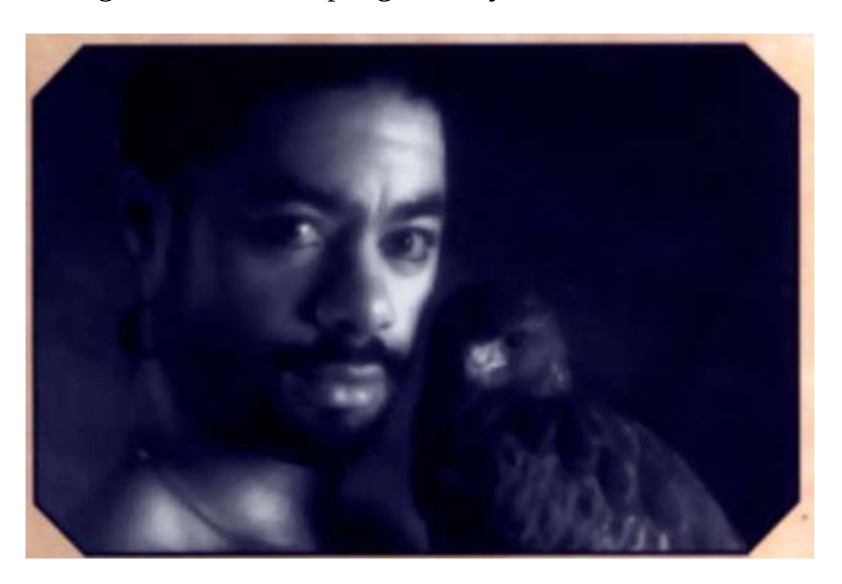
—Sí, lo he hecho. Salgamos de aquí.

Jan asintió, apartó la nave del tejado, y apuntó la proa hacia el cielo. Las ventanas del complejo se rompieron cuando el *Cuervo* rompió la barrera del sonido. Un estruendo recorrió la zona, y una chispa cruzó el cielo y desapareció en el horizonte. Un golpe había sido lanzado. Pero la oscuridad continuaba reuniéndose.





William C. Dietz ha publicado dieciséis novelas de ciencia ficción, la última de las cuales, *Where the Ships Die*, fue lanzada en julio de 1996. Dietz pasó un tiempo en la Marina, se graduó en la Universidad de Washington, y ha ostentado diversos empleos como técnico quirúrgico, escritor de noticias, instructor universitario, director de televisión, y director de relaciones públicas. Vive en el área de Seattle con su esposa, dos hijas, y dos gatos. Le gusta el buceo, el piragüismo, y la lectura de libros.



Dean Williams asistió al Instituto Pratt de comunicación visual en Brooklyn, Nueva York, y su casa está en Long Beach, California. Le gusta compartir su don artístico con diferentes grupos de edad. Además de los viajes internacionales, las personas, las diferentes culturas y los idiomas, le gusta tocar la guitarra flamenca. De sus siete piezas seleccionadas por el espectáculo de la Sociedad de Ilustradores de Los Ángeles 1996, una recibió una medalla de oro y dos se muestran en las páginas 17 y 74 de este libro.